



AÑO VI

NÚM. LXXI

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE ESPAÑA

Director: J. LÁZARO

NOVIEMBRE 1894

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

San Bernardo, 92.—Teléf, 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LA BUENA FAMA

IX

A diversas personas he oído yo la historia que trato de fijar para siempre en estas páginas, dándole forma adecuada. En lo esencial la historia es siempre la misma: sólo varía por tal ó cual menudencia, y más aún por ciertas explicaciones y aclaraciones, que ni la vieja aldeana, ni el mozo de mulas saben dar, y que D. Juan Fresco, hombre ilustrado y muy filósofo, pone en abundancia.

Yo entiendo que conviene adoptar un término medio; y así, aunque no me limitaré, con el modo escueto y por el estilo mondo y lirondo que los rústicos usan, á referir los lances extraños que luego sobrevienen, sin tener al lector algo prevenido, todavía, en obsequio de la brevedad, he de suprimir aquí las dos terceras partes de las filosofías, moralidades y razonamientos que mi tocayo prodiga.

Ya dije que el rey se quedó turulato al oír el discurso de Calitea. En esto convienen todos. El caso no era para menos.

Había sido educado este joven príncipe hábil y severamente por su señora madre, dechado de reinas viudas. El refran escolástico, sin embargo, tiene razón que le sobra: *Quod natura non dat Salamanca non prestat*. El esmero de la madre hubiera valido poquísimo sin las nobles prendas de carácter,

inteligencia é ingenio, que naturalmente adornaban al rey. Como el labrador en terreno fértil, bien podían exclamar y exclamaban los maestros, con arrogancia y con júbilo, que no trabajaban en balde y que era su *azadonar para ganar*. El rey aprendía todo lo que le enseñaban y adivinaba el resto. A los diez y ocho años, cuando verdaderamente tomó las riendas y empezó su reinado, ya sabía cuánto entonces había que saber del *trivio* y del *quadrivio*, y poseía además extraordinarios conocimientos en historia, leyes y otras ciencias políticas. Los cortesanos, entusiasmados, veían en él á un Salomón flamante.

Y no se crea que, por el afán de cultivar el espíritu, se había desatendido la educación del cuerpo. Aprendiendo la danza, arte que enlaza la música con la gimnástica, y es como el guión entre lo que debe aprender el alma y los corporales ejercicios, el rey había adquirido soltura fina ó sea agilidad y gracia en sus movimientos y ademanes, lo cual realzaba su gallardía y su belleza. Era capaz de luchar como el oso, á pesar de la esbeltez aristocrática de su persona. Corría como el galgo, brincaba como la ardilla, nadaba como la trucha, y montaba á caballo con firmeza y primor, domando los potros más bravos y cerriles.

En lo tocante al manejo de las armas ya hemos visto lo que sabía hacer cuando las circunstancias lo requerían.

Engolfadísimo en sus estudios; prestando seria atención y empleando horas y horas en el gobierno de la monarquía, que estaba floreciente con su desvelo y su tino, y solazándose en la caza, á la que tenía mucha afición, y en la que robustecía sus miembros, y aun los fatigaba para hacer luego más grato y profundo el reposo y el alimento más apetecible y más sano, nuestro joven príncipe, ¡oh insólito prodigio!, cuando conoció á Calitea, la primera vez que se escapó de palacio, de noche, y á hurtadillas de su madre, acababa de cumplir veintidós años, y hasta entonces no se había acordado para nada de que había mujeres. Sus dulces é inocentes amores con Calitea fue-

ron el estreno práctico, la doctrina inicial que recibió sobre este punto.

Importa que se sepa que el clero secular y regular, los consejeros y magistrados, algunos palaciegos vetustos y bastantes señoronas devotas, rígidas y principales, ponían por las nubes la honestidad y pureza del rey, á quien, sobre declararle doctor y celebrarle como á valiente y diestro en las armas, preconizaban por Santo. Pero, en cambio, y eso que no era entonces *fin de siglo*, había no pocas damas, guapas, elegantes y alegres, harto mal avenidas y aun picadas de aquel retraimiento del monarca. Las más prudentes le llamaban hurón, y la mayoría de ellas, que era levantisca y desaforada, prescindía del comedimiento que se debe á los sujetos augustos; inventaba mil patrañas para desacreditar al rey; se reía de su austeridad, y hasta llegó á calificarle de papandujo.

Fácil es inferir de lo expuesto cuánto se alborotaría aquel cotarro, y la sorpresa, el asombro y la envidia que se apoderarían de todo él, apenas vino á traslucirse, si bien de un modo vago, merced á lo circunspecto y sigiloso que era el corregidor, que el egregio niño, de quien se burlaban por suponerle cosido á las faldas de su madre, sin buscar otras faldas á que coserse ó hilvanarse, había sacado los pies del plato, se había ido, muchas noches, á correr aventuras por las calles de la ciudad, y hasta había tenido citas amorosas y andado á cuchilladas.

Reconociendo ya aquellas damas que en el rey había elementos para todo, cantaron la palinodia sobre lo más agrio de las censuras, y se limitaron á murmurar del mal gusto de su majestad, dando por averiguado que galanteaba á alguna mozuela zafia y plebeya. A fin de ennoblecer las regias aficiones, enseñando estética, ciencia cuyo nombre no se había inventado aún, pero que ya existía, las damas, que eran ó que presumían de ser más bellas, redoblaron su afán en adobarse y emperejilarse cuando se mostraban en fiestas y reuniones, y aun enviaron por elixires, aguas de olor, sahumeros y nue-

vas galas, á Milán, á Florencia y al propio París, que ya empezaba, en aquella edad remota, á ser el laboratorio de las mudas y de los afeites, y el taller y el foco de las elegancias femeniles.

X

El rey, á quien, fuese el que fuese su verdadero nombre, seguiremos llamando Miguel, ó más bien D. Miguel, para no ser irrespetuosos, no dejaba, entre tanto, de pensar en Calitea, cuya beldad, evocada por el recuerdo, eclipsaba la de todas las damas que eran el ornato y el orgullo de la corte.

El, al pronto, se había enojado bastante de la repentina brusquedad con que la joven le había despedido.

—¿Qué culpa, decía para sus adentros, tengo yo de haber nacido rey? Y por lo demás, por el disimulo ó el engaño con que oculté que lo era, ella misma confiesa que estuvo muy en su lugar; que hubiera sido yo tonto de capirote si le digo en seguida, mira que soy el rey; que me perdona el no habérselo dicho, y que de tan leve falta, si lo fué, nació la ventura de que, durante algunos días, hemos gozado. Ahora bien, ¿á qué tanto desvío á los pocos minutos de haberme mostrado el más entrañable afecto? Es evidente que yo no puedo ni debo hacer de Calitea mi reina, pero...

Y aquí tomaban las regias cavilaciones un giro tan enmarañado y nebuloso, que yo no atino á trazarle con palabras. Luego sus pensamientos volvían á aclararse y se resumían en estas cláusulas.

—No; yo no la creo ladina, ni friamente astuta y calculadora. No me despidió para prenderme mejor en sus redes, haciéndome formar un concepto elevadísimo de su virtud. Pero ¿quién sabe?... Sus propósitos eran leales... de buena fe... Y,

sin embargo, ¿por qué ha de persistir en ellos? ¿Por qué no ha de quebrantarlos y rendirse si me obstino en obsequiarla y en pretenderla?

Después de discurrir así, nuestro D. Miguel fué no pocas tardes, entre dos luces, á la catedral, y se estuvo horas de plantón, junto á la capilla de su santo patrono. Calitea no pareció nunca. Le paseó la calle á ver si ella salía á la reja ó volvía para entrar en su casa. Tampoco tuvieron buen éxito estas tentativas.

El rey se dio á sospechar que estaba haciendo un papel ridículo. Si las damas y los caballeros de su corte llegaban á descubrir que él suspiraba por una costurerilla que no le hacía caso, aunque le rondaba la calle, las burlas iban á ser crueles y á darle inmortal reputación de memo. Cesó, pues, en sus rondas, pero no desistió de la empresa.

Como era celosísimo de su dignidad y muy avisado, no cayó nunca en la tentación de escribir cartas á la muchacha, quejándose en verso ó en prosa de sus ingratitudes. *Verba volant, scripta manent*. Omnímoda confianza le infundía Calitea, pero, á pesar de ella, podía caer cualquiera de las cartas que él escribiese entre las manos de algún curioso, y, si bien entonces aún no había periódicos, circular en copia, y al cabo ser insertada en las Crónicas y en los Anales, á fin de que, hasta en los venideros siglos, se enterase todo el mundo de su sandez.

El rey, pues, no escribió carta ninguna. Halló mejor y menos comprometido recurso.

Leoncio, el principal de sus escuderos, era un hidalgo de edad proveya, que había servido al rey su padre; tenía facha tan grave y señoril que inspiraba veneración, y su mente, á par que abismo insondable para esconder problemas, era oficina muy apta para resolverlos. D. Miguel había averiguado, porque era difícil que nada se le ocultase, que su augusto padre había tenido bastantes devaneos, y que Leoncio había terciado en ellos como cauteloso y eficaz paraninfo.

El rey confió á Leoncio todos sus pesares y le encomendó que le buscase el conveniente remedio.

Calitea, en aquella confusión de la noche de la pendencia, no había visto sino el bulto de Leoncio, de modo que éste pudo sin dificultad introducirse en casa de la joven, bajo el plausible pretexto de encargarle que bordase un magnífico terno que para cumplir cierto voto debía él regalar á la iglesia de los monjes benedictinos.

Mientras examinaba muestras y dibujos, en repetidas visitas y sin acabar de decidirse, no tardó Leoncio, con su venerable aspecto y sus finísimos modales, en ganar la confianza de Calitea, y cuando creyó llegada la sazón oportuna, con toda la habilidad y pericia del hombre más experto y curtido en las artes *proxenéticas*, descubrió quién era, los mensajes melifluos que traía y los fervorosos anhelos y atrevidos pensamientos de su majestad.

Terrible fué el desengaño. Calitea, sin descomponerse ni alterarse, zapeó muy de firme á Leoncio, y hasta hubo de afear, con bonitos circunloquios, que doraban la píldora, que en aquel oficio ruin se emplease persona tan encopetada, tan entrada en años y al parecer de tanto respeto.

Ello es que Leoncio volvió al rey con las orejas gachas y harto afligido del mal éxito y del peor recado.

Aún no desistió el rey, que era tenaz y estaba prendadísimo de Calitea. Ocurriósele que tal vez un rico presente la ablandaría. *Dádivas quebrantan peñas*, pensó; y sin más reflexiones, envió á Leoncio tres ó cuatro días después con un rico presente.

Nadie hubiera podido desempeñar esta comisión con mayor delicadeza que la desempeñó Leoncio. Pidió á Calitea perdón de su audacia, se disculpó del oficio que había ejercido por la fidelidad y gratitud que debía á quien le enviaba, y dando á entender que el rey reconocía y respetaba la entereza y la virtud, y que, si bien seguía enamorado, sufriría en silencio y no volvería ya á perseguir á la esquiva señora de

su alma, le enviaba, como final despedida, aquel recuerdo, y le suplicaba humildemente que le aceptase.

Dicho esto, sin dar tiempo á contestación alguna, Leoncio se despidió y se fué, dejando sobre la mesa de la costura, un sencillísimo estuche donde se encerraba un costoso aderezo de perlas y diamantes.

Pasaron tres días sin que Calitea se diese por entendida de haber recibido las joyas.

El confidente decía al rey:

—Señor, el triunfo es ya seguro. El pez tragó el anzuelo. Tu espléndido venablo atravesó, al fin, el empedernido corazón de aquella leona; pero debes refrenar tu impaciencia. Parecería en esta ocasión muy poco magnánimo apremiar para el pago: ir al punto á cobrar la res que va herida.

Al día siguiente de pronunciado este lacónico discurso, el rey, previa concesión de audiencia, tuvo que recibir á un pobre sacerdote muy conocido por sus virtudes y vida ejemplar, y que se llamaba D. Prudencio.

El sacerdote no hizo más que entregar silenciosamente al rey un pliego cerrado y sellado.

Creyó el rey que sería un memorial y que el clérigo pediría que le hiciesen canónigo.

No sabemos qué despertó, no obstante, su curiosidad; y abrió pronto el pliego y se enteró de su contenido.

Su sorpresa fué grande y mayor su despecho. Aunque sabía reprimirse, se mordió los labios de rabia, y aun hay historiadores que afirman que, á pesar de su moderación y buen tono, se le escaparon cuatro reniegos.

El pliego contenía tres hojas, y decía la principal:

«¡Señor! A tamaña generosidad no debe Calitea responder con groserías. Acepta, pues, el presente y le agradece con toda su alma; pero no acierta á darle más digno empleo que el que declaran los documentos adjuntos.»

Uno de estos documentos era la tasación de las joyas y la declaración del joyero más acreditado de la capital de

haberlas comprado, pagando diez y ocho mil ducados por ellas.

El otro era un testimonio fehaciente, donde, con todos los requisitos, fórmulas y reglas que entonces se empleaban, el tesorero del Hospital general afirmaba, para la exactitud de las cuentas y resguardo de D. Prudencio, aunque bajo sigilo, á fin de no ofender la modestia de su majestad, que había recibido, por orden y mandado de dicha augusta persona, y hecho ingresar en caja, la suma de diez y ocho mil ducados.

Después de esto, el rey se dió por vencido, por burlado y por desahuciado; procuró borrar la imagen de Calitea, de su corazón y de su memoria, y se esforzó, aunque en vano, por figurársela, más que entera y honradísima, engreída, soberbia y loca.

Leoncio era quien no quería cejar. Lamentando lo deslucido que iba á salir del primer empeño en que por acreditado zurcador de voluntades le había puesto el rey, y emperrándose en que hubiese función de desagravios, se atrevió á insinuar el rapto de Calitea.

El rey, que tenía muy buena pasta, no se incomodó, pero rechazó la insinuación con risa. Aunque apenas había cursado el arte de amar, salvo en los prolegómenos y parte especulativa, daba él por cierto que en tan deleitosa asignatura no debía entrar la violencia para nada, sino ser todo armonía, alegre cordialidad y mutuo consentimiento y abandono. Nada de lágrimas. Nada de quejas. Por eso sostenía él que Tarquino, Apio Claudio y otros tiranos por el estilo, habían sido unos solemnes majaderos; ó bien, adelantándose en escepticismo histórico á Masdeu y á Niebuhr, dudaba de cuanto se dice que les ocurrió con Lucrecia, con Virginia ó con otras doncellas ó matronas cogotudas, suponiéndolo invención, calumnia de los republicanos y demócratas; lo que ahora llamamos una *filfa*.

De aquí que el rey sólo aceptase como juicioso el consejo implícitamente encerrado en cierta coplilla vulgar que entonces se oía en boca de las cocineras al compás del almirez en

que majaban los aliños para sus guisos. La coplilla responde con toda exactitud á ésta, no menos famosa en nuestro idioma:

Me han dicho que no me quieres,
No me da pena maldita,
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

En el fondo, el rey, á pesar de su despecho, no quería ni podía persuadirse de que hubiese Calitea dejado de amarle. Tampoco se le ocultaba que la esquivez sublime de aquella mujer le dolía de veras en lo íntimo del corazón y le daba *pena maldita*: pero era joven, nada quejumbroso y menos inclinado á melancolías, por donde, sin aprobar las premisas de la copla, aprobó la consecuencia y se echó á buscar *moras verdes*.

Poco trabajo le costó hallarlas. En su corte casi sobraba verdura, y pronto notó su majestad que estaba en intrincado bosque de zarzas y de moreras.

Leoncio, cargado de laureles, olvidó por completo su primer descalabro, y, muy orondo con las victorias que se alcanzaban de continuo, formó lista de ellas, no menos larga que la que saca hoy Leporello en la ópera de *Don Juan*.

Se diría que el rey trataba de recobrar el tiempo perdido. En grande tomaba el desquite. Bien podían llamarle tardío, pero cierto.

Como era natural, los prelados, los sacerdotes, las beatas, otras muchas personas formales y la reina misma, se afligieron y se escandalizaron de todo esto; pero como pasaron tres años, y no hubo enmienda, tuvieron al fin que resignarse y acostumbrarse.

D. Miguel, por dicha, no se dejaba dominar por ninguna señora: no tuvo en aquel tiempo *camarillas*, y sus amorios y deportes no le impidieron seguir gobernando con acierto, gloria y fortuna.

El reino todo, en paz y en orden, prosperaba por su industria y comercio.

En un país vecino, había un pueblo bárbaro, muy belicoso, entregado á la rapiña, y dado aun á supersticiones gentílicas.

Hubo que hacer la guerra á dicho pueblo para acabar con sus depredaciones, y el triunfo de D. Miguel fué rápido y brillante. Sometió á toda aquella gente feroz, se enseñoreó de su territorio, y redujo territorio y gente á buen régimen político y á vivir culto y decoroso.

Mucho le valieron en tan alta ocasión los frailes de Santo Domingo y de San Francisco, que empezaban ya á figurar en el mundo, compitiendo por mostrarse blandos y amorosos con los amigos de la fe cristiana y avinagrados y crudos con los que no la reconocían ó renegaban de ella. Aquellos benditos Padres acudieron al país recién conquistado, como gorriones á la parva que desmenuzó el trillo, y en un periquete catequizaron miles y miles de semisalvajes y edificaron iglesias y monasterios suntuosos.

Por este y por otros indicios, que se irán notando más adelante, D. Juan Fresco rastrea la época de esta historia y la coloca en los primeros veinte ó treinta años del siglo XIII.

A par de los frailes, si bien por más profanos medios, concurrió á la civilización de las tribus conquistadas un ilustre duque, sabio en todas las artes de la paz y de la guerra, y á quien D. Miguel, después de la conquista, en que le ayudó como general, puso allí por gobernador y virrey.

La duquesa se quedó en la corte, y como era la señora más licurga, graciosa y linda que en ella había, logró detener los caprichosos revolteos de su majestad, no de otra suerte que la rosa, emperatriz de las flores, consigue que se pose, se quede como dormida entre sus frescos pétalos, y se embriague con su miel y su aroma, la más inconstante y alborotada mariposilla.

El rey veneraba al duque y le comparaba con Marco Aurelio, el cual, á pesar de ser tan sabio, nunca cayó en la cuenta de los extravíos de Faustina.

En alabanza de la conducta del duque en el virreinato, su

majestad le escribía cartas cariñosas y lisonjeras, siendo los párrafos más dulces los que inspiraba y dictaba la duquesa misma, mejor sabedora que nadie de lo que halagaba y enorgullecía á su marido.

Entiéndase, sin embargo, que el rey, si bien tenía por la duquesa constante predilección, distaba mucho de concederle un afecto exclusivo. A la duquesa no le faltaban rivales, y descollaba entre todas cierta alegre cantarina que había venido al Norte desde Sicilia, en pos de la resplandeciente y trovadoresca comitiva de un soberano que, según D. Juan Fresco, no pudo ser otro que Federico II de Suabia, emperador de Alemania.

En resolución, el rey se divertía á más no poder; pero como era amable, generoso, claro espejo de valentía y llano y alegre en su trato con los humildes, el pueblo le idolatraba, y lejos de condenar, aplaudía y reía sus travesuras. Los sujetos timoratos, aunque no podían hacer la vista gorda, porque su majestad procedía con harto poco disimulo, tenían que disculparle, y pensaban con esta intención en Carlo Magno, en el Santo rey David y en otros grandes monarcas, que habían pecado como él, con la diferencia de que él, en vez de matar á los Urias, los colmaba de atenciones y de beneficios.

En medio de esta vida algo escandalosa, D. Miguel no lograba olvidar á Calitea. Aquellos primeros castos amores le parecían más bellos que cuantos después había tenido. La iniciación había superado para él todo el ulterior y pleno conocimiento de los misterios. La casi divina ventura, que la iniciación prometía, jamás se había realizado.

D. Miguel, no obstante (menester es confesarlo aunque nos sea muy simpático), empleaba, tal vez involuntariamente, las sutilezas más refinadas del egoísmo para evaporar el amor de Calitea en la alquitara de su pensamiento y reducirle á vago sueño deleitable. La superioridad con que brillaba Calitea en su memoria dependía, según él, de la luz de la aurora de la vida que en su memoria la iluminaba. Tal superioridad

no debía de existir en el mundo visible. Y así, para no tocar el desengaño y para que su grato sueño no se disipara, D. Miguel, por amor al recuerdo de Calitea, procuraba no saber de ella, ni oír la mentar, ni volver á verla nunca. Hasta le entraba miedo á veces de que, el día menos pensado, después de transcurrir mucho tiempo, volviese él á encontrarla, por casualidad, ajada, jamona, mal vestida, casada con algún pobre diablo, y rodeada de seis ó siete chiquillos, poco limpios, y más feos y ordinarios que su padre. ¡Cómo se desvanecerían entonces todas las ilusiones! No: lo mejor era que, en la realidad, y para él, Calitea hubiese dejado ya de existir.

XI

A pesar de tan cómodas imaginaciones y de aquellos vagos y péfidos deseos de D. Miguel, que soñaba con la desaparición real de Calitea, á fin de conservar mejor su recuerdo poético, pasaron tres años, y Calitea siguió existiendo. Calitea llegó á estar más hermosa que nunca.

La expresión de su semblante era más noble por la pasión que en él se reflejaba, y realzaban el hechizo de toda su persona la santa resignación con que sufría un amor sin esperanza, y ese mismo amor, tan firme y constante como su orgullo, y no menos arraigado en el alma que el propósito de no ceder á él rebajándose.

La más viva y profunda fe religiosa era el consuelo de Calitea. Abandonar el cuidado y el aseo de su gallardo cuerpo y dejar que su espíritu se hundiese en ociosa melancolía ó se consumiese en estériles quejas, hubiera sido para ella el mayor de los pecados: ingratitude para con Dios, menosprecio de los dones que de Dios había recibido, desdeñarlos y arrojarlos de sí con satánica rebeldía. Así es que ella siguió culti-

vando su espíritu, como si nada la atormentase, y no dejó de mirar, ni un día siquiera, por la salud, agilidad, limpieza y hermosura de su cuerpo, como si fuese la víspera de su boda, como si no tuviese pleno convencimiento de que ningún mortal había de poseer aquellos tesoros! El cielo se los había confiado, y hubiera sido ofender al cielo echarlos á la basura. Si un poderoso magnate entrega á su mayordomo, para que los custodie, dijese riquísimos, un vaso de oro con esmalte ú otro objeto por el estilo, ¿estará bien que el zopenco del mayordomo tire al muladar todas estas cosas para hacer gala de magnánimo y de desprendido?

Al llegar á este punto, D. Juan Fresco declama mucho contra Luis Veuillot y contra los santurriones sucios y las beatas hidrófobas; pero yo prescindo de sus declamaciones y paso adelante.

Calitea, aunque acicalada y lindísima, esquivaba ya las fiestas y reuniones. Cesaron de perseguirla los mancebos. Sus antiguas amigas la abandonaron. Su aislamiento no podía ser mayor. Apenas salía de su casa sino de madrugada para ir á la iglesia, y siempre con su madre.

Su crédito de bordadora subió como la espuma. Aunque trabajaba y velaba, no daba abasto á tantos pedidos. La vieja criada llevaba á su destino las obras que Calitea iba terminando. Y de esta suerte ella y doña Eduvigis vivían, si bien humildemente, con bastante desahogo.

La casa de Calitea, aunque pequeñita, era alegre, bien ventilada, sana y propia: única finca que de los derroches de su padre había podido salvarse. Nada había que no estuviese ordenado y limpio en aquella casa, situada en la parte más alta de la ciudad, que como todas ó casi todas las ciudades famosas, es claro que había sido fundada sobre siete colinas.

La susodicha vieja criada era una fiera para el trabajo: condimentaba y sazónaba platos tan sabrosos que despertaban el apetito de la persona más desgana y más romántica; y aun le sobraba tiempo para emplearse en el manejo de la aljofifa,

de la escoba, de los zorros y del estropajo, por manera que las cacerolas y los peroles relucían como el oro, suspendidos en la pared de la cocina; en los muebles de las alcobas y del estrado se podía cualquiera ver la cara: era una delicia contemplar sábanas, manteles, toallas y demás ropa blanca, puesto todo en dos enormes arcas, y lavado, planchado y sahumado con alhucema; y los suelos estaban tan fregados y tan bruñidos, que daban ganas de comer en ellos natillas.

A espaldas de la casa había un corralón no menos atendido que el resto. Elevadas tapias erizadas de bardas y con honores de muros, le guarecían hasta de las miradas escrutadoras de cualquier vecino. Y allí Calitea, en libre abandono, en horas de solaz y recreo, y compitiendo por su actividad con la sirvienta, lo convertía todo en ameno y diminuto jardín, salvo un rincón hacia el lado opuesto á la casa, donde en recinto capaz, que un encañizado formaba, se veían gallinero y palomar encima, y no pocos palomos, gallinas y pollos.

Podían regarse las plantas y las flores de aquel jardín con el agua dulce de un pozo que en su centro se parecía. En lo hondo del pozo, que era en verdad muy hondo, sonaba de continuo el agua. Era un arroyo caudaloso, era casi un riachuelo que bajaba por allí despeñado, y cuya corriente cobraba mayor caudal, rapidez y frescura en el estío por el tributo del hielo que se derretía en muy cercanas y encumbradas montañas.

Como se ve, el retiro de Calitea no era penitente, ni había necesidad de ello. La penitencia en Calitea hubiera sido curarse en salud, y lo contrario de miel sobre hojuelas. Hartas penas tenía ella en el alma.

Su vida era solitaria y triste, aunque muy apacible.

Ni D. Hermodoro, el más terco de sus perseguidores, acudía ya á visitarla. Con la sospecha de haber incurrido en un conato frustrado de crimen de lesa majestad, andaba D. Hermodoro, aterrado y huido, y nada quería ya saber, ver ni oír de Calitea. Al tuno del secretario, que fué su seductor y su

cómplice, le había enviado de comisionista á países remotos, á fin de quitarle de su presencia, sin hacer de él un enemigo.

Doña Eduvigis y D. Prudencio habían intervenido en el asunto del aderezo de perlas y diamantes, y se admiraban y enorgullecían del desinterés y de la virtud de Calitea; pero callaban todo lo ocurrido, porque ella así lo exigía, á su madre por cuanto hay de más sagrado en el mundo, y por el sigilo de confesión al presbítero.

No bastó tanto misterio á evitar que se entreviesen un poco y cundiesen por el barrio ciertos asomos del sublime desdén de Calitea, lo cual y la conducta ejemplarísima que observó ella desde la noche del alboroto, le conquistaron la consideración y el respeto de las gentes, aunque apenas de vista la conocían, pues no se trataba con nadie.

Sólo D. Prudencio, confesor de ella y de su madre, les hacía frecuentes visitas. Era este señor un carcamal de cortos alcances, tan lleno de preocupaciones como de virtudes. Doña Eduvigis le escuchaba y le obedecía como á infalible oráculo; pero Calitea confiaba poco en su saber y no atendía sus consejos, aunque le veneraba.

La rígida soberbia, tomando por disfraz la humildad y arrojándose de las virtudes mismas que en D. Prudencio brillaban, hacía odioso á D. Prudencio, porque le despojaba de todo indulgente amor al prójimo, cuyos pecados y vicios se complacía él en exagerar y en fustigar ásperamente.

A menudo decía:

—No hay que enojarse. Voy á hablar con libertad cristiana.

Y todo el que oía este preámbulo tenía que precaverse, como se precavían, no hace muchos años, los que oían decir en una ventana—¡agua va!—al pasar por las calles de varias ciudades en que no había aún alcantarillas.

Con la mejor intención, con el fin recto y sano de corregir á los pecadores y de mejorar las costumbres, D. Prudencio lanzaba por aquella boca sapos y culebras: mil suciedades y mil venenos.

Harto sabía él que Calitea amaba é idolatraba al rey: pero no discurrió nada tan á propósito para curarla de aquella pasión sin ventura como referir escandalizado todos los lances amorosos de su majestad, hiriendo y martirizando el pobre corazón de la muchacha con el aguijón de los celos.

Otras veces, en aquellos íntimos coloquios, prevalido de lo que él llamaba libertad cristiana, en la que se atrevía Calitea á sospechar que entrase por algo la mala educación, D. Prudencio denigraba las travesuras juveniles del rey, abominaba de su relajación y desenfreno, y le calificaba de pillete y de casquivano, pronosticando que todos sus súbditos acabarían por odiarle ó por despreciarle, en apoyo de lo cual citaba en latín sentencias de la Escritura, como, por ejemplo: *Simia in tecto rex stultus in solio suo*: un rey necio en su trono es una mona en un tejado.

Calitea perdía entonces la paciencia y se revolvía furiosa contra el detractor de su ídolo. ¡Cuán bella estaba en aquellos momentos! Parecía de mayor estatura al erguir la cabeza, y puesta de pie: el rubor encendía la tersa tez de su rostro; sus grandes y negros ojos centelleaban; se le veían mejor, al hablar, la nacarada blancura de los dientes y la fresca lozanía y gracioso movimiento de los labios; y la emoción entusiasta agitaba las airosas curvas de su firme pecho. Su voz temblorosa, pero vibrante y argentina, resonaba elocuentemente en defensa y en alabanza de su dulce amigo. Ella refería sus hazañas; hablaba de su prudencia y valor en los combates y de su bondadosa templanza en la victoria; contaba los asilos y las escuelas que había fundado, los caminos que había abierto y los templos y monumentos que había erigido; describía las naciones bárbaras que había domado y la mudanza dichosa que obró en ellas la cultura; y encarecía, por último, la sencillez, la llaneza y la inagotable generosidad con que el rey socorría á los menesterosos sin humillarlos, y la esplendidez con que enriquecía y honraba á los sabios, á los trovadores y á los artistas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamaba aquí D. Juan Fresco, interrumpiendo la narración.—¿Quién no se alegraría de ser rey, y sobre todo de ser buen rey, para ser celebrado y adorado así por una súbdita tan guapa? ¡Ah, nunca, nunca—añadía luego citando á uno de nuestros mejores poetas—

Tan sublime modelo
de estro feliz, de inspiración divina,
mostró Casandra en los dardanios muros
ni en las lides olímpicas Corina!

XII

Las moralidades feroces en que D. Prudencio solía desatarse contra el padre de Calitea causaban á su hija mayor enojo aún, porque veneraba y amaba la memoria de su padre, aunque no le había conocido; porque era harto más difícil defenderle; y porque doña Eduvigis, acaso por admiración condescendiente hacia el clérigo, se convertía en eco de cuanto el clérigo afirmaba. A pesar del acendrado amor al marido, por quien suspiraba al cabo de los veinte y pico de años de haberle enterrado, y á quien llamaba, á todas horas, mi queridísimo Adolfo, la bendita señora, sin poderse refrenar, acompañaba siempre á D. Prudencio y entonaba con él á dúo un piadoso responso de vituperios y anatemas contra el difunto.

Menester es confesar que, si en esto, prescindiendo de la fe ciega en el director espiritual, cabe alguna disculpa, doña Eduvigis la tenía. Su queridísimo Adolfo le había hecho poco caso; le había sido infiel con frecuencia; se había casado con ella por casarse; jamás le había confiado sus pesares, sus planes, ni sus secretos, si los tuvo; jamás había realizado con ella la santa comunicación y la estrechísima unión de las almas, que hacen verdaderamente sacramental el matrimonio; y, por últi-

mo, había consumido en vicios y en extravagancias casi todo el dote que aportó ella y los bienes que él tenía.

D. Adolfo, no obstante, á quien hablando en castellano, me parece que debemos llamar Don, era la bondad misma; cautivaba las voluntades con su afabilidad y dulzura; y competía por lo valiente con el Cid, por lo leal con un perro y por lo generoso con el Magno Alejandro. Sus defectos no eran defectos, sino sobras: sobra de alegría, sobra de afición inteligente hacia todo lo hermoso y deleitable, y sobra de confianza en la misericordia del cielo. De todo lo cual resultaba un sujeto extravariado y manirroto: lo que llaman vulgarmente un perdido, pero de gran ser y sumamente simpático.

Varias veces había adquirido mucho dinero, mas en seguida le gastaba, con rumbo de gran señor, en conquistas, en limosnas, en obsequiar á sus amigos y conocidos, y en divertirse y holgarse. Su situación crónica y ordinaria era, pues, estar á la cuarta pregunta.

En aquella edad, ya por alguna hazaña memorable, ya por la empresa que se ponía en el escudo, ya por calidad ó virtud en que sobresaliesen, los caballeros tomaban apellido ó título significativo y sonoro. Y así como hubo el caballero del Cisne, el del Lago, el del Aguila rapante, el del Penacho de oro, el de la ardiente Espada y el del Brazo de hierro, á D. Adolfo le llamaron el Caballero de la Bolsa vacía: título que él aceptó como justo y gracioso, aunque ya le tenía un trovador contemporáneo suyo: pero ¿en qué siglo y en qué reino ó república, no ha habido caballeros y trovadores que le merezcan?

Para la mejor comprensión de esta historia, aunque verdadera, algo confusa y desfigurada por el indocto vulgo, conviene poner aquí en resumen, si bien con las aclaraciones é interpretaciones de D. Juan Fresco, algo de lo que Calitea pudo sacar en claro de la vida de su padre, oyendo lo que decían doña Eduvigis y D. Prudencio.

Según parece, en aquella misma sangrienta batalla en que el famoso Saladino venció é hizo prisionero á Guy de Lusignan,

se vió tan cercado de infieles el Caballero de la Bolsa vacía, que, después de pelear como acosado león, cayó mal herido y tuvo que rendirse.

Cautivo ya, le llevaron á Damasco; y como el mal olor de la pobreza penetra y ofende las narices más tabicadas, los musulimes que le habían cautivado olieron pronto que nadie daría un ardite por su rescate, y le vendieron á un mercader parsi ó güebro, devotísimo de Zoroastro, y que comerciaba en sedas, perfumes, especierías y piedras preciosas. D. Adolfo, que, según hemos dicho, poseía el don de gentes, se ganó á escape el aprecio y el cariño del mercader, tuvo vara alta en su casa, y le acompañó en sus viajes. Ambos, embarcándose en una nave que zarpó de Ormuz, traspusieron á la India oriental y visitaron sus más antiguas y magníficas ciudades.

No es del caso referir aquí los inauditos sucesos, los lances de amor y fortuna y las interesantes impresiones de D. Adolfo en aquellas regiones del aurora, casi dominadas entonces por los Guridas, que habían suplantado á los indignos y débiles sucesores de Mahamud de Gasna.

Bástenos saber que D. Adolfo se hizo por allí grande amigo de un sujeto muy importante que era ya amigo de su amo. Su buen humor, su despejo y sus chistes cayeron tan en gracia á aquel señor indio, que continuamente quería tener á D. Adolfo en su compañía; y, como ya era anciano, y sin hijos, se dió á querer á D. Adolfo como quiere un padre.

Y fué lo más singular que este señor no era un cualquiera, sino uno de los más prodigiosos sabios y magos que ha habido en Oriente. Gustaba mucho de los cristianos, cifrando su mayor gloria en descender del más ilustre de los tres reyes magos que vinieron al portal de Belén. El se jactaba de ser el cuadragésimo nieto del que nosotros llamamos Melchor, aunque en la India tenía otro nombre. Lo que es yo ni afirmo ni niego esta descendencia, pero no me explico por qué se enfurecía tanto D. Prudencio cuando de ella se hablaba. Los reyes magos fueron personas de carne y hueso; y, como no consta

que hiciesen voto de castidad, bien pudieron dejar sucesión que hasta el siglo XIII se perpetuase.

Como quiera que ello sea, este sabio sobresalía de tal suerte en su ciencia intuitiva, tan superior á las groseras ciencias experimentales, de que hoy en Europa nos envanecemos, y era tan hábil en las artes taumatúrgicas, que las dos profetisas Elena Blavatsky y Ana Besant, el coronel Olcott, el doctor Francisco Hartmann y otros teósofos, han puesto últimamente en moda por acá y en América, que nadie le daba otro nombre que el altamente honorífico y repleto de significado de Criyasacti, ó como si dijéramos, el poder creador por quien los conceptos más atrevidos, que nacen en lo profundo del espíritu, salen fuera de él y aparecen en el mundo visible, con figura, consistencia, movimiento y vida.

A fin de hacerse cargo de lo que es este poder y calcular su extensión, es indispensable entender que, en grado infinitamente superior, y con acción no lenta y metódica, sino casi instantánea, se parece algo al poder que ejerce un hombre docto en química, mecánica y otras ciencias europeas, cuando somete á su voluntad, aunque de un modo burdo y trabajoso, algunas energías de la naturaleza. Pero, ¿qué valen sus potingues, aparatos y maquinarias, en comparación de lo que estos magos de Oriente inventan y producen? Más adecuado será decir que tales invenciones y producciones ó creaciones son como las del poeta y las del artista, si bien con la notabilísima diferencia de que las del mago tienen realidad y verdad, y las poéticas y artísticas sólo son remedo de la verdad; verosímiles ó digamos de mentirijilla.

Para llegar á saber y á hacer lo que sabía y hacía Criyasacti, había sido indispensable abismarse en la profundidad de los más recónditos estudios y tener una vida inmaculada y austera; pero no se oponía esto á que Criyasacti, en vez de ser tieso y adusto, fuese facilitón y campechano, muy aficionado á reir y más alegre que unas sonajas. Nada le agradaba tanto como las chuscadas y las burlas con tal de que pudiese

sacarse de ellas alguna provechosa enseñanza y no redundasen en perjuicio de tercero.

Y no hay que extrañar esta inclinación de Criyasacti, ya que hasta los santos han sido á menudo alegres y chistosos. ¿Y por qué han de estar en oposición la santidad y la alegría? ¿Por qué no ha de tener gracia quien está en gracia de Dios? Quédese la tristeza para el delincuente, para el envidioso y para el tramposo; y el que no tiene remordimientos, ni envidias, ni ambiciones, ni deudas, sea todo regocijo. ¡Cuán lindamente expone todo esto el Padre Boneta, en el sabroso libro que dió á la estampa sobre la virtud de la eutrapelia y las sales, chistes y agudezas de los santos!

En fin, Criyasacti era chusco, pero benéfico; era un encantador de buena índole y muy regocijado.

Merced á este regocijo, á la serenidad de espíritu que los filósofos llaman *ataraxia*, á una vida casta y muy ordenada y á la dieta ó alimentación de sólo vegetales, huevos y leche, Criyasacti, en vez de malograrse, alcanzó la avanzadísima edad de ciento veinte años y algunos meses. Pero, como en este mundo no hay nadie á quien no le llegue su hora, llegó al cabo la del último vástago de la dinastía mediatizada de los Melchores, y sin dejar sucesión, expiró tan suavemente como había vivido, entre los brazos de su amigo D. Adolfo, á quien instituyó universal heredero de sus bienes, salvo los libros, que D. Adolfo no hubiera podido entender, y las baratijas y chirimbolos de magia, que no hubiera sabido manejar; todo lo cual fué recogido por la congregación de magos de la que era Criyasacti gloria y orgullo.

Viéndose D. Adolfo huérfano y rico, se hartó de estar en la India y se volvió á Damasco con el mercader güebro, de quien no era ya esclavo, sino socio. En Damasco, tuvo grandísimo deseo de volver á tierra de cristianos; arregló sus asuntos de alparcería con su socio el mercader; se despidió de él con lágrimas y muy cariñosos abrazos, y se vino á Europa.

Primero, en la gran ciudad de Constantino, y después, en

Sicilia y en Italia, ora en Mesina, ora en Palermo, ora en Nápoles y ora en Roma, Florencia, Milán y Venecia, vivió don Adolfo con tanto boato y tan á lo príncipe, que pronto devoró casi toda la hacienda que Criyasacti le había dejado y volvió á ser el Caballero de la Bolsa vacía.

Entonces fué cuando, algo compungido, buscó refugio en su patria; se propuso recogerse á buen vivir, aunque no lo cumplió, como ya sabemos, y se casó con doña Eduvigis.

Tales, en compendio, son las noticias que Calitea pudo recoger de su madre y de D. Prudencio. Para ello tuvo que descartar no pocas fábulas calumniosas que D. Prudencio forjaba sin querer, arrastrado por sus preocupaciones y por el odio que profesaba á Criyasacti sin haberle visto.

En vez de suponerle nieto quadragésimo del rey mago Melchor, sostenía que era, como Merlín, hijo del diablo.

—¿Quién sabe—decía á veces—si no descendería Criyasacti del propio Merlín, el cual me consta que estuvo en la India perfeccionándose, ó mejor diré, endemoniándose más en sus artes y fabricando aquel gigante monstruoso, llamado Gargantúa? Merlín era más enamorado que un mico, como se ve de sus amores con Viviana, quien, á despecho del infernal poder del encantador, le tuvo encerrado en la Floresta de Brocelianda, donde el caballero Galbán le halló hecho un gurrumino. Lo probable es, pues, que Merlín dejase bastardos en la India, en el mucho tiempo que allí estuvo.

Contra estas atrevidas suposiciones, fundadas en historias ó consejas disparatadísimas que corrían entonces por toda Europa, nada replicaba Calitea: pero se apesadumbraba en extremo del constante empeño del clérigo en injuriar la memoria del amigo y espléndido bienhechor de su padre, y en ocasiones contradecía á D. Prudencio para defender al mago indio.

Así, por ejemplo, cuando D. Prudencio aseguraba, como si lo viese, que Criyasacti estaba ardiendo en vivas llamas, allá en los quintos infiernos, Calitea sostenía que Dios no podía

haber condenado á una persona tan buena, la cual, si bien ella no creía que estuviese en el cielo, no era temerario, sino piadoso entender que se encontraba en unos á modo de Campos Elíseos, no lejos de la mansión de los precitos, pero donde la vida de ultratumba se pasa muy á gusto y con bastante regalo, en compañía de Aristóteles, Platón, Virgilio, Averroes, el propio Saladino y otros varones preclaros y virtuosos, que, por más que no conociesen ó no aceptasen la ley de Moisés, ni la ley de Gracia, vivieron con honestidad y decencia, según la ley de la revelación primitiva y según los preceptos y orden de Melquisedec.

Sosteniendo además que había *magia blanca*, Calitea defendía á Criyasacti de las tremebundas acusaciones de D. Prudencio, quien afirmaba que no había sino *magia negra*, obra del diablo; de suerte que, en lo único en que aprobaba la conducta de D. Adolfo, era en no haberse dejado seducir y en no haber aprendido palotada de aquella ciencia maldita, sin duda por no querer untarse, ni volar al aquelarre, ni comer niño crudo, ni firmar con su sangre un execrable pacto con Lucifer.

XIII

Por fortuna, vivía, á la sazón, en aquella ciudad, cierto personaje, que, á pesar de la oposición de D. Prudencio y de doña Eduvigis, visitaba con frecuencia á Calitea, y le daba más favorables informes y mejores noticias de su padre y de los amigos de su padre.

Era este personaje un muy anciano médico y filósofo griego, llamado el doctor Teódulo, que había venido á establecerse allí, emigrando de Constantinopla, cuando los latinos se apoderaron de aquella ciudad y destronaron al emperador Ducas Murzuflo.

D. Adolfo, por recomendación de Criyasacti, que había estado en correspondencia científica con el doctor Teódulo, conoció y trató á este sabio, é intimó con él desde que estuvo en Constantinopla, de vuelta de Damasco.

Ya en la ciudad, donde se realizan los casos que relatamos, habiendo hallado D. Adolfo á su antiguo amigo, la amistad de ambos se hizo más íntima.

Duró la amistad hasta la muerte violenta que dieron á don Adolfo aquellos desalmados fulleros; pero antes había él confiado al doctor cuanto podía confiarle. Criyasacti le había vaticinado que tendría una hija hermosísima, y él no dudó nunca de que la tendría; y, como recelase, según la mala vida que llevaba, que podría acabar en mala muerte, encomendó al doctor Teódulo que si él moría, entregase á su hija cierto presente, que al efecto puso en su poder, y que, según las instrucciones de Criyasacti, no había de recibir la niña hasta el día mismo en que cumplierse veintitrés años.

Llegó al fin dicho día, que era el del solsticio de estío, y el doctor Teódulo, que había solicitado y obtenido de Calitea cita para una larga conferencia á solas, acudió á visitarla cuando estaba el sol en el meridiano, que fué el momento en que ella nació, y antes de enseñarle y de entregarle lo que traía para ella en una cajita, que vendría á tener una tercia de largo, le echó el discurso que procuraremos con toda fidelidad reproducir aquí:

—En esta ocasión solemne—dijo el doctor—en que vas, ¡oh gentil Calitea! á recibir y á guardar un objeto que, por medio de tu padre, el propio Criyasacti te regala, es menester que yo te diga algo de Criyasacti y disipe los escrúpulos que las habladurías de D. Prudencio pueden haberte inspirado. Criyasacti fué un mago profundísimo, el más profundo y portentoso que durante muchos siglos se ha conocido; pero fué mago blanco y natural, y jamás tuvo trato con el diablo. No es de extrañar que se haya lanzado tan ridícula calumnia contra él, que al fin era pagano, cuando entre católicos han sido

acusados de lo mismo varones tan católicos y piadosos, como Gerbert, que fué Papa, bajo el nombre de Silvestre II, y cuando hoy acusan á un frailecito de San Francisco, inglés de nación, al hermano Rogerio, que empieza á aturdir á todas las gentes con lo mucho que sabe, averigua y descubre. Prescindamos de esto: y con la intención de que penetres el verdadero sentido de las cosas, sin gastar yo saliva y tiempo en dibujos, y fiándome, como me fio, en la rapidez de tus entendederas, que todo lo cogen al vuelo, te explicaré concisamente lo que es magia legítima, y la distinguiré de lo que el vulgo confunde con ella, y que nosotros debemos llamar, ora magia falsa y heterodoxa, ora magia soez y villana. Esta última es la sola diabólica: las otras dos merecen calificarse, la una de divina y la otra de pseudo-divina.

Hablaré primero de la magia diabólica ó dígase brujería.

La brujería es de tres clases. La más vil, aunque también la más disculpable, si cupiese en ello disculpa, es la que nace de la ignorancia, de la miseria y de los padecimientos de la plebe. La asiduidad y dureza del trabajo, la falta de abrigo contra el rigor y las inclemencias de las estaciones, el hambre, la abyección y los malos tratamientos, suelen engendrar nefandos odios contra el Creador y contra sus obras, y mover á muchas personas á que por desesperación se den al diablo. Estas personas constituyen la mayoría de los brujos y de las brujas; y ya con realidad, que no he de discutir aquí, ya por extravío delirante, y ya en visiones y sueños producidos por infames linimentos y bebedizos, ven y hablan al diablo, acuden á sus saraos y tertulias, bailan con él, oyen sus misas, entonan sus letanías, celebran ritos asquerosos para adularle, y le consultan las bellaquerías, delitos y liviandades que quieren cometer y que cometen.

—Espero que el Sr. D. Prudencio me hará el favor de creer que Criyasacti no era brujo de esta clase.

Calitea sonrió moviendo la cabeza, y el doctor Teódulo prosiguió:

—Brujos de otra clase, y los peores, en mi sentir, son los que, valiéndose de la destreza, de la fuerza, de los secretos científicos ó de las artimañas que poseen, encantan y seducen á los tontos, mienten, estafan, medran y triunfan á costa de ellos, y aun á costa de los avisados, y sólo miran al provecho propio. Estos ayudan á Satanás y Satanás los ayuda; aunque no le ven jamás, están obsesos por él; y, aunque no le hayan firmado pacto alguno, tienen con él pacto implícito. No seré yo, por último, quien niegue que ha habido, hay y habrá letrados y doctores, de voluntad débil, perversa ó inclinada al pecado, que, á impulsos de la codicia, de la ambición, de la sed de deleites ó del deseo de ser amados de alguna mujer, firman un contrato con el demonio y le venden el alma. Después que estos tales se divierten y consiguen cuanto se les antoja, suelen arrepentirse y encomendarse á Dios ó á algunos Santos, y acaban por salvarse, á pesar del contrato, dejando al diablo, que les ha servido de paje, espolique y tercero, burlado y con un palmo de narices. El célebre Teófilo, cuya historia está escrita en todos los idiomas, y sobre el cual compuso una comedia cierta monja alemana, es hasta hoy el más notable ejemplo de esta travesura: ejemplo que yo considero nocivo, porque es feo faltar á lo pactado, aunque se pacte con el demonio, y porque envalentona á los pícaros á pactar con él, para engañarle y chasquearle, cuando pueden ser ellos los que se lleven chasco.

Abandonemos ya estas impurezas y hablemos de la magia blanca, limpia y legítima.

—Hay una beldad soberana que lo hermosea todo, una luz que todo lo ilumina, una voluntad que todo lo mueve, y una esencia inteligente que todo lo llena, que todo lo penetra y que todo lo ordena y dirige. No hay hombre que, por mucho que estudie y sepa, atine á comprender sino muy vagamente á este Ser infinito. Debemos contentarnos con formar de El el incompletísimo concepto que cabe en nuestras almas, dando á este concepto cuantas buenas cualidades podemos concebir

en nosotros elevándolas luego á la infinita potencia. Nuestras almas, no obstante, son nobilísimas, como hechas á imagen y semejanza de Dios, y allí, en el abismo de ellas, si penetramos bien con el pensamiento, abstraído de todas las cosas exteriores, está Dios tan cerca de nosotros, que llegamos inmediatamente á El. Estame atenta, hija mía, porque lo difícil de entender estriba en esto; y yo no quisiera inducirte en error.

—Te escucho con la mayor atención—dijo Calitea.

Y prosiguió el doctor Teódulo:

—Ya comprenderás que para lograr la ventura, durante nuestra vida mortal, de columbrar á Dios en el abismo del alma, y aun de unirse con El de un modo inefable, no bastan nuestras pobres facultades humanas. Es menester el auxilio del Todopoderoso, su gracia, y por nuestra parte la fe y la caridad más puras. Tan alta unión se alcanza sólo por milagro. La ciencia que trata de esto se llama la mística, y en nuestra edad ha enviado el cielo á la tierra un pasmoso y seráfico doctor, que lleva el nombre simbólico de Buenaventura, y que entiende y lee en esa ciencia como nadie. Para llegar á Dios así, no se llega por el saber, sino por el amor: no es natural, sino sobrenatural el camino. Criyasacti jamás tuvo la arrogancia impía y abominable de confundir su magia con la mística. Su magia nada tuvo de sobrenatural. Fué natural toda ella. Con una vida virtuosa y recogida, con la introinspección y estudio del alma propia y con el posible conocimiento de sí mismo, ahondó hasta donde humanamente puede ahondar nuestro entendimiento limitado, y vió en aquella luz, que está en el ápice de la mente y que ilumina á todo hombre que se esfuerza por verla, no sólo los primeros principios, los axiomas, y ciertas verdades absolutas, que la razón universal ó el entendimiento agente pone como prólogo de su libro divino, sino también muchos capítulos de ese libro, cerrado y sellado con siete sellos para la generalidad de los hombres, que se emplean en intereses y deleites vulgares ó que viven en la admiración somera

de lo material y visible. Con este saber, incomparablemente superior al de los empíricos que hubo y que habrá en lo venidero, Criyasacti vió la conformidad de cuanto en los seres exteriores perciben los sentidos con lo que son ellos en sí, y aunque nunca entendió lo que es la sustancia de ellos, no la convirtió en Dios, ni la convirtió en ilusión y fantasmagoría, sino que descubrió varias de las cualidades y muchas de las leyes que ordenan y enderezan estos seres al fin y al propósito bendito con que Dios los crió. No se infiere de esto que tuviese Criyasacti el don de profecía; pero sí tuvo previsión racional de multitud de sucesos, con no menor claridad y certidumbre que aquellas con que un buen astrólogo pronostica los eclipses ó la aparente situación que tendrán las estrellas del cielo, dentro de unos cuantos siglos, en tal día y á tal hora. No por eso se ensoberbeció Criyasacti, ni incurrió jamás en la espantosa locura de negar á Dios ó de negarle la conciencia para adjudicarse él lo divino y consciente, ni de hacer del Universo un sueño vano para que el todo sea el Unico, y venga el Unico á parecerse á la nada. Jamás aceptó mi excelente amigo esos absurdos sistemas de otros sabios de la India, que tuvieron tanto éxito en Alejandría, con Anmonio Sacas, Plotino, Jámblico y Proclo, y que, según él preveía, habrán de ponerse muy de moda entre los pueblos cristianos y europeos, allá hacia el siglo xx de nuestra era.

En suma, y para no cansarnos más, el doctor Teódulo demostró á Calitea, que le oía con recogimiento y que le entendía muy bien, que Criyasacti había sido un mago natural, juicioso, creyente en Dios, aunque pagano, y enemigo del diablo, á quien echaba la zancadilla en punto á saber y hasta á producir cosas que tenían traza de prodigio, por lo ingeniosas y nada comunes que eran.

Después de esto, abrió la cajita, sacó lo que había dentro y se lo enseñó á Calitea.

Era una pequeña estatua, figura de mujer, ó muñequita, al parecer de barro pintado, y de una tercia de altura. Su cara

era bastante linda y su traje oriental y rozagante. En la mano derecha tenía una trompetilla de metal y en torno de las sienes unas ínfulas, también metálicas. En la trompetilla había un letrero, en letras indias, que decía, según el doctor tradujo, *La Buena fama*; y en las ínfulas, otros dos letreros más largos, que, interpretados por el doctor, rezaban: *Quien me tiene, aunque me pierda me tiene, y quien me pierde no me tiene aunque me tenga.*

—Ya te harás cargo—dijo el doctor—que á tu padre, que no tenía buena fama, á causa de sus calaveradas, y á pesar de lo bueno que era, de nada podía valerle esta muñequita, que estaba destinada para ti.

—Es muy mona—dijo Calitea—pero ¿sabes tú de qué puede valerme?

—Yo lo ignoro, y tu padre también lo ignoraba. Es un secreto, que nunca quiso revelar Criyasacti y que sólo vendrá á saberse el día en que su plan se realice.

—Luego hay un plan ligado con la existencia de esta muñequita.

—Sin duda que le hay, por más que nadie atine á adivinar cuál sea. Ello dirá, andando el tiempo. Refrenemos nuestra curiosidad por ahora.

—¿Y qué tiene por ahora de extraordinario esta muñequita?—preguntó Calitea.

—A la simple vista—respondió el doctor—es como todas las otras; pero yo sé que hay en ella varias propiedades singularísimas. Esta muñequita, hija mía, no se puede romper, ni quemar, ni abollar, ni destruir hasta que su misión se cumpla. El encanto, que puso en ella Criyasacti, con la fuerza de su voluntad, es superior á todas las fuerzas mecánicas, físicas y químicas, de que puede disponer el hombre, en nuestros días. El mandato imperativo, que ha legado en ella Criyasacti, la hace inquebrantable, invulnerable, incontundible, incombustible é indestructible. Contra la póstuma sujeción *criyasáctica* nada pueden puñales, martillos, prensas, líquidos corrosi-

vos, hogueras y fraguas con soplete. La muñequita está sujestionada, y mientras no haga lo que la sujestión le prescribe, ni el diablo mismo puede acabar con ella.

XIV

Por ser recuerdo de su padre y regalo de la persona tan distinguida que le favoreció y protegió, y asimismo porque la muñequita era primorosa en comparación de las que entonces se fabricaban, Calitea le tomó mucho cariño, y la colocó sobre el bufetillo que tenía en su alcoba. En los ratos de ocio, se deleitaba en contemplarla, esperando tal vez que de pronto descubriese alguna habilidad ó hiciese alguna gracia. Pero en balde: la muñequita no tenía cuerda, ni mecanismo interior; era inerte y muda, y no sabía cerrar y abrir los ojos, ni decía *papá* y *mamá*, como las muñecas de ahora. Calitea no dejaba de reconocer esta sosería, pero estaba prendadísima de la muñeca.

Su extraño aspecto y el venir de manos del doctor Teódulo dieron muy mala espina á doña Eduvigis, no bien se informó de todo. Viendo además lo que gustaba Calitea de la tal muñeca y lo mucho que la miraba, doña Eduvigis se alarmó doblemente y no tardó en contar cuanto sabía sobre el caso á su confesor D. Prudencio.

Este se puso las manos en la cabeza, lleno de terror.

—Es lástima—decía—que una niña tan santita, tan honrada y tan virtuosa, se exponga á perder su alma por tratarse con herejes, con brujos y con griegos, que casi es peor. Los griegos son embusteros y traidores. *Timeo danaos et dona ferentes*, lo cual significa que nadie debe fiarse de los griegos ni aceptar sus regalos. Ese doctor Teódulo debe de ser tan pérfido como Sinón; y, no lo dudes, así como en el Caballo de Troya estaban encerrados Pirro, Ulises y otros crueles guerreros,

que causaron el incendio y la ruina de aquella famosa ciudad, en esa muñequita hay encerrada una legión de demonios.

—¡Ave María Purísima!—dijo doña Eduvigis, santiguándose y muy asustada.

—No te asustes, noble amiga—repuso D. Prudencio.—Yo exorcisaré la muñequita endemoniada y le sacaré del cuerpo los malos.

Después se puso á reflexionar: se dió una palmada en la frente, é hizo esta pregunta:

—Pero ¿no me dijiste que la muñequita es obra del mago Criyasacti?

—Sí que lo dije.

—Pues entonces mis exorcismos no bastan. La muñequita no es sólo hormiguero de diablos, sino amasijo de abominaciones y quinta esencia de los siete pecados mortales. *¡Delenda est Carthago!* ¡Anatema! ¡Anatema! Es indispensable destruir la muñequita, romperla, arrojarla al fuego, achicharrarla y aniquilarla.

Poco tardó doña Eduvigis en convencerse de necesidad tan clara y tan urgente.

—Seamos—decía á D. Prudencio—los destructores de este idolo, de esta imagen de una falsa divinidad indiana que se nos ha metido en casa de rondón. Pero importa hacerlo sin que se entere Calitea, que no lo consentiría.

—Llámame—dijo él—cuando Calitea esté dormida. Yo vivo muy cerca; vendré volando, y exterminaremos la muñeca.

Aquello fué una muy sigilosa conspiración, en la que fácilmente pudo conseguirse que la cocinera también entrase.

Concertado todo, ocurrió, á los dos ó tres días, que la pobre Calitea se quedase velando hasta el amanecer para acabar de bordar una magnífica dalmática que le habían encomendado con mucha priesa.

Como cayó en la cama, rendida de cansancio, su dormir era profundísimo y prometía durar hasta las diez ó las once de la mañana.

A las siete, acudió D. Prudencio, llamado por la cocinera. Sin pérdida de tiempo; provista doña Eduvigis de una vela encendida para ver sin abrir la ventana; armada la cocinera de las tenazas y el clérigo escudado por el Breviario, los tres conspiradores entraron en silencio y de puntillas en la alcoba de Calitea. Alumbró doña Eduvigis el lugar del bufetillo en que estaba la muñeca; la cocinera cogió la muñeca con las tenazas, desplegando la agilidad y prontitud que tenía para coger ratones; y, hecho esto, se salieron todos de la alcoba, sin despertar á la joven, cerrando la puerta sin ruido, y llevándose la muñeca á la cocina.

Allí, la cocinera, que era robusta, empuñó la maja del almirez y descargó sobre la muñeca golpes furibundos; pero ¡oh maravilla!, la muñeca no se quebró, ni se deformó, ni se abolló siquiera.

—¡El cuchillo! ¡Emplea el cuchillo!—gritó D. Prudencio, que se había quedado lejos, por lo que pudiera ocurrir, y diciendo para su capote: *qui amat periculum in illo perit*.

Tomó la cocinera el cuchillo, asestó con todas sus fuerzas una puñalada al corazón de la muñeca, y la hoja de acero saltó como vidrio, quedando incólume aquel enorme átomo, creación estupenda de Criyasacti.

—¡El hacha! ¡El hacha de cortar leña!—exclamó doña Eduvigis, dominada ya por el furor de tan descomunal combate.

La cocinera, no menos furiosa, agarró el hacha con ambas manos, y sacudió un diluvio de hachazos sobre la muñequita, que yacía por el suelo, inerte, sufrida y callada. Lo único que se logró fué que el filo del hacha se mellase y que el mango se hiciese astillas.

Aquella pasiva y estoica resistencia, aquella virtud conservadora, depositada allí por la prepotente voluntad de Criyasacti, infundió mayor asombro en los que anhelaban destruir la muñeca que si hubiera salido de su seno una tempestad de truenos y de relámpagos.

A la cocinera, que aún tenía el cabello negro como la endrina, empezaron de súbito á salirle canas; las pocas, que alrededor de la calva le quedaban á D. Prudencio, se le pusieron tan tiesas que parecían las púas de un erizo; y doña Eduvigis daba diente con diente, tiritaba con el frío de la calentura, y temblaba como si viniese de las minas del azogue.

La cocinera, sin embargo, tenía mucho denuedo y estaba ansiosa de vencer.

Trajo, pues, un trozo gordo de encina, multitud de palitrosques y un manojo grande de secos sarmientos, los echó en la chimenea, y avivó y fomentó el fuego. La leña chisporroteaba y crujía, levantando llamas como colosales serpientes.

Volvió entonces aquella heroína á coger la muñeca con las tenazas y la plantó en el centro de las llamas.

Pocos minutos después, las llamas expelieron la muñeca, lejos y con violencia tamaña que la hicieron caer sobre la cabeza de D. Prudencio, quien se desmayó pusilánime. Por dicha, la cocinera que no perdió la sangre fría, acordándose de que había nacido en Viernes Santo, y de la virtud terapéutica, que, según creencia popular inveterada, tiene toda mujer que nace dicho día, en el zapato del pie izquierdo, se quitó el suyo y le aplicó en las narices al paciente. Apenas éste le olió cuando se recobró del síncope.

La muñeca no le había hecho más daño que un chichón muy pequeño. La muñeca continuaba inofensiva; pero había salido del fuego entera y sana como antes. En lugar de tener tizne, relucía con mayor limpieza.

—Pasado este breve incidente, los tres conspiradores, inspirados por idéntica idea, dijeron á la vez:

—¡Echémosla al pozo!

No era riachuelo el que corría entonces por su fondo; era impetuoso torrente, formado por la nieve que en las próximas montañas se derretía.

La intrépida cocinera llevó, pues, al pozo la muñeca, y sin compasión la arrojó en él.

Doña Eduvigis y D. Prudencio, reanimados ya, inclinándose sobre el ancho brocal, y con los espejuelos calados, fueron testigos oculares y pudieron dar fe de que la muñeca cayó en el agua y fué arrebatada por la rapidísima corriente.

Doña Eduvigis dijo:

—De seguro que no para ya hasta la mar.

—Hasta el Averno, has de decir—enmendó D. Prudencio—porque de allí ha salido; y porque (según sentencia, no tengo bien ahora en mi perturbada memoria, si del profano ó del Apostol) *facilis est descensus Averni*.

JUAN VALERA.

(Se concluirá.)

le arrebató la vida el 15 de Diciembre del citado año de 1434 y á la edad de cincuenta (1).

D. Juan mandó hacerle suntuosos funerales, cohonestando con estas postreras honras las ningunas que en vida le tributara. Sepultáronle en la iglesia del convento de San Francisco, «junto al altar mayor, al ladó de la Epístola» (2): enfrente, en lujoso mausoleo de mármol blanco, estaban las cenizas del célebre viajero madrileño Ruy González de Clavijo, las que en 1475 fueron desalojadas para colocar en su lugar los restos de aquella tan maltratada reina doña Juana de Portugal, segunda esposa de Enrique IV (3). Siglos después aún existía en dicho convento el sepulcro de piedra de DON ENRIQUE, con su bulto ó estatua, según dice Quevedo, habiéndose al parecer salvado de la gran reforma que la iglesia sufrió en 1617, aunque no sobrevivió á la demolición de 1760, para la construcción del actual suntuoso templo. Con esta demolición, cenizas de reina, escritor y viajero desaparecieron entre los escombros... ¡Eran polvo!

De su esposa doña María de Albornoz apenas ha llegado á nosotros noticia alguna (4). Anulada por el Papa la sentencia de divorcio pronunciada en España, se ordenó á DON ENRIQUE

(1) F. P. de Guzmán: *Gener. y Semb.*, xxviii.—Zurita: *An.* 3.º, página 227.

(2) *Idem.*, id.

(3) Flórez: *Rein. catól.*, 2.º, p. 786.

(4) Entre los *Apéndices* que ilustran la *Crón. de D. Alvaro de Luna* (edición de Sancha) hay una donación otorgada por D.^a Maria de Albornoz, hija de D. Juan de Albornoz, á favor de D. Alvaro de Luna, *su primo*, de las villas de Albornoz, Beteta, Torralba, la casa de Ribagorza, las villas de Alcocer y Salmeron con todos los heredamientos que tenia en tierra de Moya, Utiel y Requena, para que fuese todo suyo, en atención á que estaba sin hijos y á que era el más inmediato pariente. Otorgóse ante Gonzalo García de Ocaña, en Alcocer, á 15 de Marzo de 1732. Confirma D. Juan II esta donación en Arévalo á 2 de Abril de 1438. Parece que vivia aún dicha señora, pues la llama «mujer que fué de Don ENRIQUE DE VILLENA.—Otra confirmación en Madrid, á 4 de Agosto del mismo año, cita Salazar y Castro (*Casa de Lara*, 1, lib. 6.º p. 507).

volviese á hacer vida maridable con ella. Debió de efectuarlo, aunque, como dice la *Crónica* (1), «cuanto en uno duraron siempre vivieron mal avenidos».

Lo que el ex maestro no tuvo en su mujer fué sucesión (2). Fuera de matrimonio dejó dos hijas: doña Beatriz de Aragón ó de Villena, que estuvo concertada de casar con el famoso don Pedro Girón, maestre de Calatrava, aunque no llegó á efectuarse la boda; y doña Leonor, nacida en 1430. Entró esta última en un convento de Valencia, donde cambió su nombre por el de Sor Isabel de Villena, en 1445; y compuso en lemosín un libro titulado *Vita Christi*, por el estilo de los escritos de Sor María de Agreda. Murió siendo abadesa en 1490. A ésta dedicó el trovador Bernardo Fenollar su *Istoria de la Pasio de nostre senyor Iesu Christ*, publicada en Valencia en 1493 (3).

II

RETRATO

En cuanto á su físico, fué DON ENRIQUE «pequeño de cuerpo é grueso; el rostro blanco é colorado», según Fernán Pérez de Guzmán que le conoció. El mismo escritor dice también con singular laconismo que «era muy inclinado al amor de las mu-

(1) *Crón. de D. Juan II*, año I, cap. iv.—Hartzenbusch (ob. cit., página 132) niega que DON ENRIQUE se volviese á reunir con su mujer. Sin embargo, nada más cierto, pues vemos que en lugares de ella escribe algunos de sus tratados.

(2) Id.—*Nic. ant. Bib. Vet.*; 2.º, p. 344.

(3) Salazar y Castro: *Advertencias históricas*, p. 79.—Pellicer: *Ensayo*, p. 64. El libro mencionado arriba, fué impreso dos veces; una de ellas en 1497 con el siguiente colofón: «A loor honor e gloria de la sanctissima Trinidad fonch stampat lo present vita xpi a jnstancia de la Reueret sor Aldonça de mont sorium abbadessa del monestir deles monges d'la trinidad de la insigne ciutat de Valecia: e imprimit per Lope de la Roqua alema e acabat en la dita ciutat a xxij de Agost enlo any de la natiuitat de nostre senyor. M. cccc. Lxxxvij. Deo gracias.» Fol. l. got.

jeros», y que «comía mucho». A esta destemplanza, corroborada indirectamente por algunos pasajes de su *Arte cisoria*, se atribuye que haya contraído la podagra ó gota que le afligió en sus postrimerías.

El retrato moral del señor de Iniesta nos lo dibujó Alvar García de Santa María, en estas breves palabras: «Este caballero fué muy gran letrado é supo poco en lo que le cumplía (1).» El señor de Batres, añade que «porque entre las otras ciencias é artes se dió mucho á la Astrología (Astronomía) algunos burlando decían que sabía mucho en el cielo é poco en la tierra (2)»; frases que ya se habían aplicado dos siglos antes al gran D. Alfonso el Sabio.

Su carácter indolente y su falta de valor personal en tiempos como aquellos, fueron causa de que (usando las palabras del segundo de aquellos escritores) estuviese «en pequeña reputación de los reyes de su tiempo y en poca reverencia de los caballeros».

III

QUEMA DE SUS LIBROS

Este asunto del auto de fe ó quema de los libros de DON ENRIQUE DE VILLENA, no es de los más fáciles de resolver, aun hoy que ha desaparecido la pasión que dominaba á los que se ocuparon en explicarlo, guiados acaso unos, y sin acaso otros, por informes falsos. Procedamos nosotros tomando las noticias en la verdadera fuente.

Que DON ENRIQUE había llegado á reunir una biblioteca que para entonces debía de reputarse rica y selecta no será especie nueva para quien haya leído lo que antecede. Zurita

(1) *Crón. de Don Juan II*, año xxviii, cap. 8.°

(2) *Generaciones y semblanzas*, xxviii.

asegura que era una de las famosas de todas ciencias que hubo en España y que se estimaba por un muy rico tesoro (1). Esta librería desapareció por las causas que expone la *Crónica de Don Juan II*, en estos términos: «El rey mandó que le fuesen traídos todos los libros que tenía (el de VILLENA), los cuales mandó que viese Fray Lope de Barrientos, maestro del Príncipe, é viese si había algunos de malas artes; é Fray Lope los miró é hizo quemar algunos é los otros quedaron en su poder (2).»

Como, en realidad, desempeñó el dominico (3) tan delicada comisión, es hoy punto menos que imposible apre-

(1) *An. de Arag.*, lib. XIV, cap. 22. También el *Comendador griego* en las glosas de que hablaremos pronto, afirma que *dejó muchos libros de varias y diversas doctrinas*.

(2) Año XXVIII, cap. 8.º

(3) D. Fray Lope de Barrientos, nació en Medina del Campo en 1382. Estudió en Salamanca; profesó en la Orden de Santo Domingo y fué el primer catedrático de prima de teología en aquella Universidad. De allí pasó á ser maestro del príncipe, después Enrique IV, y confesor del rey. Fué, en 1438, nombrado obispo de Segovia; trasladado á la silla episcopal de Avila en 1442, y después, en 1445, á la de Cuenca, en donde falleció en Mayo de 1469. Gozó siempre bastante influjo en la corte, especialmente en los últimos tiempos de D. Juan II y durante los primeros años de su discípulo, quien le nombró canciller mayor de Castilla.

Compuso bastantes obras, cuya lista trae D. Nicolás Antonio (*Biblioteca Vet.*, II, pág. 294), algunas muy interesantes por la relación que puedan tener con la desaparición de la biblioteca de DON ENRIQUE, y que manuscritas conservan algunos curiosos. Nuestra Biblioteca nacional posee un códice precioso que contiene las tres principales. Lleva la signatura S-10 y es un tomo en folio pequeño, letra del siglo XV, de 71 hojas actualmente, aunque según otra numeración antigua tuvo 76. Falta el encabezado y primer preámbulo (excepto los seis últimos renglones) del primero de los tratados, que se titula *Del caso y fortuna* y que llena las doce primeras hojas. El segundo tiene el rótulo: «*Tractado del dormir y despertar y del soñar, y de las adeuinanzas y agüeros y profecía, copilado por mandamiento del cristianissimo rey don Juan el segundo de Castilla y de León por la su humill fechura su inutil obispo de cuenca, su confesor y maestro del serenissimo principe D. Enrique, su amado fijo.*» Concluye al fol. 40, v. y al 41, empieza el «*Tractado del diuinar y de sus diuersas especies del arte mágica.*» Termina la obra y el códice al fol. 71 v. de la numeración moderna. Encuadernado en tafete verde. En el Museo británico hay también un códice Eg. 1868, en

ciar. El auto de fe se hizo, según el *Comendador griego* (1), en el patio de Santo Domingo el Real de Madrid; y tal atentado debió de producir disgusto en muchas personas y murmuraciones contra el Fraile, no solamente por el hecho, sino también por el destino que se dió á los libros que no fueron quemados. Diez años después, aún continuaba viva la reprobación fulminada con motivo de uno y otro, y Juan de Mena, el poeta más cele-

4.º, papel de 268 folios, letra del siglo xv, que contiene los tres tratados. (GAYANGOS: *Catálogo*, I, pág. 10.)

En la misma Biblioteca Nacional de Madrid hay otro códice en 8.º (V-257), en el que al fol. 16 empieza el *Libro del dormir y despertar*, en copia hecha en 1549, según en el mismo se dice. Ocupa hasta el fol. 39, y á continuación principia el *Tratado de la adivinanza ó sus especies que son las especies del arte mágica*, etc., de la misma letra, también con foliatura especial, terminando en la hoja 47. Este manuscrito encierra, además, otros opúsculos de religión y moral más modernos.

D. Nicolás Antonio cita un códice que había pertenecido al historiador Colmenares y después á D. Cristóbal de Zambrana y Villalobos, caballero de Calatrava, que contenía completo el libro *del caso y fortuna* que se titula así: *Tratado del caso y fortuna compilado por mandamiento*, etc. (como el del *dormir*), y además los otros dos. Otro códice, con las tres obras pertenecientes á la biblioteca del conde de Olivares, cita el mismo insigne bibliógrafo; y su anotador Pérez Bayer, menciona existente en El Escorial otro ejemplar del *Tratado del divinar*.

Además de las hojas que en los principios del cód. S-10 de la Biblioteca Nacional han desaparecido y que hoy no pueden suplirse por ser el opúsculo *del caso y fortuna* el que falta precisamente en el manuscrito V-257, falta también una hoja entre las 55 y 56 (la 60 de la numeración antigua); pero ésta puede completarse con el V-257 (segunda parte, fol. 24 y siguientes). En este folio, cortado estaba el árbol de las veinticinco especies de adivinanzas, y acaso por estar bien dibujado lo arrancarían, pues el códice está muy bien escrito, aunque faltan las capitales que habían de ser iluminadas.

En estos trabajos muéstrase Fray Lope erudito sin pedantería, filósofo serio, escritor correcto y hasta elegante á veces. De los tres tratados, el más curioso es el tercero y el que menos interés ofrece el *del caso y fortuna*.

(1) «Todas las obras del famosísimo poeta Juan de Mena, con la glosa del Comendador Fernán Núñez sobre las trezientas: agora nuevamente corregidas y enmendadas.» En Anvers. En casa de Martín Nucio. Con privilegio imperial de cinco años. An. MDLII, 8.º, fol. 120. De las *Trescientas*, con la glosa, hay ediciones anteriores.

brado de su tiempo, no dudó en hacerse eco de ella en las coplas de su *Laberinto* (1), en que, después de hacer un pomposo elogio de DON ENRIQUE, exclama:

«¡Oh inclito sabio, autor muy sciente!

Otra y aun otra vegada yo lloro,
porque Castilla perdió tal tesoro
no conocido delante la gente.

Perdió los tus libros *sin ser conocidos*;
y como en exequias te fueron ya luego,
unos metidos al ávido fuego
y otros sin orden no bien repartidos.»

La doble acusación está formulada con toda claridad. El autor de las *Trescientas* inculpa á Fray Lope por haber condenado al fuego sin examen varios libros del de VILLENA y de haber distribuido caprichosamente y en malas manos los demás.

Sin duda esta acusación llegó á noticia del dominico, ya obispo de Cuenca, quien, según parece, procuró exculparse al año siguiente (2), significando haber obedecido las órdenes del rey, escribiendo estas notables palabras que dirigía al mismo D. Juan II, en el capítulo del nacimiento del arte mágica, de su *Tractado del divinar* y con ocasión de mencionar un libro llamado *Raziel*: «Este libro es aquel que después de la muerte de DON ENRIQUE (*sic*), tú, como rey cristianíssimo mandaste á mi tu siervo y fechora, que lo quemase á vueltas de otros muchos, lo cual yo puse en ejecución en presencia de algunos

(1) *Laberinto*: Cop. 127 y 128. Esta obra, según una nota que contiene un antiguo *Cancionero* manuscrito que para hoy en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, fué presentada á D. Juan II en 22 de Febrero de 1444.

(2) D. José Amador de los Ríos, en su *Historia* repetidas veces citada, t. vi, pág. 287, cree que la obra en que Fray Lope consignó las palabras del texto fué escrita en 1445; y por más que en los códigos de la Biblioteca Nacional no hay más datos para saber la fecha de su composición que el de ser su autor obispo de Cuenca (cargo que obtuvo en 1445), no hay inconveniente en admitir aquella afirmación, y más cuando los hechos mismos la comprueban indirectamente.

tus servidores; en lo cual, así como en otras cosas muchas, pareció y parece la grand devoción que tu Señoría siempre ovo á la religion cristiana. E puesto que aquesto fue así es de loar; pero por otro respecto en alguna manera es bueno guardar los dichos libros, tanto que estoviesen en guarda y poder de buenas personas fiables, tales que no usasen dellos, salvo que los guardasen, que en algun dia podrian aprovechar á los sabios leer en los tales libros, para defension de la fee y de la religion cristiana é para confusion de los idólatros y nigrománticos (1).»

No fué, por consiguiente, el dictamen de Fr. Lope que se quemasen todos, indistintamente, los libros de DON ENRIQUE, ni ninguno: cumplió un mandato soberano, y, como encargado de hacer el escrutinio, es de presumir que no abusase de su facultad en los términos que supone Mena, en lo cual faltaría además á su notoria ilustración. El docto Mariana se guarda también mucho de inculpar á Barrientos (2), y tal fué la opinión ilustrada de España hasta el siglo XVII y, sobre todo, el pasado, en que algunos, como el P. Feijóo, inducidos por las censuras contenidas en el libro apócrifo titulado *Centón Epistolario*, atribuido á un Fernán Gómez de Cibdareal, que se llama médico de D. Juan II (3), prodigaron al prelado dominico las más

(1) Bib. Nac.: S-10, fol. 49.— *Todas las ob. del famosísimo poeta Juan de Mena*, edic. cit., fol. 120. Este texto ofrece algunas ligeras variantes del que hemos reproducido tomándolo del manuscrito antiguo.

(2) «Sus libros, por mandado del rey, fueron entregados para que los examinase á Lope de Barrientos, fraile de Santo Domingo, maestro que era del principe D. Enrique. El hizo quemar parte de ellos, de que muchos le cargaban, ca juzgaban se debían aquellos libros que tanto costaron conservar sin peligro y sin daño, para que se aprovechasen de ellos los hombres eruditos. Respondió él por escrito en su defensa, excusándose con la voluntad y orden que tenia del Rey, al cual él no podía faltar.»— *Hist. de Esp.*, xx, 7.º

(3) Feijóo en el *Teatro crítico*, t. vi, disc. 2.º— El sabio benedictino se apoya, principalmente, en la Epistola LXVI de dicho libro, que aparece dirigida á Juan de Mena, y dice así: «No le bastó á DON ENRIQUE DE VILLENA su saber para no morir, ni tampoco le bastó ser tío del Rey para

acres invectivas, tachándole de ignorante y de ser el principal autor de la quema de Santo Domingo, donde supusieron haber desaparecido hasta las obras escritas por el mismo

no ser llamado por encantador. *Ha venido al Rey el tanto de su muerte; é la conclusion que vos puedo dar será, que asaz DON ENRIQUE era sabio de lo que á otros cumplía, é nada supo en lo que le cumplía á él.* Dos carretas son cargadas de los libros que dexó que al Rey le han traído, é porque diz que son mágicos ó de artes non cumplideras de leer, el Rey mandó que á la posada de Fr. Lope de Barrientos fuesen llevados; é Fr. Lope, que más se cuida de andar del Príncipe que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar más de cien libros que no los vió él más que el Rey de Marroecos, ni más los entiende que el Deán de Cibdá-Rodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos haciendo á otros incipientes: é peor es que se fazan beatos haciendo á otros nigromantes... Muchos otros libros de valia quedaron á Fr. Lope que no serán quemados ni tornados. Si Vuestra Merced me manda una epistola para mostrar al Rey, para que yo pida á S. S. algunos libros de los de DON ENRIQUE para vos, sacaremos de pena el ánima de Fr. Lope, é el ánima de DON ENRIQUE avrá gloria que no sea su heredero *aquél que le ha metido en fama de brujo é nigromante.*»

Me he abstenido de citar este libro, cuya autenticidad pocos sostendrán hoy en serio y que hay que negar, después de leer lo que acerca de él escribieron en pro y en contra, Mayans, Llaguno, Quintana, Ticknor, el marqués de Pidal, Castro, Ríos, Rizzo, Puiggari y otros más brevemente; y, sobre todo, después del atento y detenido examen de las cartas mismas. No es este el lugar de exponer largamente las mil razones que militan en pro de esta opinión; pero aun sin salir de esta misma epistola, y, prescindiendo de lo infundado de la acusación de ignorancia lanzada sobre Fr. Lope por quien, al mismo tiempo le escribe humilde y respetuosamente (Cartas 84, 97 y 99 del *Centón*) y se declara médico suyo, contiene otros defectos y errores imposibles de cometer por quien aparece siendo testigo presencial de los sucesos. Ningún *tanto*, es decir, noticia, de la muerte de DON ENRIQUE pudo venir al rey, porque ambos se hallaban en Madrid cuando falleció aquél; las frases de «que el de VILLENA era sabio en lo que á otros cumplía é nada supo en lo que le cumplía á él», están copiadas textualmente de la Crónica de D. Juan II (año XXVIII, cap. VIII); acusa á Fray Lope de ser el autor de la fama de brujo dada á aquél, y en la epistola 8.^a, que se supone escrita á principios de 1427, esto es, muchos años antes de que Barrientos tuviese entrada en la corte, habla el supuesto bachiller de esta fama de *brujo*, como vulgar y corriente entre toda clase de personas. Descuidos son estos que, si fáciles de cometer por quien escribe dos siglos después de los sucesos con ánimo de atraer la atención, imposibles de todo punto en escritor coetáneo.

DON ENRIQUE, acusaciones que, como se ha visto, no tienen fundamento serio (1).

Que Barrientos no se haya servido ampliamente de los manuscritos dejados por el de VILLENA, en la composición de sus obras, aunque quizá con mejor criterio que el que hubiese usado éste, cosa es que no nos atreveríamos á asegurar; antes al contrario, lo extraño de las materias sobre que versan dichas obras, tan propias de las inclinaciones del autor del *Libro del Aojamiento* y la misma cita que de los de DON ENRIQUE hace el dominico, inducen á creer que aprovechó las noticias por aquél allegadas (2).

Tampoco afirmaremos que no haya tenido parte en la des-

(1) Aun en el siglo xxvii, algunos autores graves, que creyeron en la autenticidad del *Centon Epistolario*, como el insigne D. Nicolás Antonio, no se atrevieron á echar el injusto sambenito sobre el obispo de Cuenca (*Bib. Vet.*, 2.º, pág. 221 y sigs.)

(2) Sin embargo, en las dedicatorias al rey de sus tratados *del dormir* y *del divinar* manifiesta haberlos escrito por orden del monarca, lo que podría explicar de otro modo su existencia. Dice en el primero de aquellos opúsculos: «Rey cristianísimo, príncipe de grant poder. Después que la tu omill fechura indigno y inútil obispo de Cuenca te envió copilado el *Tractado de la fortuna*, le enviaste mandar que copilase otro tractado de los sueños é de los agüeros...» En la carta dedicatoria del último, se expresa así: «Rey cristianísimo, príncipe de grant poder. Por quanto en el tractado de los sueños que para tu alteza copilé se hace mención de la adivinanza y non se pusieron en él las especies del adivinar ó adivinança, por lo cual tu señoría me envió mandar que dello te copilase otro tractado, en lo cual se muestra bien tu virtuosa condicion y real deseo en querer saber lo que á todo rey y príncipe pertenesce saber; ca non lo sabiendo, non podrias por ti juzgar y determinar en los tales casos de arte mágica, cuando ante tu alteza fueren denunciados, y por esta causa todos los príncipes y perlados deben saber todas las especies y maneras de la arte mágica, porque no les acaesca lo que soy cierto que á otros acaesció, condennar los inocentes y absolver los reos. Por ende, poniendo en execucion tu real mandamiento...», etc.

El *Tratado del dormir* lo divide en tres partes. En la primera explica qué cosa es dormir y cuáles son sus causas y las del despertar; investiga en la segunda lo que sea el soñar, causas y también las de las visiones que se tienen durmiendo ó velando, y dedica la tercera á los agüeros y adivinanzas, proponiendo además varias cuestiones sobre estas mate-

aparición de las obras puramente literarias que, como parece, compuso el señor de Iniesta. Sin dejar de ser el dominico persona ilustrada, pudo, con su criterio cerrado de sacerdote, considerar las composiciones poéticas como pasatiempos in-

rias, sin profundizar ciertamente gran cosa en ellas, por supeditar el propio discurso á las autoridades que alega.

Más importante por todos conceptos es el *Tratado del divinar*, que aparece dividido en seis partes. «En la 1.^a se dirá si es posible ó imposible que haya adivinanza ó arte mágica. En la 2.^a se determinará donde ouo pendencia (*sic*) ó nacimiento esta arte. En la 3.^a se declarará que cosa es adivinanza. En la 4.^a se determinará en que manera pecan los que della usan. En la 5.^a diremos cuantas son las especies de la adivinanza ó divinar, en la 6.^a se moverán y soltarán las dudas ó cuestiones que pueden ocurrir cerca del divinar y de sus especies.»

Además del libro de *Raziel* menciona Barrientos otros dos libros herméticos la *Clavícula de Salomón* y el *Libro del arte notoria* que acaso habiran pertenecido á la librería de DON ENRIQUE.

Fray Lope se pronuncia resueltamente contra la eficacia del arte mágica, cuya práctica dice es pecado mortal.

Las especies de adivinanza son, según Barrientos, veinticinco, en cuyo número, así como en la clasificación de las mismas se diferencia de DON ENRIQUE, que las había elevado al de cuarenta, como más adelante diremos. Fr. Lope las separa en tres grandes grupos, que son: 1.^o, aquel que comprende las que tienen por objeto llamar á los malos espíritus por expresa invocación; 2.^o, el de las que enseñan á hacerlo sin expresa invocación, por sola consideración de la disposición de alguna cosa, y 3.^o, el que comprende las adivinaciones por propia operación, sin invocación, para que se nos manifieste alguna cosa oculta.

En el primer grupo están comprendidas cinco especies: «prestigio, sueño, nigromancia (*a*), phiton y figuras parecientes con las cosas que no tienen ánima. Y de esta quinta especie nacen y dependen otras cinco especies; conviene á saber: geomancia, que se hace con piedra... hidromancia, que se faze en el agua... erimancia, que se faze en el aire... pirromancia, que se faze en el fuego... *auspicius* ó *auspicium* que se face en el acatamiento de las aves.»

«De la segunda especie y principal (2.^o grupo) nacen y dependen dos especies: la 1.^a la astrología, la 2.^a agüeros.

»De la tercera especie principal (3.^o grupo) nacen otras que se llaman de las suertes; y de estas nacen otras tres, conviene á saber: aromancia, peculancia, egromancia. Y de esta tercera especie y postrimera

(*a*) Falta el nombre de esta especie en la enumeración, pero consta en el capítulo especial que le consagra.

útiles, y como inútiles condenarlas al fuego. Sin embargo, no debemos desconfiar de hallar algún día más escritos de D. ENRIQUE, como se han ido hallando los que hoy conocemos (1).

IV

OPINIONES ACERCA DE DON ENRIQUE

Si prescindiendo por un momento del juicio que podamos formar de D. ENRIQUE DE VILLENA, en vista de los escritos suyos y noticias de su vida llegadas á nosotros, queremos conocer el que mereció á sus contemporáneos, veremos que en general son grandes las alabanzas que, al menos por su ciencia, le dedican. Así, si se ha de creer á un autor de aquella época

nascen otras cinco: la 1.^a que se faze con puntos, la 2.^a que se faze con plomo, la 3.^a con cédulas, la 4.^a con dados, la 5.^a con libros.»

Sigue examinando el autor cada una de estas especies de adivinanzas con muy buen sentido y excelente doctrina; y los últimos capítulos los destina á tratar de las dudas que en esta materia pueden ocurrir, siendo la primera que propone la de «si es licito adivinar y juzgar por el juicio de las estrellas». En resolución, reprueba la astrología judiciaria, pero no la predicción del tiempo.

Es también curiosa la octava en que resuelve «que no es licito inquirir ni en el astrolabio ni por las estrellas sobre las cosas hurtadas», bien al contrario de lo que sostenia el Rey Sabio (*Part. VII, tit. XVII, ley 9.^a, y título XXIII, ley 3.^a*).

Igualmente se pronuncia contra la prueba del agua hirviendo ó del hierro candente para averiguar deudas ocultas, y se opone asimismo á otras preocupaciones que en su tiempo serian harto comunes. En resumen, Fr. Lope se acredita en esta obra como hombre superior, contrastando su buen juicio con la excesiva credulidad de DON ENRIQUE.

(1) Cuando los PP. del Escorial publicaron el *Arte cisoria* no se conocian más obras de D. ENRIQUE que los *Trabajos de Hércules* y el *Arte de trovar*. Pellicer dió noticia de los tres primeros libros de la *Eneida*, que fueron completando los descubrimientos de Gallardo y Ochoa (si bien éste no supo lo que habia descubierto). Los traductores de Ticknor fueron, si no me engaño, los primeros que dieron noticia del resto de las obras que hoy poseemos.

llamado Pedro Carrillo, mencionado por Zurita (1), era D. ENRIQUE reputado como uno de los mayores sabios de su tiempo. De otros varios elogios queda ya hecha mención. Juan de Mena, además de los versos laudatorios ya citados con distinto motivo, estampaba en su *Laberinto* (2) estos otros:

VI

Aquel que tu vees estar contemplando
 en el movimiento de tantas estrellas,
 la fuerza, la orden, la obra de aquellas,
 que mide los cursos de como y de cuando,
 y övo noticia filosofando
 del movedor y los conmovidos,
 de fuego de rayos, de son de tronidos
 y supo las causas del mundo velando;

Aquel claro padre, aquel dulce fuente,
 aquel que en el Cástalo monte resuena,
 es DON ENRIQUE señor DE VILLENA,
 honra de España y del siglo presente.

El insigne marqués de Santillana, dedicó á la «Defensión de D. ENRIQUE DE VILLENA, señor doto é de excelente ingenio», una composición alegórica, donde el autor, como Dante, se halla sólo, de noche, al pie de un collado

Selvático, espeso, lejano á poblado,

sin más camino que una senda que siguió, viendo á su paso
 «fieras disformes é animalías brutas»

salir de unas cuevas, cavernas y grutas
 haciendo señales de gran tribulanza.

Vió otros monstruos, todos con inequívocas muestras de dolor, hasta llegar á la cumbre del monte en que lloraban las nueve hermanas, suelto el cabello, lamentándose de haber perdido sobre unos veintidós poetas y escritores, desde Homero, y, por último, á D. ENRIQUE, á quien llaman columna de su templo.

(1) *Anales de Arag.*, tomo III, pág. 227.

(2) Coplas 126 y 127.

Después de considerar el Marqués, al de VILLENA, como *el mayor de los sabios del tiempo presente*, prosigue de este modo:

Este, desde el tiempo de la su puericia

amó las virtudes y amaron á él,

venció la pereza con santa codicia

y vió los preceptos del Dios Emanuel:

sintió las visiones de Ezechiel,

con toda la ley de sacra dotrina:

pues *¿quién supo tanto de lengua latina,*

ca dubdo si *Maro* se iguala con él?

Las sílabas cuenta y guarda el acento

producto y correcto; pues en *geumetria*

Euclides non ovo tan gran sentimiento,

ni hizo Atalante en *estrologia*.

Oyó los secretos de *filosofía*

y los fuertes puntos de naturaleza;

obtuvo el intento de la su pureza

y profundamente vió la *poesía*.

Las sonantes cuerdas de aquel Anfion

que fueron de Tebas muralla y arreo,

jamás non ovieron tanta perfeccion

como los sus cursos melifluos yo creo,

pues de los más sabios algunos no leo,

ni jamás he visto que así los entienda

de su gran loqüela reciben enmienda

los que del árbol coronan laureo (1).

Reverso. ¿Sería DON ENRIQUE efectivamente tan inhábil para las cosas del mundo como dicen Pérez de Guzmán y San-

(1) *Cancionero gen. de Castillo*, edic. de los biblióf. esp., tomo I, página 87. Amador de los Rios (*Ob. del M. de Santillana*, pág. 107) dice que estas tres coplas pertenecen á la *Comedieta de Ponza*, fundándose en que los manuscritos que vió de la *Defunsion* no los traen. Pero la verdad es que si se suprimen queda incompleta y defectuosa la composición; porque después de haber empleado veinte coplas para llegar á D. ENRIQUE, apenas dicen las Musas nada de él, siendo el objeto y asunto de la obra. Por eso parece mejor texto el del *Cancionero*, siendo posible que el mismo poeta ó ya los copistas de sus poesías, aprovechasen estas tres medianas coplas para elogio del rey D. Alfonso de Aragón, á quien, desde luego se comprende, no cuadran tan exactamente como á D. ENRIQUE.

ta María? Aunque las autoridades son grandes, quizá antes de fallar sobre este extremo deba de considerarse que no tuvo verdadera ocasión de probar de una manera decisiva su ineptitud. Víctima toda su vida de sucesos imprevistos y para él adversos, ve deshechos todos sus cálculos primero con la muerte de Enrique III que le arrebató el Maestrazgo y hace imposible su estancia en Castilla, después la de D. Fernando de Aragón que también le arroja de este reino, y, por fin, la guerra entre ambos reinos cuando se proponía conquistar el aprecio del hermano de Alfonso V, que le obliga á renunciar á este último recurso.

Hay además un documento digno de tenerse en cuenta al tocar este punto. Es la carta dedicatoria que el mismo DON ENRIQUE dirige al rey de Navarra con su versión de la *Eneida*. No parece sino que, anticipándose al juicio que sobre él habían de formular aquellos dos escritores, trata de desmentirlo y pretende desvirtuar la creencia que se tenía de su inutilidad. Dice al rey que en su servicio quisiera ocuparse en cosas distintas de las científicas, y añade: «Por cuanto los del presente tiempo han por detestable que las grandes y generosas personas en esto se ocupen, cuidando ciegos de su ignorancia, que los dedicados á la sciencial cultura non entienden de las mundiales cosas y agibles tanto como ellos, y por esto los menosprecian, desviando de les encomendar administraciones activas. Y ya que esta opinión conozca errónea (1), por me conformar á la practicada usanza de aquéllos, y al menos por común opinión de los más aprobada, me desvié y desvio quanto puedo de tractar, decir ó escribir científicas cosas, contra mi propia inclinación, y la forma recibida de la superior influencia.»

(1) También al fin de su *Libro del Aojamiento* declaraba ya algunos años antes: «E non podría alguno con verdat y razon decir que á las grandes personas tales ocupaciones científicas non convengan ni á su magnificencia se esto requiera; ca por cierto mucho mejor á los en dignidad puestos y por linaje sublimados esto conviene.» (Fol. 11.)

¿Fué DON ENRIQUE poeta? Las palabras de Mena y del marqués de Santillana parecen indicar con bastante claridad que el señor de Iniesta hizo versos. Pérez de Guzmán dice también que «fué muy sutil en la poesía», y el célebre Juan Alfonso de Baena, en una composición dirigida contra Diego de Estúñiga en controversia poética, le dice:

En Buitrago é en VILLENA
aprendiste el deitar (1).

Es decir, que imitaba los versos del marqués de Santillana, señor de Hita y *Buitrago*, y de DON ENRIQUE, á quienes reconoce como dignos modelos en el arte de poesía, si no es que, al menos por lo que se refiere al segundo, alude más bien á los preceptos contenidos en su *Arte de trovar*.

La misma idea expresaba poco después el rey de armas de don Juan II y poeta, Fernán Móxica, al exclamar:

Mas ENRIQUE DE VILLENA
con el baron de la Vega,
alumbren mi mano ciega
faciendo conclusion llena (2).

A la verdad, el genio del autor del *Arte cisoria* era lo menos poético del mundo, y quizá estos testimonios de contemporáneos suyos deban de tener una interpretación distinta de la que comúnmente suele dárseles.

Pero si el ex Maestre de Calatrava compuso versos, hoy nos son desconocidos. Ni el fragmento del poema (presunto) de las *Fazañas de Hércules* que copia D. José de Pellicer (3) puede atribuírsele con algún fundamento, ni mucho menos es exacto que llorase en metros la prematura muerte del príncipe de

(1) *Cancion. de Baena*: Madr., 1851, núm. 425, pág. 472.

(2) Rios, ob. cit.; t. VI, pág. 170. D. Nicolás Antonio (*Bib. Vet.*, t. II, fol. 146 núm. 159) dice que el ingenio poético de DON ENRIQUE no era inferior al de ninguno de sus contemporáneos.

(3) *Bib. de sus obras*, pág. 119.

Viana (1), ni en fin, son suyos, sino del marqués de Santillana los que por equivocación le atribuyeron los traductores y anotadores de Bouterweck.

D. Gonzalo Argote de Molina, en su edición del *Conde Lucanor*, obra de D. Juan Manuel, manifiesta haber conocido los versos del de VILLENA, que serían, según él, de arte menor. Pero es muy extraño que los coloque como tan vulgarizados cual los de D. Alfonso el Sabio, D. Juan II y el marqués de Santillana (2), (también es chocante esta mezcla); y no es menos extraño que hubiese además tenido en su poder el libro de *Coplas y Rimas* del mismo D. Juan Manuel, que por cierto ofrece publicar, aunque no lo hizo. Si lo que asegura fuese verdad, habría poseído Argote dos de las obras más deseadas de los amantes de las letras españolas.

(1) El Sr. Navarro, en su edición repetidamente citada, pág. XLV, dice que el doctor Andrés en su *Aganipe*, «da cierta noticia sobre composiciones poéticas de DON ENRIQUE que en ningún otro biógrafo hemos hallado, diciendo así:

En trágicas si dulces cantilenas,
del príncipe Don Carlos las cadenas
y su temprano y triste acabamiento
cantaron sus dulcísimas Camenas.

El doctor Andrés de Uztarroz se refiere en estos versos, no á DON ENRIQUE, sino al *apolíneo gremio* de los poetas aragoneses. Mal podía, pues, el Sr. Navarro hallar en ningún biógrafo tal noticia, ni mal podía DON ENRIQUE cantar el temprano y triste acabamiento del príncipe D. Carlos, habiendo fallecido, como dejamos dicho, en 1434, y habiéndole sobrevivido el Príncipe nada menos que veintiocho años, pues murió en 23 de Setiembre de 1461.

(2) El pasaje es el siguiente. Hablando de las dos redondillas que contiene el *Libro de Patronio*, deplora que se abandone esta clase de metro á pesar de las quejas de Castillejo y teniendo en su favor «el ejemplo de este príncipe (D. Juan Manuel) y el de otros caballeros muy principales castellanos, que se pagaron mucho de esta composición, como fueron el rey D. Alonso el Sabio, el rey D. Juan el Segundo el marqués de Santillana, DON ENRIQUE DE VILLENA y otros de los cuales leemos coplas y canciones de muy gracioso donaire». (V. el *Discurso sobre la poesía Castellana*, de Gonzalo Argote de Molina, impreso al fin de su edición del *Conde Lucanor*, Sevilla, Hernando Díaz, 1575; reimpresso en Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1642, ambas en 4.º)

que se acordaban á los principios estrológicos como el decir (1) cuando vemos que los aplican á su misma persona. Don Enrique que como Dante, creía deber á la superior influencia de los astros su inclinación á la ciencia cultural. De ello se

CREENCIAS SUPERSTICIOSAS DE DON ENRIQUE.—SU FAMA DE BRUJO.—CONCLUSIÓN

En diversos lugares de este bosquejo se han visto pruebas y ejemplos de la supersticiosa credulidad de DON ENRIQUE DE VILLENA.

En vano es que se intente negar por los modernos, achacando á ignorancia común de su tiempo, las imputaciones y censuras que por tal razón le dirigen sus contemporáneos. Escritor tan grave y tan ilustrado como Fernán Pérez de Guzmán sabía bien lo que decía, cuando, sin dejar de admirar y aplaudir la extraordinaria aplicación al estudio del ex Maestro de Calatrava, añade:

«E así en este amor de las escripturas, no se deteniendo en las sciencias notables é católicas, dexóse correr á algunas viles é raeces, artes de adevinar é interpretar sueños y esternos y señales, é otras cosas tales que nin á príncipe real é menos á católico cristiano convenían (1).»

No podrían dirigírsele cargos muy severos por su ciega creencia en la astrología, en atención á que no sólo en su tiempo era aquélla general, sino que lo fué aun siglos después y arrastró hasta á los hombres más eminentes tanto españoles (2) como extranjeros. Por eso no debe de admirarnos que halle tolerables los más infelices sucesos de la vida con tal

(1) *Generac. y Semblanzas*, xxviii.

(2) En la misma época de DON ENRIQUE DE VILLENA vemos que hombres tan importantes como el maestro de Santiago, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, suegro del marqués de Santillana, «seguíase mucho por astrólogos», al decir de Pérez de Guzmán, el cual añade en otra parte que al *Buen Condestable*, Ruy López Dávalos, «aplaciale mucho oír astrólogos, que es un yerro en que muchos grandes se engañan». *Gener. y Semb.*, v y xvi.

que se acomodan á los principios estrológicos, como él decía (1), cuando vemos que los aplica á su misma persona. DON ENRIQUE como Dante, creía deber á la superior influencia de los astros su inclinación á la *sciencial cultura*. De ello se ufana, y en el comentario ó glosa á un pasaje suyo en que terminantemente lo afirma, escribe estos curiosos renglones:

«Esto dice por cuanto en su nacimiento estuvo el Sol en Aries, que es casa de Mares, é según es escripto en los *Juicios de astrología*, cuando esto así acaesce, el nacido es naturalmente inclinado á ciencia é facilmente la puede alcanzar. E Juanis Hispalensis en sus *Isabogas* (2), ha hecho desto especial mincion, é por esto el dicho DON ENRIQUE naturalmente era mucho enclinado á las científicas cosas é darse al trabajo dellas, por aquella influencia solar en su nascimiento recibida. Con todo esto, visto que los de su tiempo, por la mayor parte non se pagaban de ciencia, ni avían por bien que los grandes señores é personas de estado curasen de las ciencias é se diesen al trabajo dellas, fué causa por esto que se detenía quanto posible le era de entender en ello, por satisfacer á las comunes voluntades é decires vanos, pero non podía tanto abstenerse que la celestial fuerza alguna muestra non ficiese (3).»

Otros pasajes de credulidad astrológica hay en las obras del señor de Iniesta, como uno curioso que se halla en sus glosas á la *Eneida* y que además se refiere á la fundación fabulosa de Toledo (4).

(1) Véase más atrás, el tratado de la *Consolación*.

(2) Es el Juan de Sevilla que tradujo además del tratado *De scientia astrorum*, de Alfergán, la *Iságoge astrológica*, ó sea *Libellus isagogicus Abdilazis, id est, servi gloriosi Dei, qui dicitur Alcabitius ad magisterium iudiciorum astrorum interpretatus*, que se imprimió en Venecia en 1481, 8.º, y otras obras. De él hablan Nic. Ant. (*Bib. Vet.*, 2.º, página 370 y sig.), y Rodrig. de Castro (*Bib. Española*, t. 1.º, pág. 103.)

(3) *Bib. Nac.*, M-16, f.º 2.

(4) *Bib. Nac.*, Hh-32, f.º 181 v. y 182.—En estas mismas glosas hablando al f.º 151 del *Palladion* y sus virtudes, que los antiguos atri-

Tampoco habría mucho que reprenderle por su devoción á los delirios alquímicos y artes transmutatorias. Estaba demasiado arraigada y enseñoreaba hartos espíritus *d'élite* esta falsa ciencia para que el de VILLENA no fuese también sojuzgado por ella. Tan antigua y abundante es la literatura hermética que, aun entre nosotros, ofrece no escaso caudal para dar amplia materia de estudio á los modernos eruditos (1). No muchos años después de la muerte de DON ENRIQUE, hombre de tanto prestigio político y tan superior como D. Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, se empeñó con tanto afán en el estudio y práctica de la alquimia, que consumió en experiencias las rentas de aquella opulenta mitra y su fortuna propia, muriendo pobre y endeudado (2). En el siglo XVII tenían nuestros gobernantes guardados cuidadosamente á más de un embaucador que había de fabricar oro de las más viles materias (3). En las obras que conocemos de DON ENRIQUE no son infrecuentes las citas de esta clase, como se ha visto. En el capítulo segundo del *Arte cisoria* menciona, y, por supuesto, prestándoles crédito, varios textos de este linaje, como son el *Libro de Raziél*, que fué quemado entre los demás suyos, como nos informa el ejecutor Fr. Lope de Barrientos; otro libro, que él llama *de Trebid* (4), el *Tractado de las trasmutaciones que*

buían á la influencia estelar bajo la que habia sido fabricado, añade: «E bien podría traer aquí que constelacion era aquella en que era fecho ó se podría fazer porque oviese aquella virtud, y déjolo por dos cosas: lo uno por abreviar estas glosas segund la manera comenzada; lo segundo por no descubrir estos secretos que non convienen con la opinion católica. Pero el que lo quisiere saber lea en el *Libro de las Elecciones* que fizo Zael y allí lo fallará.» Hh 32, f.º 151.

(1) El sabio catedrático de la Universidad de Barcelona, D. José Ramón de Luanco, ha empezado á reunir en su obra *La Alquimia en España* (Barcelona, 1889, t. 1.º) los principales escritos de los adeptos españoles, acompañando su trabajo de eruditas disquisiciones críticas y bibliográficas.

(2) Pulgar: *Claros varones*, xx.

(3) *Memorial histórico español*, tomos 13 y 14, p. 117 y p. 27.

(4) Es indudablemente el llamado Thebid (Tabet ben Corah), célebre médico que vivió en Bagdad por el siglo x y que tradujo al árabe muchas

fiso *Hermes*, que es dicho *Enoc*, la *Philanaptia Mayor*, que en otra parte atribuye al árabe *Aben Exia*, y alguna otra.

Más reprochable es ver en él otras supersticiones vulgares; como su fe en la bibliomancia, de lo que hemos visto curioso ejemplo en la *Consolatoria* á Valera (1); su creencia en los agüeros (2), en las *imágenes mágicas* (3), en que *hay mujeres que por sola catadura matan* y que otras *mirando en el espejo facen en él máculas y señales*; que en la *vista infecta lobina veyendo primero al hombre fácelo la voz perder*; que cuando alguno cata en los ojos del vizco duelen los ojos suyos (4), y otras aún más extrañas.

De esta clase son las contenidas en dos pasajes de su *Arte cistoria*. En el primero, al hablar del cortador del cuchillo en cuanto al aliño de su persona, dice que debe traer «guarnidas de sortijas que tengan piedras ó engastaduras valientes contra ponzoña é aire infecto, así como rubí é diamante é gir-

obras griegas y las compuso también originales. DON ENRIQUE aquí no cita obra; pero en las *Glosas* á la *Eneida* menciona el tratado ó *Libro de sus imágenes (De imaginibus)* vertido en latin por el famoso Juan Hispalense, en cuyo idioma acaso lo leería el señor de Iniesta. (V. al fin, *Biblioteca de DON ENRIQUE DE VILLENA*.)

(1) Véase más atrás.

(2) Hablando de la ciencia augural, dice en una de sus *glosas* tan mencionadas fol. 54 del cód. Hh. 32 de la Biblioteca Nacional): «E magüer tenga alguna raiz de verdad, pues que la Iglesia los defiende (los agüeros), los católicos non deben en ello parar mientes, obedeciendo los eclesiásticos mandamientos.» Y en el fol. 177 del mismo manuscrito, al referir algunas señales naturales que se ofrecieron á Eneas, añade: «Este agüero tal se llama mudo, á diferencia de los agüeros que por voz, canto ó grito ó alfor facen su demostracion. Y quieren decir algunos autores que destos señales así maravillosos más se demostraban en el tiempo de los gentiles que en el presente porque conociesen que avia Dios, de quien estas operaciones desviadas del curso común de natura procedian... E estas cometas todavia son mostradoras de daño, según Tolomeo ha dicho en el *Juicio de las Cometas*, y si muestran bien es con gran daño...», etc.

(3) Biblioteca Nacional, Hh. 32, al fol. 285 vuelto hay un pasaje á ellas referentes.

(4) *Libro del aojamiento*: fol. 2 vuelto.

gonça é esmerarda é coral é olicornio é serpentina é besuhar é pirofiles: la que se face del corazon del ome muerto con veneno é cocho, siquier endurecido ó lapidificada en fuego reverberante. Esta traía (añade) Alixandre sobre todas consigo, según Aristótil en su *Lapidario*, cuenta (1)».

El segundo de los textos indicados es como sigue: «Afuera destas cosas dichas, que se comen por vianda é mantenimiento é placer de sus sabores, se comen otras por melecina, así como la carne del ome para las quebraduras, é los huesos é la carne del perro por calzar los dientes, la carne del tasugo (tejon) viejo por quitar el espanto é temor del corazon..., la carne del abuvilla para aguzar el entendimiento, la carne del caballo para facer ome esforzado, la carne del leon para ser temido, la carne de la ensebra (zebra) para quitar pereza (2).»

Casi no es posible descender más bajo en punto á credulidad. Muchas de estas ridículas supersticiones debieron de ser imbuidas á DON ENRIQUE por aquellos árabes y judíos con quienes mantenían amistosas relaciones, según él mismo nos informa, mencionando de paso algunos como el morisco Xarafi el Viejo de Guadalajara y los hebraistas maestro Asdai Crestas, médico, y Rabí Zaraya, á quien llamaban *Enferrez*. El conocimiento de sus respectivos idiomas y literaturas que estos y otros correligionarios suyos suministrarían al nieto de Enrique II, iría contrapesado con no pocos errores y extravagancias en que habían caído estas razas entonces degradadas (3).

(1) *Arte cisoria*, cap. 3.º

(2) *Ibid.*, cap. 6.º

(3) Sin embargo, á veces parece querer salir de tan viles errores, como se observa en la glosa del capítulo xv del tercer libro de la *Eneida*, referente á varias supersticiones de la antigüedad. Advierte que «no sean mal edificados los leedores cuydando que yo sienta alguna cosa desto contado, que solamente los nombres dellos alcancé de doctores católicos que han fecho mincion dellos, detestando estas vaticinaciones así Alberto Magno en su *Especulo* y en el *De Erroribus gentilium*, como otros». Las supersticiones á que alude son de las más groseras, como «ladrido

Para DON ENRIQUE, que todo lo convertía en sustancia, es decir, en materia de ciencia, hasta las malas artes eran objeto de clasificación sistemática. Así, en sus *Glosas* tantas veces citadas establece la división siguiente, que da por resultado la averiguación de que son cuarenta, nada menos, las ramas del oculto saber.

«La cabeza y totalidad de las vedadas ciencias es la mágica, de la cual salieron cuatro principales, que son: Matemática, Prestigia, Maleficio, Encantación.

»De Matemática salieron diez, que son: idromencia, aquimencia, piramencia, igromencia, spatulamancia, fulguraria, aromancia, tomularia, sonórica y auspicia.

»De Prestigia salieron seis, que son: alsoncoria, pulsoria, congrigatoria, transformatoria, pasionaria, ludibria.

»De Maleficio salieron diez, que son: mediaria, sopniaria, invocatoria, nigromancia, stricatoria, fibriaria, egearia, sortilegio, amatoria, vastatoria.

»De Incantación salieron tres: empérica, imprecatoria y ligatoria.

»De nigromancia (1), salieron cuatro, que son: atomancia, conomancia, pedagogancia, orumancia.

»De stricatoria (2) salieron dos: tursoria y fascinatoria. De conomancia, salió una: lutimancia. Y así son cumplidas las cuarenta vedadas...»

A pesar de lo crecido del número, todavía no parece haber comprendido DON ENRIQUE en su clasificación todas las artes mágicas, y aun excluyó algunas adivinatorias, como la as-

de los canes, aullidos de lobos, amor de los gatos, sonido de las casas; temblor de los miembros, amatar de las lumbres, socarradura de ropa, tinguido de las orejas, roido de las flamas del fuego, gruñir de los puerocos y las otras maneras que son desta condición».—Bib. Nac., Hh-32, folios 411 y 412.

(1) Una de las secundarias que por su importancia es susceptible de subdivisión.

(2) Otra de las ciencias inferiores, también subdivisible.

trología que él considera noble y lícita, pero que el obispo Barrientos, el *ignorante y supersticioso*, como le califican los modernos, equipara á la *peculancia* ó á la *egromancia*.

Por todos estos motivos, estudios, escritos, amistades y por las circunstancias mismas de su existencia, logró DON ENRIQUE formarse una reputación muy poco halagüeña, ya en vida, como se deduce de las palabras que al rey D. Juan dirige D. Fray Lope, al calificar los libros del señor de Iniesta.

Poco tiempo después de su muerte ya se le eleva á la categoría de maestro de artes mágicas, pues por tal le reconocen *los veinte sabios cordobeses*, que se dicen escogidos y designados por él á su partida de la ciudad andaluza, en una curiosa carta que le escriben pidiéndole noticia de algunos de los escondidos secretos que el ex maestro poseía (1).

En este singular documento, en el que llaman á Don Enrique *biblioteca sciencial y no conocido por los reyes de la tierra*, como poco más ó menos había dicho antes Juan de Mena, hablando los supuestos cordobeses de las maravillas que el maestro sabía hacer, se expresan de este modo:

«Recordándonos bien quando ante nosotros fecistes descender las palomas que pasaban por el aire volando, é las tomábamos á nuestro placer las que queríamos, dexando las otras por virtud de palabras, é fecistes embermejecer el sol, así como si fuese eclipsado, con la piedra heliotropia, é nos contastes cosas por venir, que despues avemos visto, con la piedra chelonites, é vos escondistes de nuestra vista con la hierba andronemo, é congelastes é fijastes el mercurio con la salsedumbre de las aguas agudas que habiades separado, é fecistes tronar é llover dentro en la cámara con el baxillo de arambre en forma de calentador, é condensastes é congelas-

(1) Esta carta y su respuesta, en gran parte extractada, hállase en la Bib. Nac., L-122, y fueron mencionadas por Rios en su *Hist. crít.* y literalmente copiadas por el Sr. Luanco en su erudito libro *La Alquimia en España*, tomo 1, pág. 9 y siguientes.

tes el aire en forma de esfera lucía con el zumo de la hierba y el opio esparcido (1).»

La contestación de DON ENRIQUE es una jerga alquímica muy pesada y muy necia, en la que ni siquiera se procuró imitar el estilo del autor de *Los Trabajos de Hércules*.

Con el transcurso del tiempo la reputación de nigromancia y brujería adjudicada á DON ENRIQUE fué afirmándose, no ya entre el vulgo, sino aun en algunos escritores. Así, en la última mitad del siglo XVI el candoroso cronista de las Ordenes militares escribía refiriéndose al de VILLENA:

«De la Judiciaria y Necromancia supo tanto que se dicen y leen cosas maravillosas que hacía, con tanta admiracion de las gentes, que juzgaron tener pacto con el Demonio. *Compuso muchos libros de estas sciencias*, en los cuales, aunque había muchas cosas de grande ingenio y artificio útiles á la República, había otras de mal ejemplo y sospechosas de que su autor *tenía el dicho pacto* (2).»

Pocos años después, el P. Mariana apuntaba igualmente el hecho, sin pronunciarse en pró ni en contra (3), y no mucho más tarde el P. J. Román de la Higuera, en su *Historia de Toledo*, refiere la siguiente anécdota, quizá forjada por él y que copia Pellicer:

«Disputábase en Escalona, villa de D. Alvaro de Luna, en presencia del rey, sobre quién había sido más valeroso, si Aquiles ó Héctor. Acaloráronse tanto las partes en defensa de su opinión, que vinieron algunas veces á las manos, aunque

(1) *La Alquimia en Esp.*, pág. 10.

(2) Rades: *Crón. de Calatr.*, fol. 66 v.—Cosa parecida decia cerca de un siglo antes el *Comendador griego*, al escribir: «Dióse al estudio de la ciencia, y supo mucho, no sólo en la poesía, filosofía, astrologia, más aun en el arte de la mágica, tanto que se cuentan del cosas maravillosas.» *Todas las obras* de Juan de Mena, edic. cit., fol. 119.

(3) «Se tuvo por cierto que por el deseo que tenía de saber, no dudó de aprender el arte condenada de nigromancia.» Y en otro lugar: «Fué dado á las letras en tanto grado, que se dice aprendió arte mágica.» Mar.: *Hist. de Esp.*, XIX, 8.º, y XXI, 7.º

el rey los apaciguaba metiéndose por medio. Viendo estas porfiadas contiendas D. Enrique de Aragón, marqués de Villena, llamado *el Astrólogo*, gran defensor de Héctor, dijo:—Veamos si los aquilistas tienen tanto ánimo para defenderse, como lengua para hablar. Y aún no lo hubo acabado de decir, cuando vieron entrar por la sala una fantasma, echando bocanadas de fuego, que con voz alterada y ronca, dijo:—¿Quién de vosotros osa decir ser más fuerte Aquiles que Héctor?—Y los que más constancia ponían en decirlo y defenderlo fueron los primeros que huyeron.»

Más adelante añade el anotador de Cervantes otra conseja tomada de un autor del siglo XVI, y fué que queriendo el famoso Suero de Quiñones ver á Satanás «el marqués de Villena, en virtud de su nigromancia, le hizo comparecer y servir á la mesa de maestre-sala, y después de visto y reconocido por nuestro caballero aventurero con grande temor y espanto, desapareció (1)».

Por último, son conocidos los cuentos vulgares de la *sombra* (2) y de la *redoma*, á que aludía antes de Espronceda y acaso también antes de Quevedo, este cantar popular, que no tiene muy claro sentido:

Como el marqués de Villena
te llegará á suceder:
se picó en una redoma
y no le valió el saber.

DON ENRIQUE DE VILLENA figura como héroe en muchas obras literarias, antiguas y modernas, siendo más ó menos

(1) El *Quijote*, anotado por D. Juan Antonio Pellicer. Madrid, Sancha, 1797, parte 1.^a, tomo III, páginas 234 y 237. El autor que primero escribió este cuento fué Luis de Pineda en su *Libro de los chistes*. (V. *Sales españoles*, recogidas por el disertado literato D. Antonio Paz y Me-
lia, *Primera serie*, Madrid, 1890, p. 272.

(2) Según la conseja, recogida por Alarcón, DON ENRIQUE habria engañado al mismo diablo, entregándole en vez de su persona su sombra; por lo que luego tuvo que andar sin ella. El cuento de la *redoma* en la que el ex Maestre se introdujo hecho *tajadas para ser inmortal*, lo reco-

desfigurados su carácter y los sucesos de su vida. Tales son, entre otras, las comedias del siglo XVII *El Rey Enrique el Enfermo* de seis ingenios; *La Cueva de Salamanca*, de D. Juan Ruiz de Alarcón, *Lo que quería ver el Marqués de Villena*, de Rojas Zorrilla, y *Porfiar hasta morir*, de Lope de Vega, que más particularmente se refiere á los trágicos sucesos del supuesto criado del ex Maestro, el célebre Macías.

Incidentalmente figura en el drama y en la novela de don Mariano José de Larra, ambos sobre las aventuras del trovador galaico, titulados respectivamente, *Macías* y *El Doncel de D. Enrique el Doliente*; y, en fin, Hartzenbusch le llevó también á la escena en su famosa comedia de magia, *La Redoma encantada*.

Terminemos este quizá demasiado largo estudio sobre la vida y las obras del nieto del rey Enrique II. No conocemos aún todos sus escritos; pero difícilmente, aunque aparecieran los demás, podrían hacer variar, al menos en sus líneas esenciales, la figura de este singular escritor, en quien se contrar pesaban las buenas y malas cualidades, originadas éstas por la exageración de las primeras. Así, de su amor á la ciencia, de su inextinguible sed de saber, dimanó su excesiva credulidad y su curiosidad poco discreta, que le condujo á la inútil investigación de problemas y misterios inasequibles á la humana inteligencia, haciendo que su discernimiento se empobreciese y debilitase á medida que su memoria se enriquecía y poblaba. El perfecto conocimiento de los idiomas del Lacio

gió Quevedo en su *Visita de los chistes*, en 1622.—V. *Ob. de Quevedo*, en la Bib. Riv., t. I, pág. 339.

También se le atribuye la formación de una cabeza encantada, hecha de metal, imitación, sin duda, de la que se supone fabricada por el célebre Alberto Magno, y semejante á la que Don Quijote vió en Barcelona.

y de Toscana y su cariño hacia ellos, que le impulsaba á calificar de *angélico* á Virgilio y de *seráfico* á Dante, le llevan al extremo de intentar adaptarlos á su lengua materna, que le parece tosca y pobre, sin comprender cuál y cuán grande es su peculiar belleza, y le convierten en creador de aquel preculteranismo, que ya entonces empezó á entorpecer la buena marcha del castellano literario.

Sin embargo, que su influjo fué grande y en general beneficioso para las letras y las ciencias españolas, es cosa que no puede negarse. Sus huellas se advierten en el ilustre marqués de Santillana, el más inmediato de sus discípulos, quien en su célebre carta histórico-literaria al condestable de Portugal y en el prólogo de sus *Proverbios*, se vale de las noticias y observaciones que el de VILLENA le había comunicado en su *Arte de trovar* y acaso en otras obras que hoy no conocemos; Juan de Mena, otra gran figura de este tiempo, se muestra tan admirador suyo que hasta su estilo imita. Ya hemos hablado de su fecunda campaña literaria en Cataluña. El mismo nos dice, y no una sola vez, que hizo traer libros de varios puntos, especialmente de Florencia, metrópoli entonces de las letras, cuyos libros comunicaba á sus amigos despertando en ellos el gusto por las bibliotecas. El estudio de la lengua latina se extendió entre las más elevadas clases, de modo que diez años después de su muerte ya no se hubiera quejado el rey de Navarra de no encontrar traductor de la *Eneida*, pues lo mismo el rey D. Juan II, que su gran privado, que el marqués de Santillana, que el conde de Haro, que los Riberas y otros muchos personajes de gran cuenta, hubieran podido satisfacer su deseo. Hasta aquel viejo conde de Plasencia, el último y el más encarnizado de los enemigos de D. Alvaro de Luna, prorrumpió espontáneamente cuando le anunciaron el trágico fin del Condestable, en las palabras de Simeón: *Nunc dimittis servum tuum...* ¡Tan familiarizado estaba con la lengua de Horacio!

Los mismos errores de D. Enrique sirvieron para que

Fr. Lope de Barrientos compusiese sus obras, que, por ser de quien eran y de orden de quien se habían compuesto, contribuirían seguramente á desarraigar algunas ideas supersticiosas comunes entonces á todas las clases sociales.

Por último, mantuvo el de VILLENA la tradición científica oriental (¡lástima que no hiciese lo mismo con la literaria!), recogiendo libros que ya entonces serían raros, concediendo su amistad á los *sabidores* moros y judíos, cultivando su lengua y meditando sobre sus doctrinas.

EMILIO COTARELO.

BAJO LOS AUSTRIAS

ACADEMIAS LITERARIAS DE INGENIOS Y SEÑORES

I

Desde que Fernández de Navarrete ilustró una de las ediciones del *Quijote* de Cervantes, hechas por la Real Academia Española, con la hasta ahora mejor biografía que se ha escrito del *Príncipe de los ingenios* de España, por la copia de documentos con que la enriqueció, andan curiosos y atareados los eruditos de la historia del siglo áureo de nuestra literatura, por completar ó al menos detallar mejor el cuadro que el diligente biógrafo dibujó sobre las *Academias literarias* de aquel tiempo, por considerarse que no habría faltado con su asistencia á ellas el que tantos títulos de honor mereció á las lisonjas de sus contemporáneos, á pesar de las vivas emulaciones de clase que concitó contra sí. Poco habla Cervantes de estas Academias en sus obras, aunque recuerde á Vicente Espinel, laureado en la famosa de Madrid. Lope de Vega sí nos dice que Cervantes era del número, al menos, de los que frecuentaban las que se celebraron en casa del conde de Saldaña: pues en una de sus cartas al duque de Sessa, su Mecenas, le daba cuenta de haber leído unos sonetos en ella, sirviéndose de unos anteojos del famoso manco de Lepanto, «que parecían huevos estrellados mal hechos». Basta, pues, esta cita y la

que en una de sus *Novelas ejemplares* hace Cervantes, para justificar el interesante estudio que Navarrete esbozó, aunque él no conoció la célebre correspondencia entre el Fénix de los ingenios y el gran Mecenaz del reinado de los dos últimos Felipes austriacos. De todas maneras, con aquel motivo y sin aquel motivo, contribuirá siempre á la ilustración de nuestra historia literaria, que tan lento paso lleva en la arena de la investigación documental, y, por lo tanto, es y será de perenne importancia cuanto sobre ellas aporten los trabajos de la exploración más diligente.

El dictado común de *Academias* aplicóse en los dos siglos XVI y XVII, y ha seguido aplicándose hasta nuestro tiempo, á una multitud de actos literarios de diversa índole, y á los que dió ocasión la suma cultura que entonces alcanzaba nuestra sociedad española y la frecuencia con que por la Iglesia, el Estado, las municipalidades y toda clase de corporaciones religiosas y civiles, y hasta en los íntimos recreos de la familia en sus esparcimientos domésticos, se solía celebrar todo suceso preeminente del momento y todo fasto glorioso y digno de recordación. La canonización de los santos, las fiestas solemnes de la liturgia y de la fe, la fundación de nuevos institutos religiosos, las victorias alcanzadas por los héroes del cristianismo en las empresas generosas y sublimes de la dilatación del Evangelio por medio de las misiones, la liberación de los cautivos y otros triunfos de la caridad, las varias efemérides augustas en el nacimiento, enlace, viajes ó muertes de los príncipes reinantes, el holocausto rendido por el férvido entusiasmo de la nación á los nombres que hacía ilustres é inmortales el esplendor de las victorias militares, y otra multitud de sucesos dirigidos al engrandecimiento del nombre español, todos se prestaban á solemnidades públicas de mayor ó menor duración, y en las cuales se daba un lugar indispensable y privilegiado al concurso de las letras, ora con la celebración de *Academias* ó certámenes poéticos, ora con la representación pública y gratuita en plazas y encrucijadas de alegres come-

dias, en que la flor de las musas y del arte castellano causaba la embriaguez y la admiración del pueblo.

Las Universidades de Alcalá, Salamanca y Valladolid fundaron, entre el número no excesivo de sus actos públicos, los de las *Academias* literarias, en las cuales Diego Ramirez Pagan, Francisco de Figueroa, llamado *el Divino*, Marco Antonio de la Vega, y otros eximios poetas, ciñeron solemnemente á su frente el frondoso laurel del Pindo. La casa del Almirante de Castilla, en Rioseco; la de Hernán Cortés, en Castilleja; la del duque de Alba, en las riberas del Tormes; la del arzobispo D. Hernando de Aragón y la del duque de Segorbe y del conde de Fuentes, en Zaragoza; la del duque de Alcalá, en Sevilla; la del conde de Mora, en Toledo; la del de Buñol, en Valencia, y la del sabio arzobispo D. Antonio Agustín, en Tarragona, estuvieron por mucho tiempo constituidas en *Academias*, si bien de índole privada, y durante todo el siglo XVII apenas hubo ciudad importante y culta en España que dejara de dar á los vuelos de la estampa la noticia de algunos de estos actos, celebrados con motivo de cualquiera festividad local.

¿Podían llamarse verdaderamente *Academias* á todas y á cada una de estas manifestaciones? Si se estudian algunos de nuestros antiguos *Cancioneros*, más bien parecen las colecciones formadas en estos pasatiempos generosos y nobles del ingenio, que por la paciente acumulación y los trabajos de la curiosidad. Algunos de estos son anteriores á nuestro contacto con Italia, de donde indudablemente trascendieron á nuestro país las *Academias* formales y las costumbres académicas que después por tanto tiempo imperaron en España. En tal caso habría que volver al tiempo de los trovadores y al contagio y propagación de la poesía provenzal y sus moldes por la Península, para indagar el origen de aquellos sucesos literarios. Pero esta resultaría tarea inútil. Aunque desde el siglo XIII al XV, la lengua castellana, símbolo de la unidad nacional de España, preponderase sobre todos los dialectos y li-

teraturas regionales en la Península, hasta la gran revolución que se verificó al comenzar el siglo XVI, así en el habla vulgar, como en la elocución poética, en la métrica y en las demás formas y accidentes de la poesía, no hubo una literatura verdaderamente nacional: la rica y vasta literatura que desde Garcilasso y Hurtado de Mendoza, hasta Calderón de la Barca y Solís, llegó á una altura tan considerable, que rivalizó con las clásicas de la antigüedad, y con razón será llamada siempre el apogeo de nuestra civilización.

De 1474 existe, publicado en Valencia, uno de estos certámenes literarios en honor de la Virgen María, en el cual estuvieron juntamente representados los poetas que presentían la innovación, que no llegó á verificarse hasta un cuarto de siglo después, los poetas castellanos y valencianos que se hallaban en el vigor de las formas, que fueron después objeto de las disputas y de las sátiras de dos escuelas de progreso y resistencia, y los que por *summum* de toda cultura aún rindieron al latín, por mucho tiempo, un culto casi idolátrico, que todavía inspiraba á los Reyes Católicos el deseo de solicitar de Italia maestros, para que en él adoctrinasen á sus hijos y á los hijos de todos aquellos magnates que después de la conquista de Granada habían necesariamente de trocar, para lo porvenir, la espada por la toga. Estos últimos exaltaron al supremo prestigio del mérito literario á nuestro gran humanista Antonio de Nebrija. Pero el certamen de 1474, celebrado en Valencia en honor de la Virgen, no era, en todo el rigor de la palabra, una verdadera *Academia*, ni tampoco lo fueron los demás certámenes, que, entrados muy bien los años del siglo consecutivo, y medio después de la tentativa de la ciudad del Turia, en la del Bétis, siempre Atenas de España, y bajo la iniciativa del cardenal de San Calixto, D. Alonso Manrique, arzobispo de la metropolitana hispalense, del obispo de Escalona, D. Baltasar del Río, y del duque de Béjar, D. Pedro de Zúñiga, se promovieron, de 1531 á 1533, para conmemorar y festejar las solemnidades eclesiásticas del filósofo evangelista so-

litario de Patmos, de la doliente Magdalena arrepentida, de la conversión del apóstol de las gentes San Pablo, y de los gozos de Santa Catalina; en ellos fueron premiados, por algunas de las composiciones presentadas al docto concurso, «el *estudioso estudiante* Gómez de León», el «*virtuoso escolar* Miguel de Soto», y otros alumnos aplicados de las escuelas de humanidades, que poco más tarde ilustraron los nombres insignes del maestro Juan de Mellara y de Francisco de Medina. Eran estos actos singulares y aislados, no sometidos á ningún principio de una disciplina sistemática y permanente, ni dirigidos á más fin que á gallardear libremente en las horas de un día en los torneos de la imaginación y del talento. Pero la idea de *Academia* implica otras circunstancias; por lo cual no estuvo bien aplicada esta denominación á *certámenes* tan efímeros y pasajeros.

ACADEMIAS eran aquellas asambleas organizadas con cierta estabilidad de existencia, periodicidad de actos y regularidad de funciones y de personas, que, como las que existían en Italia desde el siglo del Dante y Guido Cavalcanti, argüían la reunión periódica de unos mismos miembros sometidos á una elección previa, para cambiarse el grato sabor de sus producciones literarias ó comunicarse recíprocamente la miel de sus ideas ó los atractivos de sus estudios y descubrimientos. Italia, desde su origen, las modeló á la pauta de las que existieron en la antigüedad clásica, y de que se forma idea por las revelaciones y anécdotas de las *Noches Aticas*, de Aulo Gelio, y por las *Saturnales*, de Macrobio, y así, con varias denominaciones, á veces estrafalarias y excéntricas, fueron llegando hasta los albores del Renacimiento, y á aquel principio de nuestra edad moderna, en que pontífices y potentados las sostuvieron y aun decoraron con sus nombres. Nosotros, establecidos triunfal y sólidamente en aquella península, pudimos imitar, ya que no emular, las que en Pavia, con nombre de *los Confiados*, en Ferrera con el de *los Elevados*, en Sena con el de *los Declarados*, en Venecia con el de *los Lucidos*, y

en Florencia, Nápoles, Bolonia y Perussa, con títulos semejantes tuvieron por académicos á Ariostos y Sannazaros, Bembo, Guicciardinis, Frascatores y Maquiavelos.

Ningún fenómeno sociológico súbitamente se desenvuelve en la historia, y todo hecho que en ella alcanza trascendencia é importancia, ha de ser el producto de una larga preparación. La tendencia á dominar en Italia que la casa real de Aragón cultivó desde los tiempos del conde Raimundo Berenguer en el siglo XII, y que fijó en sus anales, en el terreno político, efemérides tan sangrientas como la del reinado de Pedro III, el Grande, en Sicilia y en el religioso pontificados disidentes, como los de Pedro de Luna y Gil Muñoz, poco á poco fué fundando el edificio de su supremacía y dominación sobre la otra península mediterránea, atravesando por vicisitudes las más varias. Hasta que un príncipe de Castilla renovó en las cortes de Zaragoza y Barcelona la sangre de la dinastía que había de conducir más pronto ó más tarde á la total fusión de las coronas peninsulares, á fin de constituir entre las dos más considerables, entre sí fundidas, un núcleo de poder suficiente á la importancia de cualquiera empresa, no brilló en el solio de los Jaimes un monarca, como Alfonso V, capaz de constituir la leyenda de la dominación sobre aquel país, tan disputado por todas nuestras rivalidades seculares. Conquistada Nápoles, erigida sobre la silla de San Pedro en Roma otra casi dinastía de Pontífices españoles con Calixto III y Alejandro VI, llegó la hora suprema de hacer fértil el mutuo contacto y de prestarnos las recíprocas influencias de la sangre y la cultura. Pero este momento no alcanzó á realizarse ni bajo Alfonso V de Aragón, ni bajo el Papa Calixto. Tuvo que brillar en los montes y riberas de la abrupta Calabria la espada flamígera del Gran Capitán; tuvo que regir de nuevo la barca del pescador otro Papa Borja, Alejandro VI, que inundó á Roma de clero español, y aun hubo que establecer en Nápoles un gobierno tan ilustrado y duradero como el del marqués de Villafranca, D. Pedro de Toledo, que dió sus hijas al trono de los Médicis,

para consolidar aquel comercio y comunidad de sangre, de ideas, de sentimientos y de costumbres, con el que vino necesariamente para una y otra península el contagio de la promiscuidad. Hízose allí nuestra habla preponderante, y ésta tomó de la italiana los moldes que dieron nuevas formas á la poesía y nueva elocución á los pensamientos. El progreso de la cultura intelectual en unas y otras provincias marchó paralelo y simultáneo, y acá nos asimilamos de Italia todas aquellas cosas que estimulaban el desarrollo de la nuestra, del mismo modo que en Italia se entró en contacto con nosotros en otras vías de civilidad también nuevas para ella. De cualquier modo, las letras italianas en aquel tiempo sintieron nuestra protección; pues si la Reina Católica ya trajo de allá á Pedro Mártir y Marineo Siculo, el Gran Capitán favoreció á Sannazaro, Carlos V al conde Baltasar Castiglione y el marqués de Villafranca á Luis Tansilo, acaso por esa enseñanza que nos daban.

Uno de los medios que Italia poseía para fomentar el progreso literario, era el de aquellas *Academias* ya bien organizadas y sometidas á bases y disciplinas que hacían sus producciones más fructíferas, y con programas sistemáticos para abarcar por entero los dominios del saber y del arte. En nuestro país sólo existían las puramente poéticas y literarias, y éstas de condición limitada y casi puramente doméstica, como las mismas á que en Alba de Tormes había asistido y en que había tomado parte el marqués de Villafranca, instituida por el Duque de Alba, D. Fadrique, para adelantar la enseñanza de su nieto el gran duque de Alba, D. Fernando, y de que Boscán nos dejó documentos vivos é irrefragables más tarde al publicar en sus *obras* algunos de los floridos entretenimientos en que hicieron gala de vena poética y festiva el propio Duque de Alba abuelo y sus hijos, nietos y deudos, D. Hernando y D. García de Toledo, éste virrey que fué de Sicilia, el Prior de San Juan y el Clavero de Alcántara, Gutiérrez López de Padilla, más tarde mayordomo del príncipe D. Felipe, D. Luis

Osorio de Ulloa, señor de Valdonguillo, y entre estos y otros caballeros é ingenios, el portugués Feliciano de Silva, el catalán Juan Boscán de Almovagar y el ilustre toledano, príncipe de la poesía española, Garcilasso de la Vega. A semejanza de éstas habrían sido las *Academias* del almirante de Castilla en Rioseco, y las del Arzobispo D. Hernando de Aragón en Zaragoza, y aun extremando el concepto, las celebradas anteriormente bajo Enrique IV y la reina Isabel. Todas fueron seminarios de una generación poética exaltada, que hizo en España, aun antes de nuestro contacto íntimo con Italia, la revolución literaria del Renacimiento, base de todo nuestro ulterior apogeo intelectual.

II

Más semejanza con las de la península italiana tuvieron la Academia que en Sevilla fundó Fernando Colón, el hijo bastardo insigne del descubridor glorioso del Nuevo Mundo, y la que también en la misma ciudad sostuvo en sus propias casas y en las de Castilleja de la Cuesta el no menos glorioso conquistador del imperio de los Moctezumas, Hernán Cortés, primer marqués del Valle de Guaxaca. Fernando Colón era un espíritu muy culto bajo las propias disciplinas de su padre, el cual le había instruido en los mismos conocimientos que él profesaba y que se compadecían con su arte de navegante. El cemento de esta instrucción fué siempre científico en toda la extensión de la palabra, y como su padre, Fernando se individualizó, sobre todo, como gran cosmógrafo. Cuando murió Cristóbal Colón, y después de haber visitado segunda vez las conquistas de su padre, en unión del primogénito heredero, Fernando Colón hizo extensas y largas excursiones por diversos países de Europa: visitó los liceos académicos de más renombre de Italia,

Francia, Alemania y aun Inglaterra; adquirió el mayor número de cuantos libros produjo su tiempo en toda clase de conocimientos humanos, y, aunque también en sus mocedades rindió con los versos de su numen algún tributo á las fugitivas bagatelas del amor y sus afectos, entrado en edad madura todo el tesoro de su saber y de sus experiencias, trató de condensarlo y hacerlo prolífico y útil, creando en Sevilla un *Gimnasio* y una *Academia* especial para el cultivo de las ciencias en que él especulaba. Sus *Academias* se nutrían con la asistencia de los hombres que profesaban sus mismos conocimientos, y no siendo sus producciones tan brillantes, ni ingiriéndose en la tradición popular como las puramente literarias, el tiempo las oscureció casi del todo, no dejando á la posteridad sino algunas insuficientes reminiscencias.

El genio y la educación de Hernán Cortés, por el contrario, eran distintos. Sus *Academias*, fundadas para recreación de su senectud y alivio de sus desengaños, fueron íntimas, particulares, domésticas. De ellas tampoco se hubiera sabido nada, después que el tiempo destruyó su memoria, sin la advertencia casual de uno de sus concurrentes, el obispo de Comenge, D. Pedro de Navarra, el cual tuvo placer en recordarlas en su *Diálogo de la preparación de la muerte*, publicado en 1567 y dedicado al muy magnífico Sr. D. Francisco de Eraso, primer secretario del Consejo secreto del rey Felipe II. Este prelado decía que, entre las Academias de varones ilustres que durante los tiempos de su mocedad seguían á la corte del emperador Carlos V, era una, y no de las postreras, la casa del notable y valeroso Hernán Cortés, engrandecedor de la honra é imperio de España, cuya conversación amena y erudita cultivaban muchas personas distinguidas de diversas profesiones, admiradoras del conquistador de Méjico por su gran experiencia y hechos memorables. En el número de sus contertulios se hallaban el cardenal Poggio, el experto dominico Pastorello, el arzobispo de Cagliari, el docto Francisco del Río, el prudente Juan de Zúñiga, comendador mayor de

Castilla, el grave y cuerdo Juan de la Vega, el inclito D. Antonio de Peralta, el marqués de Falces, D. Bernardino, y su hermano, el de excelente juicio D. Juan de Beaumont y otros no menos famosos caballeros de aquel tiempo. «Hasta el orden que se seguía en tales juntas, añade el autor mencionado, era curioso. El postrero que llegaba era el encargado de formular el tema, sobre el cual los demás disertaban, tratándose con este motivo las materias más varias y curiosas.» Tanta fué la doctrina que el sabio obispo recogió de aquellas asambleas periódicas y frecuentes á que asistía, que se vió en el caso de confesar paladinamente que ninguno de los argumentos de sus *Diálogos* era extraño á los pensamientos allí surgidos, de los que aún podría escribir más de doscientos discursos que no decayeran en variedad, novedad, interés y sustancia.

Como se ve, Navarra habla de varias *Academias* que en España había en tiempos del emperador; pero los escritores contemporáneos no nos dejaron particularizadas más noticias de su existencia. Lo que sí se sabe es que, aun muerto Hernán Cortés, aquellas tertulias literarias sostuvieron por mucho tiempo su animación, amparadas por doña Juana de Zúñiga, la marquesa del Valle, su viuda, y que todavía, en 1549, el exquisito buen gusto poético del tiempo desfogaba en ellas su humor áticamente epigramático, bajo la musa festiva y cáustica de D. Diego Hurtado de Mendoza, *el Embajador*, de Gutierrez de Cetina, *el Entretenido*, y de otros ingenios retozones y alegres, que para ellas escribieron la *Paradoja en alabanza de las Narices*, el *Panegírico de La Pulga* y otros disparates semejantes. En estas tertulias se educó el segundo marqués del Valle, D. Martín, que adornó los timbres de su cuna con el favor frecuente de las musas, así como todos sus hermanos.

Con la academia de Hernán Cortés se enlaza en la historia literaria del siglo XVI la del duque de Alba, D. Fernando, no ya adolescente como en tiempos de su abuelo D. Fadrique, sino coronado de laureles y trofeos en las guerras del emperador, y de palmas inmortales de estadista esclarecido en el

gobierno político de Flandes. No sabemos de dónde Gracián pudo sacar la noticia de que este magnate «mandó que los libros se quitasen á los hombres que lo son y se relegaran á los pajes y doncellas de labor»; porque lejos de eso, toda su vida la pasó en comunicación frecuente y asidua con poetas y literatos; en los ejércitos imperiales, con Garcilasso de la Vega, D. Hernando de Acuña, D. Lope de Salinas y los demás poetas-soldados que batallaban en la hueste de Carlos V; en Flandes, con Arias Montano y los teólogos que de orden de Felipe II prepararon é imprimieron *La Políglota*, en las prensas de Plantino en Amberes, y en España, con los que formaron *La Arcadia*, de su nieto y sucesor D. Antonio, y con los que concurrían á casa del marqués de Portalegre, D. Juan de Silva. El duque presidió siempre estas últimas Academias, cuyos miembros, según en el nobiliario de la casa de Silva se consigna, eran D. Juan de Borja, hijo del cuarto duque de Gandía y que fué después conde de Ficalho y de Mayalde, mayordomo mayor de la emperatriz; D. Fadrique de Portugal, comendador de los Santos, hijo del conde de Odomira; D. Juan de Zúñiga, comendador mayor y grande de Castilla, á quien vimos en las Academias de Hernán Cortés, príncipe de Pietra Persia; D. Juan Idiáñez, comendador mayor de León y presidente de Ordenes; D. Cristóbal de Moura y Cortereal, primer marqués de Castel-Rodrigo; D. Juan de Ayala, comendador de Moratalla; el conde de Miranda, D. Juan de Zúñiga, duque de Peñaranda; D. Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes; D. Enrique de Guzmán, conde de Olivares; D. Diego de Mendoza, embajador de Roma; D. Francisco de Rojas, marqués de Poza; D. Gómez Dávila, marqués de Velada, y el duque de Feria, D. Gómez Suárez de Figueroa. De esta *Academia*, en que fueron recibidos muchos ingenios de España y Portugal, después de su conquista, formóse colección de versos, que casi un siglo después trató de dar á la estampa el industrioso literato portugués, residente en Madrid, Manuel de Faria y Souza. En ella se celebraron las exe-

quias literarias á la muerte de la reina doña Ana de Austria en 1580, y en sus sesiones privadas se leyeron los únicos versos del rey Felipe II, por los que ha llegado á la posteridad la noticia de que aquel austero monarca también los hacía en sus parques, ratos de ociosidad y recreación.

A la muerte del duque de Alba, aquella Academia continuó subsistente, siguiendo siempre en funciones en la corte de Felipe. Pero ni Leonardo de Argensola, que la conoció, hallándose aquella en Monzón, con motivo de la reunión de su Parlamento, dió algunas nuevas nociones de ella á la de los *Ociosos*, fundada por las condesas de Guimerá y de Eril, que se reunía en Zaragoza, de 1608 á 1610, y de la que fué asistente el rector de Villahermosa. «Acuérdome, decía éste, que en el año de 1585, en las cortes de Monzón, paraban en una misma casa el conde de Fuentes, D. Pedro Enriquez de Guzmán, que es hoy gobernador de Milán, y D. Jerónimo de la Caballería. Tenía D. Jerónimo tercianas y bajaba el Conde á su aposento. Acudían allí D. Juan Pacheco, que fué después marqués de Cerralvo, D. Juan María Ajaccio, caballero italiano eclesiástico, que asistía á la corte por la duquesa de Lorena, y de quien andan impresas algunas buenas poesías, D. Juan de Albión y yo, aunque en edad y entendimiento no podía concurrir con ellos. Pasaban allí las siestas, tratando cosas muy dignas de ser sabidas. El Conde discurría de las guerras pasadas y presentes, como tan gran capitán; D. Juan Pacheco, en los autores latinos, que los entendía muy bien, traducía y comunicaba algunas oraciones de Tito Livio; Ajaccio recitaba hermosos versos suyos; D. Jerónimo de la Caballería, que por larga experiencia y grande entendimiento podía hablar en todo, ponía sal en todo; D. Juan de Albión preguntaba y dudaba con mucho juicio, y yo oía con atención, y puedo asegurar que, aunque no eché de mí toda la ignorancia, desterré parte de ella.»

Aun estas mismas *Academias* podrían ser calificadas más bien de tertulias literarias que de instituciones, siquiera fuesen

particulares y privadas, para correspondencia y propagación de la común cultura. Era aquel tiempo el en que había España llegado, en virtud del poderoso movimiento intelectual que los Reyes Católicos dieron á la nación unificada, á la cima extrema de su civilización. En todos los ramos del saber rayaba la ciencia española, con gran supremacía sobre la de todo el resto del continente, á la altura que acusaron nuestros intrépidos navegantes y cosmógrafos de la escuela naval de Sevilla que siguieron el rumbo de los descubrimientos geográficos en el Océano y en el Pacífico, y los sabios polemistas que opuso Trento á la invasión de la nueva filosofía que tenía su base en la rebelión flagrante contra la autoridad, la unidad y la infalibilidad de la Iglesia Católica Romana. Las bellas letras eran la manifestación más universal, espontánea y brillante de aquel grado de cultura, y se profesaban por todos. Muchos de los soldados de los ejércitos del César y de Felipe II, vencedores en el Albis, en Pavía, San Quintín y en Lepanto, eran poetas. Los nuevos gobernadores de las nuevas provincias del Nuevo Mundo, que llevaban la balanza de Astrea y las olivas de Palas sobre sus cotas de malla, para civilizar conquistando, eran poetas. Poeta era el alto y bajo sacerdocio; poetas los reyes, los grandes y los ministros; poetas los doctores de las escuelas maestras y los empleados de la administración; poeta, el menestral y las demás clases inferiores, atadas por la desigualdad de la suerte á todas las servidumbres. Como por el ejemplo de las Academias descritas se demuestra, las clases más elevadas imprimían el tono y el impulso. Y si ya al obispo de Mondoñedo, D. Antonio de Guevara, sin adquirir nota de descortés, no habría sido lícito escribir á un Condestable de Castilla, como D. Iñigo de Velasco: «Agora, que estais en la guerra, bien se sufre que escribais en papel grueso, los reglones tuertos, la tinta mala y la letra sucia y borrada, porque los buenos guerreros más se precian de amolar las lanzas que de cortar las péñolas», no podría menos de serle con general aplauso consentido por todos, que presu-

miera más de sus timbres literarios que de los honores obtenidos por las armas por los generales de más genio, como cuando decía al Gran Capitán: «Más honra me dais vos, señor, en llamarme sabio y virtuoso, que os doy yo en llamaros duque de Sessa, marqués de Bitonto, príncipe de Squilace, y, sobre todo, Gran Capitán; porque á mi nobleza y virtud y sabiduría no la puede empecer la guerra; mas vuestra potencia está sujeta á la fortuna.»

Tenían ya, y siguieron teniendo aún por mucho tiempo después, muchos prelados y grandes de Castilla y de otras provincias ó estados de la nación, casas y posesiones de recreo, en las cuales el descanso y la vida de la familia, lejos de las obligaciones de la mitra, del bastón y de los códigos, invitaba á los dulces esparcimientos del espíritu. Cada una de estas residencias, no era sólo un verdadero museo del arte como los que la Reina Católica atesoró en el alcázar de Segovia y Carlos V en el de Toledo, en los palacios de Aranjuez y El Pardo, sino que se convertían en verdaderas Academias, invitándose á su hospedaje, así á la dorada juventud del deudo de la sangre en los dos sexos, como á los ingenios, admitidos en la íntima servidumbre. Ya se ha hablado de *La Abadía*, del duque de Alba en las riberas del Tormes. Juan de Mallara describió *La Florida*, de D. Pedro López Portocarrero, en Sevilla, en el camino de la Algaba y en frente de Sant Hierónimo. En el mismo lugar, Rodrigo Caro hace mención de las recreaciones urbanas y campesinas de los marqueses de Tarifa, y Góngora del palacio de Umbrete, que con las mismas aficiones animaba el arzobispo cardenal D. Fernando Niño de Guevara. El portugués Faria y Souza describió en sonoras octavas *La Quinta de Santa Cruz*, fundada en 1560, cerca de Oporto, por el obispo D. Rodrigo Pinheyro, y otra descripción poética, no menos famosa, hizo Lope de Vega, del monte y recreación de *La Tapada* de los duques de Braganza. La nueva Academia que se fundó en Alba, en el último tercio del siglo XVI, cambió el denominativo de *La Abadía* por el de *La Arcadia*, tomado

del nombre poético *Arcas* que se dió á D. Diego de Toledo, duque de Huéscar, é hijo del *Júpiter Albano*, ó sea el duque don Fernando, cuyo primogénito *Anfriso*, D. Antonio, fué luego el heredero de los Estados del Gran Duque. *La Arcadia* y su vida íntima, social y literaria fué el alma del primer libro que escribió Lope de Vega. Quevedo nos dejó sonetos consagrados á *La Huerta*, del duque de Lerma, en Madrid, y un poema Baltasar Elisio de Medinilla á la posesión de *Buenvista* del cardenal arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, á las orillas del Tajo. Como estas fueron otras recreaciones académicas de aquel tiempo, como *La Burlada*, del obispo de Pamplona D. Antonio Venegas, *La Heredad*, del conde de Salinas, junto al Duero, y hasta *El Jardín*, de Lope de Vega, en la antigua calle de Cantarranas, de Madrid. Todos estos eran pequeños Parnasos, y núcleos de donde esplendían los rayos de aquella exuberante cultura literaria que por entonces disfrutó España, y que de tan abundantes veneros derramaban sus límpidas aguas por las demás esferas de aquella sociedad, desde las religiosas hasta las casi mendicantes.

La libertad, que era el distintivo de estas tertulias literarias, mal se compadecía con la disciplina de una institución reglamentada, y en esto hubo luego modificaciones considerables que cada vez tendían con mayor empeño á imprimirlas el carácter de generalidad en las ciencias, de que era modelo la célebre *Crusca* en Italia. Nunca se consiguió esto, sin embargo. Desde su génesis, estas asambleas literarias, de cualquier modo que estuvieran constituidas, tomaron en España carácter y signo propio, no saliendo de la esfera florida y amena de la poesía y de las bellas letras. Tan enérgico fué el impulso, que llegaron á marcar este mismo sello en las que Zúñigas, Girones, Guzmanes y Fernández de Castro, virreyes de Nápoles y de Sicilia, presidieron en los propios palacios de su residencia en aquellos gobiernos, parecidos á efímeros reinados, y las que desde la instalación de nuestra bella infanta doña

Isabel Clara Eugenia, la hija predilecta de Felipe II, en la gobernación política de Flandes, abrieron, en Bruselas, una larga serie de actos análogos, que no terminaron, ni por los sucesos desgraciados del conde de Azumar en las guerras, ni por la extrema debilidad á que llegó aquel mando en manos del marqués de Caracena.

Antes de acabar el siglo XVI, y cuando el Duque de Alba había muerto y no lograba el conde de Fuentes, heredero único de su prestigio militar, como el último gran soldado formado en su escuela, ser también sucesor del gran Toledo en el irresistible influjo que ejerció en todo su siglo, fundáronse, con carácter entre público y privado, otras varias *Academias* aún más regulares que las ya descritas; pero no sólo en Madrid, sino en Toledo, en Sevilla y en Valencia. No las autorizaba el nombre de ninguno de aquellos personajes que habían adquirido en la opinión la preponderancia despótica de un prestigio sobresaliente, como el de Hernán Cortés y los Toledo; pero indudablemente, y por cautelosa industria, se dirigían á crear una base de poder sostenido en la fuerza de la inteligencia, creyéndose que este había sido uno de los arbitrios que habían contribuido al constante influjo preeminente que el Duque de Alba ejerció en todo el discurso de su vida. No habiendo ocupado ninguno el vacío que dejaron con su óbito el Duque de Alba y el marqués de Santa Cruz, los dos hombres de más peso que había en España en el último tercio del siglo XVI, y teniendo en perspectiva, dada la avanzada edad del rey Felipe II, un reinado nuevo, un príncipe de escasa energía personal y un campo sin límites de ambición, con fines más políticos que literarios fundóse la Academia de Madrid, llamada *La Imitatoria*, en 1586. Desde luego, atrajo á su seno muchos ingenios y muchos próceres, é introdujo la novedad de que tomaran sus miembros un nombre convencional á semejanza de los de las Academias de Italia, en lugar de los nombres arcádicos, que habiendo perseverado desde los tiempos del dulce SALICIO y del docto NEMOROSO, todavía prevalecían en

la ARCADIA que ya se estaba celebrando en la Abadía de Tormes, cuyo numen era el juvenil y monstruoso genio de Lope de Vega, y en donde, del mismo modo solapado, se trataba de crear al nieto y sucesor del Gran Duque, el duque D. Antonio Alvarez de Viamont y Toledo, como éste se firmaba, por medio de un gran partido literario, una posición semejante á la que había obtenido su inclito antecesor. Concurrieron á *la Imitatoria* grandes, títulos y ministros del rey, entre los más celebrados ingenios que residían en la corte, y Argensola, que, á pesar de su extremada juventud conquistó puesto en ella, tomó el sobrenombre de *Bárbaro*, con alusión á doña Mariana Bárbara de Albión, á quien entonces pretendía para casarse. *La Imitatoria*, á pesar de todo, ni prosperó, ni tuvo vida dilatada. Conocido el velado fin político que sus fundadores ocultaban bajo el dorado disfraz de las letras, otros influjos todavía prepotentes se interpusieron en su camino, y haciendo sospechosa la Academia á la opinión general, desatáronse contra su existencia todo género de obstáculos y rivalidades. El mismo Argensola aludió á estas persecuciones en aquellos versos que dicen:

«Y si del ocio huyendo por recreo
 Busca la discreción de la Academia
 Y en ser humilde tiene su trofeo:
 Le sigue y le persigue la blasfemia,
 Como si fuera público enemigo:
 ¡Tal es el precio con que el vulgo premia!»

Mas el esfuerzo contenido en Madrid fué de rebote á emplearse en Valencia, y allí surgió en 1591 otra Academia, la de *Los Nocturnos*, en que si había más ingenios que príncipes, éstos andaban por debajo de la cuerda. Sus asociados tomaron también sobrenombres académicos: Gaspar de Aguilar, el de *Sombra*; D. Jaime de Aguilar, *Niebla*; el maestro Antonio Juan Andreu, *Vigilia*; Fernando de Valda, *Cometa*; don Guillém de Belvis, *Lluvia*; Miguel Beneito, *Sosiego*; Francisco Boyl de Canesmar, *Recelo*; D. Francisco de Castro, *Consejo*;

D. Guillém de Castro, *Secreto*; D. Guillém Ramón Catalá, *Reposo*; D. Pelegrí Catalá, *Cuidado*; D. Bernardo Catalá de Valeriola, que fué su presidente y en cuya morada se celebraban las sesiones, *Silencio*; Maximiliano Cerdá, *Temeridad*; Tomás Cerdá de Tallada, *Trueno*; Fabián Cucalon, *Honor*; D. Francisco Desplugues, *Descuido*; Gaspar Escolano, el insigne historiador, *Luz*; Martín Fajardo, *Oscuridad*; el Maestro Gregorio Ferrer, *Industria*; D. Luis Ferrer y Cardona, *Norte*; D. Pedro Frigola, *Espía*; Pedro Vicente Giner, *Cautela*; Estacio Gironeña, *Resplandor*; Fray Pedro Gracián, *Peligro*; D. Manuel de Ledesma, *Recogimiento*; Micer Juan José Martí, *Atrevimiento*; D. Gaspar Mercader, *Relámpago*; Evaristo Mont, *Soledad*; Jerónimo Mora, *Sereno*; Micer Juan Andrés Núñez, *Lucero*; Jaime Orts, *Tristeza*; D. Juan Pallás, *Olvido*; Fernando Pretel, *Sueño*; Micer Andrés Rey de Artieda, que luego usó el nombre arcádico de ARTEMIDORO, *Centinela*; el licenciado Bartolomé Sebastián, *Estrella*; el canónigo D. Francisco Tárrega, *Miedo*; Juan de Valenzuela, *Asombro*; Mosen Lorenzo Valenzuela, *Tiento*, y, finalmente, Juan Yagüe de Salas, no quiso cambiar por otro nuevo su nombre arcádico y de batalla de *Pindauro*.

Aunque la *Academia de los Nocturnos* tuvo aparentemente una apacible existencia, y su influjo en los círculos de la corte parecía que debía ser nulo, no dejó de llamar sobre sí la opinión, á pesar de haber caído, como todas las de su género, á los cuatro años de vida (1891-1894). El marqués de Denia, don Francisco de Sandoval y Rojas, que era el que se movía detrás de aquella asociación de literatos, tuvo después ocasión de mostrar su gratitud, en prueba de que le había sido eficaz, á Catalá de Valeriola, enviándole desde la presidencia de los *Nocturnos* al corregimiento de Leon, donde murió en 1608. Aunque posteriormente las Academias regionales no le fueron tan importantes como las de Madrid, con todo, siempre procuró en aquella parte, de donde procedía su cuna y estado, tener un pie fijo en estos círculos de la inteligencia, ya en el que fundó el conde de Buñol, D. Gaspar Mercader, con los li-

cenciados de los *Nocturnos* en su famoso *Prado de Valencia*, ya en el que con el nombre de *Montañeses del Parnaso* presidió en 1616 el famoso poeta dramático D. Guillém de Castro. De cualquier modo, la virtualidad de estas asociaciones, si como propagadoras de la cultura intelectual eran de sumo precio, como instrumento político podían hacerse peligrosas.

Claro es que todos los que concurrían á sus actos no estaban llamados á conservar sus nombres en la fama de la posteridad, como Aguilar, Castro, Rey de Artieda, Yagüe de Salas, Tárraga y Mercader; pero cuando en 1608 se celebró el certamen promovido en las fiestas de la canonización de San Luis Beltrán, el *Prado Valenciano* de la ciudad del Turia pudo concurrir con las obras poéticas de treinta ingenios distinguidos, hijos suyos, y aun no escribieron todos los que en tal tiempo podían hacerlo en aquella hermosa población.

III

Las indicaciones político-sociales que hemos ido derramando al presentar el cuadro de las *Academias* de ingenios y señores durante el primer gran siglo de nuestro apogeo literario, harto refleja el sentido oculto, además del impulso meramente expansivo y civilizador del espíritu nacional, que animó desde su origen á esta clase de reuniones. Eran los que siguieron al reinado de los Reyes Católicos tiempos de suma disciplina civil, en que no tenían fácil modo para revelarse las parcialidades, que existen siempre en todo Estado, ya sea velado y oculto el fuego de sus luchas, ya se muestren peligrosamente con los caracteres que engendra de ordinario la perturbación social. Agremiándose en estas íntimas asambleas, se compenetraban los pensamientos, se identificaban las ideas, se creaban robustas fuerzas para toda clase de empresas, y se

adquiría la preponderancia de un poder efectivo y de una efectiva autoridad. Estas asociaciones habían sido ya cultivadas en Castilla, á donde las importó el infante de Aragón, don Enrique de Villena, por la casa de Mendoza, desde los añejos tiempos del almirante D. Furtado, de quien heredó el prestigio y los talentos el celeberrimo marqués de Santillana; y, adelantándose en ellas la luz de la inteligencia á las combinaciones de la política y á las conquistas de la espada, de aquel foco de viva lumbre salió el impulso que dió al trono de Aragón un príncipe de Castilla, D. Fernando el de Antequera, con lo que se preparó para más tarde la unión de las dos coronas. De aquel foco salió, bajo Enrique IV, el cambio de dinastía, y con la sublimación de doña Isabel la Católica al trono arrancado á *la Beltraneja*, se marchó de etapa en etapa á la conquista de Granada, á la subordinación política de Navarra, á la solución de todos los problemas de la unidad nacional, y, justamente con éstos, á las demás pindáricas empresas que comienzan con el descubrimiento del Nuevo Mundo y acaban en las guerras de límites pirenaicos con Francia, en la dominación de Africa y en la conquista de Italia. Todo esto había sido fruto abundante y precioso de aquel movimiento de asociación literaria que promovieron D. Enrique de Villena y los Mendoza de Castilla, que preponderaron desde el almirante don Furtado hasta el Gran Cardenal de España, preponderancia que duró más de un siglo y que llevó á la coronación de Zaragoza una corte espléndida de los trovadores de todas las lenguas del Mediodía y otra corte semejante con Alfonso V de Aragón á las jornadas marítimas de Nápoles.

Conquistada Granada y realizado el problema de la unidad nacional, los Mendoza terminaron su papel. Pero la misión civilizadora de España no había concluido, y á un movimiento literario, el representado por el marqués de Santillana, y los moldes de la poesía antigua de nuestros *Cancioneros*, sucedió otro movimiento literario más intenso todavía precedido de estos actos de asociación, el que se representa en nuestro Re-

nacimiento del siglo XVI con Garcilasso de la Vega á la cabeza. Y como á un movimiento literario reemplazó otro, á una casa impulsora y poderosa como la de los Mendoza sucedió otra, la de los Toledo, que, sosteniendo su supremacía desde las guerras de Navarra, la disputaron á aquel Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, que también la pretendía, y que fué á buscarla á Italia entre los laureles marciales del Garellano y Cerinola. Fernando V dió á los Toledos castellanos la ventaja que negó á los Córdobas andaluces, y en tanto que el héroe legendario de la bizarra expedición á Calabria pasó de Italia á sus Estados oscuros de Aguilar á terminar sus días, la casa de Toledo, en la orfandad del trono, en la proscripción del Rey Católico y en las alteraciones de las comunidades de Castilla, tomó ya para sí el papel influyente y directivo que consolidaron más y más bajo Carlos V, aquel gran duque don Fernando, tan genial soldado como estadista, y aquel marqués de Villafranca, que ensayó en Nápoles la larga normalidad de un gobierno regular y tranquilo, coadyuvando entrambos á dar á la política, á los intereses y á la supremacía de España sobre todo el continente, la base de unidad y de poder oneroso y robusto que disfrutó por dos siglos.

La casa de Alba puso más de relieve el ejemplo que ya había dado la de Mendoza, y, no sólo apoyó su fuerza en la escuela de la política y de sus alumnos militares, sino en la impetuosa ponderación de la fuerza de la inteligencia. Desde los tiempos del duque D. Fadrique, ya disputó al almirante el predominio de las Academias y el influjo sobre los poetas. Las aulas de su nieto D. Fernando, bajo la dirección del maestro Diego de Mendoza, y en la compañía asidua de Boscán y Garcilasso, renovaron en España los modelos de Italia, y el duque D. Fernando se educó, creció, tomó las armas y marchó á los ejércitos del César rodeado de una multitud de caballeros que promiscuamente profesaban las letras y las armas, y que llevaron al fragor de los campamentos el dulce y templado arrullo de las musas. Todo el siglo duró esta unión estrecha entre unos

y otros elementos de las fuerzas nacionales, y este predominio de los Toledos que las presidían en ambas manifestaciones, que las disciplinaban y hacían de ellas el uso más eficaz y prudente. ¿Qué mucho que los llamados á heredar el influjo que los Toledos habían ejercido, después de la muerte del gran duque, conquistador de Portugal, trataran de poner de su parte esta fuerza de la inteligencia organizada y representada en las disciplinas y en la unión de las Academias? Los Toledos aún quisieron conservar su monopolio en la *Arcadia* de Alba de Tormes; los Silva, de la casa del príncipe de Eboly, en la *Imitatoria* de Madrid; y los Sandovalés que se dibujaban en el horizonte, como verdaderos sucesores del poder que la herencia del largo reinado de Felipe II les ofrecía, daban alientos en Valencia á los *Nocturnos*. El conde de Fuentes, el *Menalca* de la *Arcadia* de Lope de Vega, hacía morir perseguida la *Imitatoria* de Madrid y rodeados de obstáculos los *Nocturnos* de Valencia. Pero esto no evitó las sentencias del destino. Felipe III llegó al trono: el jefe de la casa de Denia fué investido con la plenitud del poder real en el ministerio universal de la monarquía; la *Arcadia* quedó reducida á un mero floreo de una novela pastoril é inocente, y el conde de Fuentes fué enviado, para alejarle de las pretensiones del poder, á gobernar las armas en el Milanesado.

No por esto abandonó el omnipotente valido duque de Lerma la cuerda que había de sujetar á los arbitrios de su poder, así la fuerza de la inteligencia, como la disciplina académica de los que profesaban las letras, en aquel tiempo en que los alumnos de Apolo se habían dilatado y extendido tanto en toda la península, que á la muerte de Felipe II existían tres mil ingenios que hacían versos en todos los dominios de España, y entre los que se contaban numerosos prestigios superlativos. El primer ensayo de nueva *Academia Madridense* que se hizo en 1602, frustróse luego con la mudanza de la corte á Valladolid, de lo que el arbitrio mal aconsejado de aquel gobierno no sacó sino las sátiras un poco vivas de Góngora y otros in-

genios al Esgueva y sus arrastres. Mas, de retorno á Madrid, pensóse nuevamente en restaurar aquellas asociaciones, acaso para contener la oposición maligna con que ya las letras juzgaban de todas las cosas que del poder emanaban. Sugirió entonces la idea de su fundación á su hijo segundogénito, Diego Gómez de Sandoval, comendador mayor de Calatrava, caballero mayor del príncipe de Asturias, gentilhombre de la cámara del rey, primer gentilhombre de S. A. y capitán además de una de las compañías de los Hombres de Armas de Castilla, á quien había casado en 1603 con la heredera de la casa del Infantado, y que, por lo tanto, desde luego tomó el título de conde de Saldaña. Gozaba éste de gran reputación entre la juventud apolínea. Todos los poetas le consideraban como su Mecenas. De la servidumbre de su casa era el poeta dramático Luis Vélez de Guevara, y de las montañas de Burgos vino á servirle de paje, el precoz y peregrino ingenio de D. Antonio Hurtado de Mendoza. Jacinto de Aguilar y Prado le titulaba *Apolo presente de la nación española*; Andrés Claramonte y Corroy *amador de las armas y letras, y honrador de los ingeniosos y virtuosos*; Miguel de Cervantes Saavedra le había consagrado una de sus canciones apologéticas, y en el *Viaje al Parnaso* decía de él:

«Tú, conde de Saldaña, que con plantas
Tiernas pisas del Pindo la alta cumbre,
Y en alas de tu ingenio te levantas;
Hacha has de ser de inextinguible lumbre,
Que guie al sacro monte al deseoso
De verse en él, sin que la luz deslumbre.»

Lope de Vega no le era menos propicio. En su epístola al Doctor Gregorio de Angulo, le escribía:

«Veréis también las décimas divinas
Del Apolo en servicio de Saldaña
Y á Dafne en hojas de esmeraldas finas»;

y aun, haciéndose lenguas de él, como de quien le andaba be-

biendo los vientos, en una de sus cartas al duque de Sessa, bien que trasteando á éste con suma habilidad para no despertarle la vena de los celos, le decía: «Ayer hallé al conde de Saldaña en una calle acaso: hacía días que no le veía. Cierto que es un retrato de su padre: discreto, amoroso, cortés, dulce, afable y digno de particular consideración en esta edad.»

Su Academia se abrió el sábado, 19 de Noviembre de 1611, poco tiempo después de la muerte de la reina doña Margarita, que tan querida y admirada había sido en toda España, pareciendo, por lo tanto, aquel honesto recreo proporcionado á la falta de otras fiestas, con los lutos verdaderos que comportaban igualmente el rey, la corte y la nación. Fué muy bien recibida de ingenios y señores, éstos por homenaje al hijo de quien disponía á la sazón de toda la monarquía, aquéllos con esperanzas de protección no más disimuladas. En un romance muy ingenioso, leído en una de sus sesiones por Claramonte y Corroy, se citan los Grandes y Títulos, jóvenes y viejos que fueron asistiendo á sus sesiones. Eran de los más asiduos el duque de Cea, sobrino del Mecenas, el duque de Pastrana, el conde de Salinas, el príncipe de Squilace, los marqueses de Alcañices, Povar, Peñafiel, Almazán, Velada y Orani, los duques de Híjar y de Medinaceli, y los condes de Lemos, de Olivares, de Villamor, de Rebolledo y de Cantillana. Compitiendo con el Mecenas, que en casi todas las sesiones leía versos propios y hacía leer á los poetas de la servidumbre de su casa, allí recitaron lindas composiciones Alcañices y Salinas, Squilace y Lemos, Olivares y Rebolledo. De ingenios no hay que decir: Lope, Quevedo, Cervantes, Liñán de Riaza, Góngora, Salas Barbadillo, D. Gaspar de Teves, el valenciano Aguilar, Hernando de Biezma, D. Pedro de Mendoza, Anastasio Pantaleón de Ribera, Ledesma, Gabriel de Barrionuevo, D. Francisco Vivanco, el sevillano Rioja, el portugués Silveira, Argensola, Mendieta, el licenciado Riche, el jurista don Francisco de la Cueva y Silva, Juan Pardo y Rivadeneyra, Tomé Hernández, Agustín de Vargas, Julián de Armendáriz, y

otros muchos de esta fama. En la primera sesión, cuando llegó su vez á la poesía, leyeron, por el orden que aquí se indica, el paje del conde D. Antonio Hurtado de Mendoza, el mismo conde de Saldaña, su criado Luis Vélez de Guevara, D. Francisco de Quevedo, D. Luis de Góngora, D. Francisco de la Cueva, Lope de Vega, D. Pedro de Mendoza, Gabriel de Barrionuevo, Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, Pedro Liñán de Riaza, D. Gaspar de Teves, el marqués de Alcañices y el comediante Andrés de Claramonte.

Lope se apresuró á dar al duque de Sessa noticia de esta Academia, y le decía: «El de Saldaña ha hecho una Academia y es esta la primera noche: todo cuanto se ha escrito es á la honra de la reina, que Dios tiene. Voy á llevar mi canción, queme han obligado á escribir, bien que temeroso de mi ignorancia entre tantos ingenios.» Debióle quedar escozor sobre si podría picar al duque su inclinación hacia la Academia de Saldaña, y en otra del 23 de Noviembre del mismo año de 1611 le añadía: «No he podido, Señor Excelentísimo, cobrar las canciones de Hortensio, y así van esas mías en su lugar. Haga V. E. lo que los deseosos, que, esperando la dama, gozan con la criada que traía el recado de que no venía. Yo las escribí para la Academia del señor conde de Saldaña. Fué la primera el sábado pasado.» Y siempre temeroso de suscitar en el duque celos que le perjudicasen, dando á continuación su puntita y nota crítica y maliciosa á la noticia, proseguía: «Llamónos á las seis y vino á las diez. Salieron tales los poetas de hambre, cansancio y frío, lodos y quejas, que no sé si habrá segunda; aunque me hicieron secretario y se repartieron sujetos.» La segunda, y muchas segundas, no obstante, se celebraron, y Lope volvió á escribir á Sessa: «La Academia del sábado fué razonable: sólo tuvo malo para mí salir á hora que no lo fué de escribir á V. E., y hoy, con San Andrés y Caballero, y algo de ser miércoles, se ha rodeado el espacio que había menester para otras cosas. En ella estuvieron Feria y Pastrana, D. Antonio de Avila y otros de menor jerarquía. No se disputó nada;

porque era fiscal el de Saldaña y es más bien intencionado que el rector de Villahermosa. De poetas no digo: ¡buen siglo está! Muchos están en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á *Don Quijote*.»

En 2 de Marzo de 1612 ya el aspecto de la Academia, tan apacible en un principio, iba cambiando bajo el estímulo de las rivalidades que la solicitud del favor y del aplauso engendraba entre la siempre irascible familia de Apolo. Y Lope escribía al duque: «Las Academias están furiosas: en la pasada se tiraron los bonetes dos licenciados. Yo leí unos versos con unos anteojos de Cervantes, que parecían huevos estrellados mal hechos.» A la carta siguiente todavía añadía *Belardo* á su munífico *Lucindo*, dando á entender que desde que tales disputas surgieron jubiló sus hábitos sacerdotales del peligro de una *Batracomomiskia* improvisada: «Sólo me cuentan de las Academias, donde acuden todos los señores y muchos de los poetas. Esta última se mordieron poéticamente un licenciado, Soto, granadino, y el famoso Luis Vélez. Llegó la historia hasta rodelas y aguardarse á la puerta. Hubo príncipes de una parte y de otra.» Para estos agravios, además de las discusiones académicas que siempre encendían la pasión de los oradores, daba fácil pábulo lo que se llamaba *el vejamen*. Era esta una censura festiva que se hacía frecuentemente en versos improvisados sobre cada uno de los oradores y poetas que habían tomado parte en la sesión, que con este vejamen terminaba. En esta clase de obras, en que se hicieron famosos Anastasio Pantaleón de Rivera, Alfonso de Batres y D. Jerónimo de Cancer y Velasco, la chispa epigramática solía herir las fibras de la más dormida y mansa susceptibilidad: de aquí los enojos: con todo el vejamen fué siempre la salpimienta, el entremés, el sainete de estos actos, y no sólo perseveró en las Academias, sino que se transportó á los certámenes de un día. Después de los desórdenes referidos en la Academia de Saldaña, y remachando más el clavo, Lope volvía á escribir á Sessa,

ya entrado Mayo : «La Academia dura, los señores la honran: yo no voy á ella, aunque siempre envió un soneto á la Virgen, dama de mis años, y pluguiera á Dios lo hubiera sido en los pasados. Danme mis guantes, que es propina de aquel acto, y como á jubilado me los envían.»

Para completar el cuadro, que tímidamente bosqueja Lope en sus epístolas á *Lucindo*, Góngora, á pesar de estar muy bien quisto de los Sandoval, enjaretó contra la Academia uno de sus punzantes sonetos satíricos, y Saldaña, aunque tan aficionado á las musas, como se vió al año siguiente en las fiestas de Lerma, para las que escribió una comedia y otra su cuñado el conde de Lemos, dió por terminados en su casa aquellos ejercicios. Fueron los primeros que sintieron la determinación los mismos que habían provocado el conflicto, temerosos de enojar á aquel astro hermoso del favor y del poder, en quien todos mantenían esperanza de ventajas y protección. No necesitaban, sin embargo, los Sandoval aquellos estímulos para dispensarla á los literatos y poetas, y nunca se vió tal número de éstos condecorados, ya con cargos y prebendas eclesiásticas, ya con hábitos de las órdenes, ya con puestos palatinos, políticos ó particulares, proporcionados á cada posición y capacidad. Ni aun su bolsillo particular estaba cerrado para las necesidades de los indigentes. El conde de Saldaña era tan accesible, que Anastasio Pantaleón de Rivera le pidió en cierta ocasión, por medio de unos versos, *un corte de vestido de paño*, al par que le enviaba *un vidrio de camuesas en conserva*. Después, durante la enfermedad que prematuramente llevó al sepulcro al joven vate, fué siempre visitado y espléndidamente socorrido por el duque de Cea, sobrino de Saldaña, y por el de Híjar. Otro Sandoval, el cardenal D. Bernardo, á la sazón arzobispo de Toledo, pensionaba á Cervantes, Espinel, Salas Barbadillo y Elisio de Medinilla. La disciplina entre el duque de Lerma y su familia y los literatos que seguían su partido, quedaba asegurada siempre por medio de aquella *Esclavonía del Santísimo Sacra-*

mento, fundada pocos años antes en la iglesia de Jesús Nazareno, al lado y en los mismos terrenos de la *Huerta* del valido, á la cual el vínculo de la religión añadió un grado más de firmeza al objeto político-social que en aquellas asociaciones se perseguía.

Disuelta la Academia del conde de Saldaña, otro prócer estimulado por el ruego de sus amigos, que los tenía numerosísimos entre los de su clase y entre los ingenios, proyectó y abrió en el mismo año de 1612 una nueva *Academia*, á la que de su propio apellido se le dió el adjetivo de *Selvage*. Era este magnante D. Francisco de Silva, hermano del príncipe de Mélito, duque de Pastrana, que fué de embajador á los matrimonios con Francia, y del conde de Saltes, todos, como él, *Mecenas de las letras y Alejandro de las armas y amantísimos príncipes*, según los calificó Claramonte y Corroy. De este D. Francisco, escribió Cervantes Saavedra en su *Viaje al Parnaso*:

«Este gran caballero, que se inclina
A la lección de los poetas buenos
Y al sacro monte con su luz camina;
Don Francisco de Silva es por lo menos:
¿Qué será por lo más? ¡Oh edad madura
En verdes años de cordura llenos!»

A la *Academia Selvage* asistieron también desde el primer día, como reza Pedro Soto de Rojas en el Discurso preliminar de los *Desengaños de Amor*, «los mayores ingenios de España que al presente estaban en Madrid», y con ellos la flor de la juventud ilustre y opulenta. Volvióse al uso de los nombres de convención, que en la de Saldaña se habían proscrito, y Soto de Rojas dice que él tomó el de *el Ardiente*, del que había usado en su tiempo el excelente poeta portugués Luis de Camoens, á quien también imitó en la elección del tema de su primer discurso leído en aquella asamblea sobre *La Poética y perfecta medida del verso castellano*. Así como la de Saldaña tomó por patrón y abogado á San Julián, arzobispo de Tole-

do, la *Selvage* encomendó su protección religiosa á San Benito Casinense, padre del Yermo, á quien Lope hizo su canción correspondiente, como antes la había hecho á San Julián. En su primera reunión el mismo Lope leyó su discurso sobre *El Arte de hacer comedias*, y de otros discursos semejantes leídos en otras sesiones Jacinto de Aguilar y Prado publicó más tarde su *Epítome de algunos papeles en diferentes asuntos en la ilustre Academia de Madrid*. También D. Alonso Castillo Solórzano dió á la estampa su *Fábula de Polifemo, á lo burlesco*, dirigida á la Academia, atrevimiento en que Góngora, siempre picajoso y mal sufrido, vió alusiones é injurias para él, que fueron nuevo motivo para volver á las disensiones de la de Saldaña. Lope habló como de la otra de esta Academia al duque de Sessa, y expresó que algunos de los jóvenes de la grandeza, más amigos de burlas que de letras, metían el rescoldo entre los vates para inflamarlos unos contra otros. Ello es que, si por este motivo algunos ingenios quedaron descontentos de los que por su posición concurrían á las Academias á título de Mecenas, Lerma, que no veía con buenos ojos aquella asociación, se apresuró á prohibirla. Así se deduce de una epístola de Cristóbal de Mesa al canónigo de Santiago D. Pedro Fernández de Navarrete, el escritor político de *La Restauración de España*; así de otro pasaje del doctor Cristobal Suárez de Figueroa en su *Plaza universal de todas las ciencias*, y así de la silva de Lope de Vega á Juan de Piña, que publicó en *La Filomena*, aunque Suárez de Figueroa contrajo toda la responsabilidad al terrible *genus irritabile vatum*.

Los versos de Cristóbal de Mesa son los del siguiente pasaje:

« Que el principe que más os precia y nombra,
 Ni os favorece, ni las obras premia,
 Aunque de ellas parezca que se asombra.
 Si alguno de ellos hace una Academia,
 Hay sectas, competencias y porfias,
 Más que en Inglaterra y en Bohemia.

Algunos hemos visto en nuestros días,
Que mandádoles han poner silencio
Como si escuelas fueran de herejías.»

Suárez de Figueroa, por su parte, añadía: «En esta conformidad descubrieron los años pasados (escribía en 1615) algunos ingenios de Madrid semejantes impulsos, juntándose con este intento en algunas casas de señores, mas no consiguieron el fin. Fué la causa quizá porque, olvidados de lo principal, frecuentaban solamente los versos aplicados á diferentes asuntos. Nacieron de las censuras, fiscalías y emulaciones no pocas voces y diferencias, pasando tan adelante las presunciones, arrogancia y arrojamientos que por instantes, no sólo ocasionaban menosprecios y demasías, sino también peligrosos enojos y pendencias, siendo causa de que cesasen tales juntas con toda brevedad.» D. Francisco de Silva, al disolverse su *Academia selvage*, remitióse á su carrera de las armas, pasando á servir en el ejército de Lombardía, y allí logró entre los soldados de la patria, «morir, según refiere Vicente Espinel, en su *Escudero Marcos de Obregón*, como valentísimo soldado, y con él muchas virtudes que le adornaban». Las musas que él había cultivado no le fueron ingratas, y algunos de los alumnos de su *Academia*, sobre todo Cristóbal de Mesa y Pedro Soto de Rojas, derramaron sobre su sepulcro y sobre su memoria, á manos llenas, las rosas pálidas y encendidas que forman la corona inmortal de las Pimpleas.

No todos cometieron la tontería del portugués Manuel de Faria y Souza, que, por no haber tenido entrada en ellas, se vanagloriaba luego de que «jamás solicitó Academias, ni otros tribunales, que son notorias aduanas de las musas». Pellicer reconoció más tarde, hablando de la restauración de estas asambleas literarias hecha por D. Francisco de Silva y el hijo del duque de Lerma, «que fueron el tiempo que duraron un semillero de los más lúcidos ingenios cortesanos». Ni aun bajo el concepto político fueron completamente estériles. Cierta

que no lograron los alcances grandiosos de las que sustentaron los Mendozas del siglo xv y los Toledos del siglo xvi; pero no por eso estuvieron desprovistas de algunas fructuosas iniciativas. En Valencia, la del célebre *Prado* del conde de Buñol; en Zaragoza, la *Pítima de los ociosos*, de las condesas de Eril y de Guimerá, y en Huesca, la de los *Anhelantes*, impulsaron todo el movimiento político-social que dió por resultado, bajo el cetro de Felipe III, la total expulsión de los moriscos de la península y las empresas atlántico-africanas del marqués de San Germán. La de Huesca exhortó, además, con el más vivo empeño, á Felipe III á empresas militares en Asia, teniendo por norte la conquista de Jerusalén y el sepulcro de Cristo. Pero ya nuestro poder no estaba para estas teologías.

IV

Entre las Academias, que acabamos de citar, fundadas en algunas provincias, consta la llamada de los *Anhelantes*, cuyo asiento residía en Huesca. Otras hubo en Barcelona, como la de los *Desconfiats*, otras se estatuyeron en Lisboa, entre ellas las de los *Generosos*, las de los *Anónimos* y la de los *Ocultos*, que precedieron á la de los *Singulares*. Durante el gobierno de los Lemos en Nápoles sostuviéronlas permanentes allí con sobrada concurrencia de señores y de ingenios, y en Lima, del Perú, la *Academia Antártica* brilló de una manera espléndida durante el mando del marqués de Cañete, don García Hurtado de Mendoza. En Sevilla fueron igualmente notables las de la Casa de Pilatos, presididas por el duque de Alcalá, D. Fernando Afán de Rivera, y aun la de la casa del pintor Francisco Pacheco. Todas estas Academias, exentas de la dirección política íntima de las de Madrid, tuvieron el

carácter apacible y templado, que hablando de ellas tanto encomió Argensola. Su intento era hacer una confección ó masa de diversas profesiones, no ruda é indigesta, como la que dice Ovidio, sino odorífera. «En estas juntas, Argensola escribía, todos somos maestros y discípulos; todos mandamos y obedecemos, comunicando todas las profesiones diversas y tomando cada uno lo que ha menester para la suya.» Mas, como antes dijimos, su principal empleo era la poesía.

La más importante de éstas fué la de los *Anhelantes* de Huesca. Celebró su primera junta el 14 de Agosto de 1610, y se votaron en dicho día los cargos de presidente, fiscal y secretario, acordándose que sus reuniones se celebrasen los sábados á las cuatro de la tarde. Diez fueron sus fundadores: don Justo de Torres, primer presidente, que tomó el nombre de *el Ausente*, el doctor Mompeón, *el Callado*; Vicencio Clemente, *el Olvidado*; el doctor Ram, *el Solitario*; Martín de Luna, *el Humilde*; Juan Miguel de Luna, *el Melancólico*; Jorge Salinas, *el Tardo*; Martín de Burgunda, *el Desdichado*; Diego Antonio Fermet, *el Casto*, y Sebastián Canales, *el Presto*. En la misma sesión fueron admitidos otros cuatro socios: frey Luis Coscón, del hábito de San Juan, que tomó el apodo de *el Alegre*; Martín de Molina, *el Agenado*; D. Jerónimo de Heredia, *el Disuadido*, y Vicencio Castilla, *el Umberjal*. Se acordó premiar las obras y escribir las sobresalientes en el *Libro dorado*. La Academia tomó por protectora á la señora doña Sabina Aznares, de quien Fermet, *el Casto*, andaba enamorado, y para la reunión del sábado 28, que fué la segunda, se señalaron sujetos: primero, al *Callado* (Mompeón) un soneto en alabanza al piadoso celo que el rey ha tenido en la expulsión de los moriscos; segundo, al *Melancólico* (Martín de Luna), cuatro octavas consolando á FABIO «que ha perdido mucha hacienda por la expulsión», y los demás á este tenor. Este Fabio no era otro que el obispo D. Pedro de Apaolaza, y como se le hubiera indemnizado dándole la mitra arzobispal de Zaragoza, el 20 de Noviembre la Academia celebró sesión solemne extraordinaria

en su obsequio, leyendo composiciones poéticas diez y siete de sus miembros, pues la Academia crecía de sesión en sesión en el número de sus afiliados. Todos los sucesos políticos de aquel tiempo encontraron resonancia en sus actos é hizo algunas manifestaciones públicas, como la de asistir en corporación á las solemnidades de la Semana Santa el año 1611.

En nuestros dominios extrapeninsulares en los dos mundos, un mismo impulso de cultura y un mismo procedimiento político daban aliento á este género de instituciones, que por su peculiar amable carácter se atraían el afecto y la simpatía de los pueblos. No fueron todas guerras de Arauco las que los heroicos Hurtados de Mendoza, de la casa de Cañete, sostuvieron en uno y otro virreinato del Perú. Al menos, si durante el del marqués D. García, éste tuvo siempre en una mano empuñada la espada de Marte y en la otra la balanza de la justicia, deidad tenía en su casa capaz de sostener é impulsar por sí el progreso de la cultura intelectual. Esta era su propia mujer, la marquesa de Cañete, fundadora en Lima de la *Academia Antártica*. El número de sus asociados fué extraordinario, y entre ellos contáronse ingenios de primer orden como Pedro de Oña, el autor del *Arauco domado*, el P. Fray Diego de Ojeda, de la *Cristiada*, y Diego Mexía que lo fué del *Parnaso Antártico*. Entre los demás miembros se contaban el Dr. Francisco de Figueroa, Pedro Montesdoca, Juan de Sedeño, Francisco Duarte de Cuadros, Juan de Salcedo Villandrando, Miguel Cabello, Juan de Portilla, Gaspar de Villarreal, D. Diego de Avalos, el traductor de las *Heróidas Ovidianas*, Luis Pérez Angel, Antonio Falcón, Diego de Aguilar, Cristóbal de Arriaga, D. Pedro Carvajal, y otros á quien la ilustre Mecenas se complacía en elogiar en hermosos tercetos, dignos por su robustez de la lira clásica de Argensola ó de Rioja, en tanto que ella dejaba su nombre rodeado de oscuridad. No le valió, no obstante, la delicada atención de su modestia; cuando con la vuelta de su marido á España, terminado el trienio de su gobierno, la Academia Antártica, por la voz de Diego Mexía,

mas en su nombre, le consagró aquel soneto apologético que dice:

«La antigua Grecia, con su voz divina,
Celebra por deidades de Helicon
Nueve poetisas, dándoles corona
De yedra y lauro y rosa y clavellina.

Próxila, Mirta, Anita, Mira, Erina,
Nósida y Telesida, que se entona
Con dulce canto, y Safo, á quien pregona
Su Lesbos, como Tebas á Corina.

Mas ¡oh ¡matrona! honor del mismo Apolo.

La clavellina y rosa y lauro y yedra

En todo siglo sólo á ti se debe:

Pues siendo la deidad de nuestro polo,

Te adorarán en su Parnasia piedra

Las nueve Musas y las griegas nueve.»

En Nápoles había dejado fama literaria tan elevada como la de la grandeza de su carácter y el prestigio de su justicia el conde de Lemos, D. Fernando de Castro, que murió en medio de la autoridad de su mando. Sus exequias fueron tan solemnes como las que poco antes se habían celebrado por la muerte de Felipe II, y no sólo se escribió de ellas libro curioso por Giulio Cesare Capacci, sino que en él, desde la pág. 74, se copiaron las alabanzas métricas que en honor á su memoria le dedicaron las musas académicas y no académicas de la hermosa ciudad Parthenopea. Diez y seis poetas latinos y diez y seis poetas italianos tejieron aquel ramillete de recuerdo imperecedero: entre estos poetas se hallaban los Tancredi y Pappadoca, los Pastorello y Montesano, los Caraffa y Pignatelli, los Sagri y Carpignano, que demostraba que, con los poetas populares, tomaron parte en aquel duelo los que ostentaban los títulos de la antigua nobleza napolitana, como el duque de Bisacuá y los que llevaban los timbres de la Iglesia como el obispo D. Vico, Paolo Reggio. Cuando á su vez fué nombrado gobernador de aquel reino otro conde de Lemos, D. Pedro Fernández de Castro, que allá llevó una cohorte de poetas castellanos en los servicios domésticos de su persona, en los

políticos de su estado y en los militares de las armas, la antigua *Academia de los Ociosos*, fundada por el cardenal Brancaccio, adquirió nueva emulación, con lo que le cupo el honor de ser llamado el restaurador de las obras civilizadoras que bajo el inolvidable reinado de D. Pedro de Toledo fueron instituidas. De nuevo se vió gallardear allí la lira de Garcilasso y de Herrera en mano de Argensola y Guevara al lado de las de Juan Bautista Marini y Ardonio María Palumbo; y, como Lemos reuniese aquellas Academias en su palacio, apresuráronse á concurrir bajo su presidencia, cedida por el marqués de Villa, su príncipe, los príncipes de Stigliano de la casa Caraffa, los de Ricci de la de Capua, los de Cariati y Rocca Romana, los duques de Sarmonetta y Nocera, y otra multitud de magnates de la sangre de los Spinelli y Caracciolo, y otras no menos ilustres. A Lemos cupo la fortuna de esta restauración, que el conde D. Bernardino de Rebolledo elogió poco más tarde en otro individuo de la misma familia, el también conde de Lemos, D. Francisco de Castro, que siendo virrey de Sicilia imprimió nuevo impulso y nueva vida, poco antes de restituirse á España, á la *Academia de los Acheros* que arrastraba vida lánguida en Palermo.

Fuera de la *Academia del Parnaso*, que en Valencia presidió en 1616 D. Guillén de Castro, y para la que Juan Yagüe de Salas hizo un resumen de su poema *Los Amantes de Teruel*, que leyó en la segunda sesión, ni en Madrid, ni en los otros reinos de la Península, se intentaron ensayos de constitución de otras nuevas. Hubo con frecuencia en varias partes certámenes literarios, algunos de mucho interés, como el que en Toledo se verificó en 1605, en celebridad del nacimiento de Felipe IV, á que concurrieron treinta y cinco poetas castellanos, estando á su cabeza, en honor al cardenal arzobispo iniciador, el mismo Lope de Vega. Pero aunque con Lope concurrieron doña Clara de Barrionuevo, doña Isabel de Figueroa y los familiares de la casa de Lope, Baltasar Elísio de Medinilla, Juan Piña, el doctor Gregorio de Angulo, D. Sebastián de Cés-

pedes y Meneses, Gaspar de Barrionuevo y Julián de Armendariz, los demás no correspondían, ni en mérito, ni en fama, á lo que en aquel tiempo debíase esperar siempre del grado de brillantez á que había llegado nuestro Parnaso. En el de San Juan de Aznalfarache, junto á Sevilla, que se verificó en 1606, en las fiestas de Santa Leocadia, por iniciativa de D. Diego Ximénez de Enciso, sólo se ofreció la particularidad de que la presidiera D. Nuño de Colindres, teniendo por secretario á Miguel de Cervantes Saavedra, y por fiscal á D. Juan Ruiz de Alarcón. Otra cosa fué en 1610 el certamen de la capital del Bétis para solemnizar la beatificación de San Ignacio de Loyola, acto que presidió el asistente de la ciudad marqués del Carpio con el obispo de Bona D. Juan de la Sal, el conde de Palma, D. Félix de Guzmán y otros señores y ministros de varias Ordenes religiosas; pues á él no se desdeñaron de concurrir con sus poesías Francisco Pacheco, Rodrigo Caro, Antonio Ortiz de Melgarejo, D. Luis de Góngora y Miguel Cid, entre otros diez y siete ingenios andaluces. Zaragoza publicó pregón de certamen en 1608, para celebrar la elevación de D. Jerónimo Xavierre á la púrpura del Sacro Colegio, siendo los jueces D. Antonio Xavierre, rector de la Universidad, y el doctor Agustín de Santa Cruz y Morales y Secretario Lupercio Leonardo de Argensola, y otro en 1619 por la Presidencia de la Suprema Inquisición en favor de fray Luis de Aliaga. Todos los poetas del antiguo reino concurren á estos certámenes; pero no fueron actos de las Academias aragonesas entonces en vigor, sino de la Universidad cesaraugustana. El mismo carácter singular y no académico tuvieron en Granada en 1610, otro certamen también en la beatificación del fundador de la Compañía de Jesús, y el de Fonz, junto á Lérida, en 1616, por la inauguración de un templo consagrado á la Virgen. Todos estos certámenes son el testimonio de la extensión que en la Península había alcanzado por aquel tiempo la cultura literaria, pues no había pueblo grande ni chico que para estas ocasiones no dispusiera de una ó dos docenas de ingenios.

Después de la sucesión de Felipe IV, las *Academias*, por aquel tiempo extinguidas, procuraron restaurarse, como base y principio de aquel partido político siempre fiel á los Lerma, que dióse por derrotado y vencido con la proscripción del duque, con la prisión de Osuna, con el suplicio del marqués de Siete Iglesias y con el trágico asesinato del conde de Villamediana. Aquel partido que permaneció vivo durante los veinte años del ministerio del conde duque de Olivares, hasta que logró al cabo echarse sobre él y devorarle, no estaba formado sólo de grandes, títulos y ministros: una gran parte de él lo constituía parte numerosa de los poetas que habían asistido á las academias de los Silva y de los Saldaña, que se habían inscrito en la milicia cívico-religiosa de la Esclavonía del Santísimo Sacramento, y que había disfrutado y sido sierva de las pensiones del cardenal D. Bernardo de Sandoval; y, aunque el peso de los años venció á muchos, como á Góngora y Pantaleón de Rivera, otros como Quevedo y López de Zárate, sobrevivieron á las miserias y á las luchas del destino. El último de estos dos poetas, hechura del marqués de Siete Iglesias, había sido oficial de la secretaría de Estado. Muerto trágicamente su protector en el suplicio, se retiró de la covachuela y arrastró toda su vida con impertérrito valor la pobreza, hasta casi la indigencia, por no ser servidor del que había sido de su bienhechor verdugo. De 1621 á 1626, se hicieron muchas tentativas para resucitar las Academias, poniéndolas bajo la presidencia, ya del duque de Cea, ya del de Híjar, y algunas se celebraron con mucha concurrencia y aplauso de señores é ingenios; pero el Conde Duque dió á Cea un empleo superior en el ejército de Monferrato, no utilizando á Híjar por no reconocerle alientos de rival. Al marqués de Velada tratóse también de erigírsele en campeón de los literatos, por su inclinación á las musas, y aun en Abril de 1625 se le hizo presidir una Academia; pero él tuvo por más cuerdo aceptar luego el gobierno de Orán que le fué ofrecido. D. Francisco Sebastián de Medrano intentó fundar *La Peregrina*, con programas aná-

logos á los que servían de base á las de Italia; también hubo medio de obstruir su obra, hasta hacerle desistir de ella, dejándola en proyecto.

El Conde Duque, conociendo las inclinaciones del rey, procuraba tenerle rodeado hasta en su servidumbre y en la de la reina, el príncipe, y los infantes D. Fernando y D. Carlos, de aristocráticos poetas y oficiales de la servidumbre, como los marqueses de San Felices y de Palacio, Jáuregui, Salcedo Coronel y Bocángel Unzueta. Con ellos y con otros, que merecían igualmente su confianza, consentía la celebración de aquellas Academias íntimas de palacio á las que asistían Villaizán, Cáncer, Coello, Calderón y Moreto, y de la que sólo á la posteridad han llegado nimias tradiciones. También para divertir á la corte, en 1637, dispuso la *Academia burlesca del Buen Retiro*; pero en cuanto á *Academias* formales siempre tuvo razones de gran peso para impedir su constitución. Los poetas entonces se congregaron en algunas tertulias privadas, como las que tenían en su celda el P. Fr. Hortensio Félix Paravicino, con asistencia de su hermano el conde de Sangrá D. Francisco Paravicino; las que presidía D. Jerónimo de Cáncer y Velasco; las de la casa de D. José Reynalte, caballero del hábito de Santiago, y la que en su casa de campo de los Maudes, celebraba D. Facundo Cabeza de Vaca, con el conde de Irinquien, un hijo del conde de Saldaña, como él llamado D. Diego Gómez de Sandoval, que luego heredó el título de duque de Lerma, D. Juan Manso de Zúñiga, D. Diego Altamino y D. Pedro de Velasco, del hábito de Alcántara; pero los actos de estas tertulias, ni trascendían á los círculos de la opinión, ni ejercían la menor influencia en el movimiento de las ideas generales.

Olivares siguió en esto un rumbo diametralmente opuesto al de los Mendoza del siglo xv, al de los Toledos del siglo xvi y al de los Sandovalés del reinado de Felipe III. Los ideales progresivos de la nación estaban interrumpidos. En el apogeo del poder á que habíamos llegado, se había pronunciado una

acelerada decadencia. El edificio necesitaba puntales, y no torres al viento. La literatura, como todo, se había viciado, y estaba en todo su imperio el elemento desolador de la sátira. ¿A qué desatar más tempestades? Por desgracia, lo que se contenía en Madrid no podía de igual modo contenerse por todas partes. La actividad literaria, que aquí se dirigía á otros horizontes por medio de los presentes certámenes que se celebraban para distraer los ingenios, haciéndolos confluir á la avaricia del premio, ya cantando santos canonizados y entradas de príncipes peregrinos y efemérides de la familia real, no podía ser encauzada ni contrariada de sus corrientes, del mismo modo en otras esferas; y en las Academias de Lisboa y de Barcelona, que antes fueron citadas, la congregación de los literatos que tomaban los apellidos simbólicos de *los Desconfiats*, de *los Anónimos* y de *los Ocultos*, eran núcleos de otras tantas conspiraciones contra el poder soberano de España y la unidad de la patria. De estas Academias al cabo alumbró el trueno y el rayo, cuando á la retirada á Loeches del último gran ministro de aquella dinastía, cayó sobre las coronas de España la conflagración universal, que se había tramado en Francia y de que fué cómplice toda Europa.

V

Aun entre los horrores de las guerras peninsulares y extrapeninsulares y de las insurrecciones que amargaron los últimos años del reinado de Felipe IV, el poder de la inteligencia se obstinó en preparar, al menos, las soluciones reparadoras del porvenir. En medio de la decadencia espantosa á que las letras patrias habían venido, asombra el número portentoso de los que las cultivaban; ¡á doce mil llega el número de los que por sus nombres tenemos recogidos en nuestro Catálogo de

los poetas de los siglos XVI y XVII! Academias con actos públicos frecuentes se celebraban por todas partes: en Valencia, presidía la *de los Soles*, el conde de Elda; otra, titulada *el Alcázar*, el marqués de Villatoreas, y durante el gobierno del Duque de Veragua, éste las congregó y presidió en su palacio de las márgenes del Turia, como antes las había presidido en Cádiz. Hazañas y la Rúa ha escrito un libro con la descripción de las que se reunieron en Sevilla, desde la famosa de San Juan de Aznalfarache, hasta la *Universidad de la Tontería*. La de *La Alhambra* de Granada estuvo veinte años en funciones, animada siempre por los Trillos y Figueroa, los Cuevas y Benavides, y los Zurillos de Peralta. En Salamanca y Alcalá las renovaban cada año sus respectivas escuelas maestras, y muchas se solemnizaron con particular y admirable frecuencia en poblaciones de segundo, tercero y cuarto orden, como Tarragona, Lérida, Écija, Antequera, Ronda, Baeza, Badajoz, Baena y hasta el Campo de Criptana. Algunas de estas *Academias* festejaron asuntos dignos de recordación: en la del Alcázar de Valencia, se conmemoró solemnemente la muerte de Calderón de la Barca; en otra de las de la Alhambra se dió el parabién al duque de Alburquerque, D. Francisco Fernández de la Cueva, general de la caballería en Rocroy, por su vuelta feliz del gobierno de México; pero estas eran excepcionales; el mayor número se perdía entre elogios profanos á los santos ó en bagatelas de la más efímera actualidad. ¡Qué distintos sus ideales con los que las dieron principio durante el reinado de Carlos V! Pero ellas no hicieron sino cumplir con los decretos inexcrutables del destino. Con Carlos V las asociaciones literarias nos ayudaron á subir hasta la mayor cima de nuestra grandeza histórica; con Carlos II á bajar hasta la triste soledad y servidumbre que vino á pesar sobre España desde 1701 hasta la hora feliz de las revoluciones regeneradoras de nuestro siglo. Esta, pues, es y será siempre la dura ley y la perpetua evolución de la historia.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LOS POETAS ÉPICOS CRISTIANOS

MILTON

I

DE los acontecimientos señalados que registran los anales de Europa, el mayor y de consecuencias más graves, fué,—después de la irrupción de los bárbaros y expulsión de los sarracenos,—la Reforma: porque el descubrimiento de América no pertenece á la historia europea, sino á la del mundo.

Al destruir la irrupción de los bárbaros la simétrica y artificiosa unidad del Imperio romano, creó un dualismo que sólo la fe cristiana supo reducir, confederando á la raza invasora con las invadidas, á los hombres del Norte con los meridionales. De esta armonía espiritual bajo el yugo de una creencia común, nació la esplendorosa *Era católica*, que comprende toda la Edad Media y el período más noble y floreciente del Renacimiento. No bien aparece la Reforma, el dualismo resurge y se produce la escisión, ya irremediable; como que desde los dominios de la conciencia se extiende á todas las manifestaciones del pensamiento y se propaga en todas las esferas de la actividad intelectual, artística, moral y social.

No hay movimiento revolucionario donde no se observen fenómenos atavísticos. La revolución religiosa fué regresiva y funesta al progreso, en cuanto desunió á las razas latina y sajona, factores esenciales de la civilización europea, y reavivó viejos antagonismos, que existían latentes y amortiguados. Mediante la Reforma, el cuerpo europeo tuvo dos almas enemigas.

Considerada la Reforma por encima, en una de esas parti-

cularidades que saltan á los ojos de cualquiera, puede atribuirse, y la atribuyen ciertos autores, á la lascivia de Lutero y Enrique VIII, bien como se atribuye á la Cava la pérdida de España, ó á Elena la de Troya. Sin embargo, no hay suceso que demuestre más plenamente que la Reforma la constante ley histórica de las razas. En la duradera é inconciliable contraposición de la Europa católica y la Europa protestante, no pudo influir decisivamente el pasajero delirio de dos parejas, el antojo sensual de un fraile y de un rey. Ramas del tronco humano tan opuestas en su sentir filosófico, estético y social como la latina y la sajona, buscaron en la Reforma caminos por donde andar sin volver á encontrarse nunca,—excepto para luchar sin tregua ni misericordia, como todavía lucharon hace veinticinco años y como volverán á luchar fatalmente á la primera ocasión propicia.

Cuando los sucesos históricos reconocen causas tan hondas, de acción y eficacia tan permanente, acaban siempre por producir una obra artística que expresa lo más íntimo de su contenido, la esencia de su totalidad. Esta obra artística fué para el Catolicismo la *Divina Comedia*; para la Reforma, *El Paraíso perdido*. Conociendo los dos poemas y comparándolos, se pueden caracterizar las dos religiones que los inspiraron, y afirmar rotundamente la necesaria inferioridad artística de la Reforma. Y si de la comparación de los dos poemas pasamos á la de los poetas que los llevaron en la fantasía y les dieron ser, notaremos más claramente aún extrañas diferencias en el vigor y calidad de su espíritu y la libertad, energía y espontaneidad de su inspiración. Comparaciones semejantes valen ellas solas por diez tratados teológicos que diluciden los problemas de la gracia, la jerarquía eclesiástica y las indulgencias.

En sentimiento y pensamiento; en impulso y vuelo genial; en imaginación, corazón y alma, Dante es fruto del Catolicismo, como Milton de la Reforma,—la cual no ha conseguido producir después un artista más grande ni que la encarnase mejor. Dante y Milton son poetas-tipos y hombres-tipos de sus respectivas razas y religiones: lo que de ellos puede afirmarse, afirmese también de ellas: retratados, y las habréis retratado. Piérdase y bórrese la historia y el recuerdo de ambas razas, pero consérvense las obras y la biografía de Milton y de Dante, y por inducción reconstruiremos la leyes generales á que dócilmente obedecieron ambos admirables fenómenos.

Siendo los dos poetas tan desiguales en potencia artística, la crítica todavía reúne sus nombres, declarando así implícitamente

la identidad de su significación étnica y religiosa.—Si no es permitido colocar á Milton á la altura de Dante, conviene reconocer que á su manera expresa lo mismo, y contribuye á probar con evidencia que las letras son algo vivo y arraigado en las entrañas de la historia y de la sociedad.

II

Venía el cisma de Inglaterra preparándose y anunciándose sor-
damente desde el período de los Plantagenetos, mucho antes de
que la rosa blanca y la bermeja se tiñesen juntas en sangre.

Así que el pueblo inglés tuvo que renunciar á su sueño de domi-
nar el continente,—apoderándose de Francia y extendiendo sus con-
quistas á otros países europeos,—desahogó en luchas internas sus
bríos, sus instintos de orgullo, de independendencia y hasta de feroci-
dad. La guerra civil entre los partidarios de York y los de Lancas-
ter, si pudo distraer algún tiempo á una gente sobrada de vigor
sanguíneo y de energía muscular, no bastó para gastar las impe-
tuosas fuerzas de esa misma gente, poco refinada, incapaz de es-
cepticismo, dura, tenaz, aferrada á sus convicciones y resuelta, no
sólo á mantenerlas á todo trance y contra viento y marea, sino á
imponerlas con el hierro y el fuego. La verdadera lucha, la lucha
encarnizada y mortal de Inglaterra, debía ser la religiosa.

El instinto de independendencia que existía en el pueblo, animaba
también á los monarcas: de ellos partieron los primeros conatos de
emancipación. Desde la época normanda anduvieron enzarzados los
reyes de Inglaterra y los Pontífices; el clero, rico y fuerte, hacía
sombra al poder secular, y las reyertas entre la autoridad civil y la
eclesiástica eran ásperas y continuas. Tenía el primer Plantagene-
to, Enrique II, depositada omnímota confianza en el canciller Tomás
Becket, su brazo derecho, el hombre de su corazón. La Iglesia invis-
tió á Becket con la dignidad de Primado de Inglaterra, y apenas
hubo ceñido la mitra, transformóse el fastuoso y disipado magnate
en religioso austero, el complaciente cortesano en inflexible celador
de los derechos eclesiásticos, el campeón de las prerrogativas de
la realeza en adalid de Roma. Sentencióle á muerte su rey y señor;
pero la sangre de Becket, al salpicar el claustro de Cantorbery,
infundió en muchos corazones ardentísima fe católica: fué verda-

dera semilla de mártires. En el siglo XII, al ocurrir tan memorable suceso, primera chispa de inextinguible hoguera, el Papa era de los dos adversarios el más temible. Sobre el sepulcro de Santo Tomás de Cantorbery llovía milagros la gracia, y contra el sacrilegio se alzaba la cólera popular. Necesitáronse cuatrocientos años para que cambiase enteramente la faz de las cosas.

Contenidos los reyes por el temor, no siempre sostenidos por la opinión de sus súbditos—que opinión había entonces, y en tales materias más que ahora—no cesaron, sin embargo, en ir atacando el poderío de la Iglesia romana, tarea en que les ayudaron los excesos y desarreglos del clero, sus exorbitantes pretensiones, que ni los historiadores católicos niegan. Ricardo *Corazón de León*, el héroe de Palestina, ve amagar á su cabeza la excomunión mayor; Juan *Sin tierra* es puesto en entredicho con todo su reino; el Papa desliga á sus súbditos del juramento de fidelidad, les entrega como buena presa al rey de Francia, y Juan, al saberlo, jura *por los dientes de Dios* que expulsará de Inglaterra á la Iglesia de Roma. Eduardo I se ve en el caso de contender con Bonifacio VIII por la soberanía de Escocia, y los barones ingleses declaran que si el Rey pudiese ceder en tal cuestión, allí estaban ellos para no sufrirlo. En cambio Eduardo III, el de la Jarretiera, ante la amenaza del terrible entredicho, reconoce la superioridad del poder temporal sobre el espiritual. En vano intenta restablecer y consolidar las franquicias de la corona: estréllase en la oposición del clero, y bajo su reinado se ve á uno de los barones más altivos y encumbrados pedir perdón descalzo y de rodillas, por leve ofensa, al obispo de Norwich. Con Enrique IV la tirantez es ya tan insufrible, que los barones acorralan y dan caza como á fieras á los emisarios portadores de bulas pontificias.

Al lado del regalismo levantaba cabeza la herejía teológica. Viclef regresaba de una excursión á Roma dando al Papa el dictado de *Anticristo*, y sosteniendo en Oxford proposiciones heterodoxas y de libre interpretación de las Escrituras. Muerto Viclef, se desparra- man por Inglaterra legiones de predicadores laicos, censores de las costumbres del clero, de la vida social y de los dogmas de la Iglesia. Eran los *Lolardos*. Sus rígidas doctrinas anunciaban ya el puritanismo. ¡Detalle característico, que retrata bien á tal linaje de herejes! Los Lolardos sostenían que el ejercicio de ciertas profesiones,—entre otras la de joyero,—debía vedarse con rigor, pues sirven únicamente para inducir al pecado.

Entonces se proyectó por primera vez sobre el horizonte de la

Gran Bretaña el rojo resplandor de las hogueras. A su calor se inflamó más y más el fanatismo de los Lolardos. Ni el fuego, ni los calabozos, ni la ingeniosa tortura, consiguieron sino embravecer á aquellos sectarios apasionadísimos. Se refiere de uno de ellos que, al sacarlo semivivo de entre la leña ardiendo y ofrecerle el indulto, se precipitó nuevamente en las llamas, donde pronto se oyeron estallar sus carnes y derramarse sus intestinos. Era el siglo xv.

Así se templaba, con la persecución, la férrea voluntad sajona, que tales muestras había de dar de sí en tercas disputas y en implacables lides. Nuestra Inquisición es espantajo de chiquillos, terrorífica pero inofensiva silueta esbozada sobre la pared, si la comparamos á la horrible tragedia de la Gran Bretaña, donde salieron á escena los titanes y las furias.

Al advenimiento de la violenta y cruel dinastía de Tudor, estaban en plena fermentación los ánimos y las conciencias. Al mismo tiempo se preparaba un nuevo elemento de guerra y perturbación. Si la autoridad real había ganado terreno sobre la eclesiástica, iba perdiéndolo ante la feudal y popular, que representaba el Parlamento; y desde las disensiones, ya añejas, que provocó la *Carta Magna*, los monarcas cedían mal de su grado á la creciente fuerza de la opinión nacional, cada día más segura de sí misma. Instintivamente sentían los reyes la necesidad, ó de apoyarse en el poder religioso, ó—medida más radical aún—de asumirle. Quizá les estorbaba á los reyes una religión como la católica, que tanto cooperó, según el testimonio nada sospechoso de Macaulay, á fortificar el sentimiento de igualdad y libertad, borrando las diferencias entre el amo y el siervo, el normando conquistador y el sajón conquistado. En sentir del autor de la *Revolución de Inglaterra*, al espíritu del Catolicismo apostólico romano debió la nación inglesa sus instituciones modelo, su temprana y firme organización política.

Subió al trono la dinastía de Tudor manchándose en la inocente sangre del conde de Warwick, y si viésemos en los acontecimientos secretas disposiciones del cielo, ó supusiésemos que el cielo hace pagar á justos por pecadores, creeríamos que el infausto sino de Catalina de Aragón fué castigo providencial de haber sido el suplicio del infeliz mozo prisionero condición de las regias bodas. Mas ni parecían nuevas en Inglaterra tales inhumanidades, ni Fernando de Aragón las reprobaba, siempre que conviniesen á sus fines.

Enrique VIII es de los reyes cuyo temperamento se ha estudiado mejor, porque pesó mucho en la historia de su país. La Reforma,

que se infiltraba é iba cundiendo desde el reinado de los padres de Enrique VIII, no tuvo al principio más declarado adversario. El fué quien excitó á Luis de Baviera á que achicharrase á Lutero, y quien, sin temer manchar de tinta el regio armiño, escribió la apología de la Iglesia de Roma. Por un cambio que produjeron de consuno el ansia de ejercer el poder absoluto y el desenfreno de unos sentidos impetuosos, que no se calmaban con los lances de la galantería y los deleites hurtados, sino que, inspirando bárbaros celos, exigían la posesión oficial de la favorita, consagrada por el matrimonio y sancionada por el patíbulo,—Enrique VIII llegó á ver en las tendencias de la Reforma la base que necesitaba su sueño de tiranía ideal. Bien quisiera contemporizar con Roma; acaso no había muerto del todo en su alma la antigua fe; pero los sucesos y las pasiones le empujaban al cisma, y el paso dado por el rey tenía que ser decisivo en una nación como la inglesa, que abrigaba aún la convicción de hallarse identificada con sus soberanos.

Si analizamos los respectivos papeles que desempeñaron la monarquía y el pueblo en la crisis del pensamiento religioso de Inglaterra, reconoceremos que la fe ciega, el entusiasmo vehemente, el sincero fanatismo, fueron patrimonio de las masas, mientras los reyes, ó más desengañados ó más calculadores, sólo pensaron en explotar el estado de los ánimos en beneficio de su autoridad. Los reyes cayeron en la cuenta de que Roma tenía exigencias y el clero vicios, cabalmente cuando el clero y Roma atacaban ó mermaban los privilegios reales; y así supieron sacar de la rebelión espiritual del pueblo, la soberanía espiritual del rey. Las pingües rentas confiscadas á las abadías; el fruto del pillaje de los monasterios; las haciendas y casas de los señores católicos, dieron rico botín á la corona. No se proponían los reyes cooperar á la emancipación de la conciencia nacional, sino á que la conciencia nacional, sacudiendo el yugo del Papa, se doblegase á otro yugo.

Mil veces se ha repetido que las revoluciones, ya desatadas, no obedecen á su impulso inicial, sino á otros imposibles de calcular anticipadamente. Pone en juego el que desencadena una revolución fuerzas tan superiores á su fuerza propia, que al intentar dirigirlas ó contenerlas ve que más fácil sería encauzar un torrente con la palma de la mano. Emanciparon los reyes la conciencia religiosa sacudiendo el yugo de Roma, pero al emanciparla provocaron la revolución religioso-política, y por desenlace el regicidio.

Pudo sin embargo Enrique VIII creer que había logrado plenamente sus fines. Ni al exterior ni al interior de su reino halló oposi-

ción que seriamente contrarrestase el omnímodo poder que se arrogaba. Sobre las ruinas humeantes del Catolicismo inglés fundó la Iglesia nacional, restableciendo en provecho suyo la gerarquía eclesiástica; y dueño de atribuciones tan extensas que ningún mortal las anhela mayores, le fué dable, como dice Macaulay, mandar á la hoguera por herejes á los confesores de la escuela reformista, y ahorcar por traidores á los que reconociesen la supremacía del Papa. Enrique se declaró cabeza de la improvisada Iglesia, y sumo juez en lo espiritual y en lo eclesiástico: un decreto suyo redujo á tres los siete Sacramentos, y otro hizo saber á todos sus vasallos que en realidad Cristo estaba presente en la Eucaristía. La hoguera, jamás apagada, siempre rutilante en el siniestro Smithfield, aguardaba á los que negasen la infabilidad regia. Protestantes y católicos mezclaban sus ayes de agonía y sus invocaciones á Jesús, á fin de que abriese á su constancia las puertas del cielo. El innovador religioso, el lector de la Biblia, el que alzaba las manos para profetizar, tenía que habérselas con la persona del monarca, que había fijado límites al cisma, y amojonado la heterodoxia. Mientras él vivió, dijo á la Reforma "de aquí no pasarás.". La disidencia contra la Iglesia oficial anglicana, el partido que pudiéramos llamar la izquierda herética, no empezó á inquietar á la corona hasta los reinados de Eduardo VI y de la excelsa Isabel.

Agonizaba entre tanto el Catolicismo. Los últimos acontecimientos que pudieron haberse vuelto en ventaja suya, y realmente actuaron en su daño, fueron el advenimiento al trono de María Tudor y el cautiverio y degollación de la Estuarda. La hija mayor de Enrique VIII, con destreza y suerte, lograría restaurar la fe católica, pero no hizo más que recrudecer con la dureza de los castigos el ardor de los creyentes nuevos. Desquite grande tenía que tomar María, ultrajada en la honra de su madre, tratada de hija incestuosa y espúrea, obligada á devorar la afrenta y á llorar el desamor paterno, herida en sus creencias, en lo más sagrado y vivo, como mujer, como católica, como princesa real: no era mucho que al empuñar el cetro quisiese ajustar terribles cuentas atrasadas: y sin embargo, la que la historia baldona con el dictado de *Sanguinaria*, dueña de los destinos de su hermana y rival, no la cortó el pescuezo, como hizo Isabel con María Estuardo. Mas para condenar é infamar á María Tudor y para pedir la hermosa cabeza de la reina de Escocia, encanecida por el sufrimiento; para cantar himnos al pie del trono cuando el rey servía sus preocupaciones, para rugir y maldecir si de ellas se apartaba, estaban allí presentes y vigilan-

tes los puritanos. Desde que María Estuardo sucumbe, bien se puede decir que la lucha religiosa y política en Inglaterra se libra entre dos sectas protestantes: los puritanos y el anglicanismo.

III

No comprendiendo á estas sectas no se comprende á Milton, que si nunca optó resueltamente por ninguna de ellas, si no fué oficialmente episcopal ni *santo*, en su fisonomía moral y literaria reunió y mostró alternativamente los caracteres distintivos de las dos creencias que se disputaban la herencia del Catolicismo.

De los anglicanos ó episcopales diríamos, para definirlos en pocas palabras, que eran el Catolicismo mutilado y echado á perder; la forma material ó cáscara del Catolicismo, con su jerarquía, sus ceremonias, su liturgia, su ritual, pero despojado de esa idealidad sublime que para los ojos de la carne tiene forma de paloma y el alma nombra, con misterioso respeto, *Espíritu Santo*. Eran la Iglesia sin inspiración y sin temblor divino; la Iglesia sin profetas, sin ascetas, sin vírgenes, sin martirologio, sin leyenda, sin las maravillas del arte y los prestigios de la historia; la Iglesia á oscuras, metamorfoseada por algún maligno encantador en institución civil, puesta al servicio del monarca, esclavizada á sus antojos. Al nacimiento de esta Iglesia habían presidido dos poderosos elementos: el instinto de orden y la fuerza de la costumbre. El rey y sus consejeros, particularmente Cranmer, querían organizar la protesta, evitar la anarquía religiosa, inseparable entonces de la política; el pueblo, mal deshabitado aún de las formas del culto católico, se complacía en volver á encontrarlas en la nueva religión. Había en ésta cierto sentido de moral familiar, práctica y casera, que se avenía bien con las inclinaciones y el estado intelectual del pueblo inglés, pueblo nada ateniense, que, poseyendo ya el teatro de Shakespeare, iba olvidándolo, y en cambio devoraba con avidez los fastidiosos tratados teológicos de Wiclef y de Lutero.

El modo de ser de los puritanos es conocido; basta para ello el retrato de mano maestra, á lo Rembrandt, que Macaulay trazó. Al repartirse las vestiduras de Cristo, los despojos del Catolicismo sentenciado, los anglicanos tomaron para sí lo externo,

los puritanos lo interno, pero desfigurándolo y torciéndolo, incapaces de apropiarse ese fluido delicadísimo que, como el éter, todo lo envuelve, llena los intersticios y favorece la transmisión de las fuerzas; esa aura del cielo que llamamos *caridad*.

Más ajenos á ella todavía los puritanos que los episcopales; beodos del Antiguo Testamento, de sus cóleras, sus justicias y sus sangrientos exterminios; intolerantes hasta el delirio en nombre de la libre iniciativa religiosa, los puritanos, según los describe el historiador inglés, "sujetaron sus modales y costumbres á un código parecido al de la Sinagoga en sus peores tiempos; y la rígida secta, en su vestir y andar, estudios y distracciones, ajustóse á aquellos principios que los fariseos profesaban, cuando,preciados de manos limpias y anchas filacterias, censuraban al Hijo de Dios poniéndole de bebedor de vino é infractor del reposo sabático. Para los puritanos era pecaminoso ornar con festones los árboles de Mayo, brindar á la salud de los amigos, soltar halcones, cazar venados, jugar al ajedrez, rizarse el pelo, almidonar la gola, tocar el clavicordio y leer el poema de *La Reina de las Hadas*; pueriles reglas que de fijo encontraría insufribles el jovial Lutero, y necias el filósofo Zuinglio, y que envolvían la vida secular en sombra y tristeza más profunda que la del claustro. Y como quiera que también la ciencia y la elocuencia eran para los puritanos sospechosas y hasta aborrecibles; como algunos rigoristas se resistieron á enseñar la gramática latina, en odio á los nombres de Apolo, Baco y Marte; como las bellas artes sufrieron proscripción, y el órgano fué declarado instrumento supersticioso, y disoluta la música de las mascaradas de Ben Johnson, y la mitad de los mejores cuadros ingleses idolátrica, é indecente la otra mitad, no quedó cosa buena que los puritanos no destruyesen..." "Conocíase á los nuevos sectarios por su paso, su traje, su pelo aplastado, su porte serio y solemne, su cara de pocos amigos, sus ojos fijos en el cielo, su hablar gangoso, y la jerga especial que usaban..." Más que pintada está en estos párrafos esculpida la odiosa y risible fisonomía del puritanismo, y es inútil que el propio Macaulay, en su estudio literario sobre Milton, emprenda una apología de tan antipática gente, encareciendo su constancia, su fe, su energía, su utilidad para el cumplimiento de la evolución política inglesa.

Por inevitable consecuencia de los sucesos, los puritanos se inclinaban á la república, como habían de inclinarse después, dentro de la república, á la dictadura y al terror militar. Ya Isabel Tudor, celosa de su autoridad como un hombre, había visto con sor-

presa y enojo que se infiltraban en el Parlamento elementos puritanos, y enterándose, con mayor impaciencia aún, de que aquellos sectarios la dirigían pullas y acerbos sátiras. Mientras no dejó con la vida la corona, les cortó los vuelos: pero al subir al trono los Estuardos, levantaron cabeza más decididos que nunca. En los primeros años del reinado de Jacobo I poseían esa organización compacta y esa disciplina inflexible que caracterizan á los partidos radicales y extremos.

Cada día ganaban prosélitos, si bien entonces sólo pretendían alzar su Iglesia independiente al lado de la anglicana ó nacional. Hallábanse prontos á ejercer la propaganda á toda hora y de todos modos, por la predicación, por la Biblia, por el ejemplo, por la espada, por la ley, por el fuego, por la muerte. Odiábales el hijo de María Estuardo, presintiendo quizá cuán funestos habían de ser á su estirpe, ó recordando—aunque nunca descolló por el amor filial—que las doctrinas puritanas habían contribuido á empujar á su madre al patíbulo. Mientras enseñaba á su heredero que los puritanos eran sediciosos, ingratos, perjuros, mala hierba que urgía arrancar, á menos que quisiese conservarles para ejercitar la paciencia, como Sócrates á su insufrible esposa,—los puritanos, en voz baja, repetían que el príncipe de Gales era de los suyos y que cuando heredase el trono, se verían grandes cosas. Mas el David en ciernes murió súbitamente, y los puritanos, ya recelosos de que fuese por veneno, se confirmaron en la sospecha notando que el rey apenas guardaba luto, ni daba señales de aflicción. Con tal ocasión y motivo, empezaron los puritanos á creer divorciadas su causa y la del trono.

Indignábales el fausto y alegría de la corte, la disipación y lujo de la reina Ana, las artísticas fiestas en que, rodeada de damas jóvenes y hermosas, aparecía en grutas fantásticas vestida de india ó de nereida, ó arrastraba por los salones sedas bordadas, encajes de plata y un diluvio de pedrería sobre el mal velado seno. Clamaban contra la abominación de que en palacio pululasen juglares, poetas y músicos, y el rey gustase de las riñas de gallos y saliese de caza con gran escolta y ladradora jauría, y en la mesa prefiriese los platos regalados y los vinos exquisitos á las lentejas y al agua pura. Y no contento Jacobo con solazarse, beber y triunfar, quería que se solazase el pueblo, para mayor escándalo en domingo, y escribía y publicaba una obra titulada *Tratado de las diversiones públicas*... Obscuras intrigas cortesanas; favoritos ensalzados y caídos; una vida íntima digna de reprobación, contribuyeron

sin duda bajo Jacobo I al desprestigio de la monarquía; pero eran razones secundarias, pues su sucesor Carlos I poseyó y ejercitó todas las virtudes domésticas, y, sin embargo, no evitó el destronamiento y la muerte en el cadalso.

Cuanto rodeaba á Carlos I, fué á los puritanos aborrecible. La reina era católica—ellos decían *idólatra*—y tenía la avilantez de oír misa y de confesarse. El favorito, duque de Buckingham, incurrió en el pecado de elegancia y bizarría caballeresca; pereció asesinado por un fanático. Los rigores del arzobispo Laud contra la secta envenenaron mas y mas la llaga del rencor puritano. Irritóles Laud erigiendo templos suntuosos, como los de los *papistas*, restableciendo la pompa del culto, la música y las ceremonias, disolviendo los *conventículos*, prohibiendo la impresión de hojas volantes con jaculatorias y exhortaciones, y quemando los frenéticos libros de la secta. Perseguidos, acosados, atados á la picota donde les cortaban las orejas, les hendían las narices y les marcaban con hierro candente las mejillas, los puritanos comenzaron á emigrar. A centenares se refugiaron en Holanda: otros no se creyeron seguros y libres sino en el continente americano.

Los que se quedaron en la patria, se apercibieron á luchar, comprendiendo que ya no cabían juntas en el territorio inglés dos confesiones religiosas más enemigas entre sí de lo que nunca lo fueran católicos y protestantes. Mal conocería el tesón de los puritanos, su soberbia, su convicción cerrada y activa, quien se imaginase que la prisión, la picota, la ignominia, el tormento, podían hacerles ceder un ápice. Era el bando puritano de esos que en la paz y en la prosperidad se roen, gastan y disuelven por sí mismos, porque la rigidez y exageración de sus principios no resiste al embate de la realidad, pero que con el estímulo y la aureola del martirio lo arrollan todo y triunfan siempre. Facciones semejantes no serían peligrosas jamás, si nadie les opusiese obstáculo alguno, á no ser las protestas del buen sentido y las saludables flechas de la risa. Tomar por lo serio á los puritanos, fomentar sus manías torturándoles y estancando su ser de padecer, era el medio seguro de electrizarles. Se les persiguió, como se perseguía entonces en Inglaterra por cuestiones religiosas, como se había perseguido á los católicos bajo Isabel, encerrándoles en mazmorras donde, al subir la marea, entraba una legión de ratones á devorar al prisionero; como se había perseguido á los protestantes bajo María, quemándoles con leña verde; como se persigue donde se dan la mano la ferocidad natural, la rudeza de las costumbres y el sombrío fanatismo. Y de la persecución salió

el Parlamento *Largo*, Cromwell, la guerra civil, el destronamiento, el palco de Whitehall, la república.

Era Carlos I resuelto defensor de la Iglesia anglicana, á fuer de soberano imbuido en las doctrinas de la monarquía absoluta con el ejercicio de los dos poderes. Creía de buena fe que contra los rebeldes que pretendiesen atentar á los sagrados privilegios de la corona, todo era lícito, y sólo culpable la concesión. Alimentaba el propósito de unificar la religión nacional en Inglaterra y en Escocia, y someter á reglas comunes toda manifestación religiosa en ambos reinos, suprimiendo disidencias y particularismos. No había contado con la condición selvática é indómita de los escoceses, ni con la resistencia pronta, audaz y fiera de la secta presbiteriana. Lo mismo fué intentar Carlos que los escoceses se conformasen á la liturgia anglicana, que reunirse ellos como en virtud de conjuro mágico, lanzar un grito de guerra y adoptar el famoso pacto del *Covenant*, obligándose á mantener, contra todo y contra todos, la forma de su culto. Minado ya el poder de Carlos I y semieclipsada su estrella, el *Covenant*, como la célebre *Federación* francesa, fué realmente el primer estampido de la revolución.

Ni pudo Carlos desbaratar con las armas á los juramentados de Escocia, ni con la diplomacia impedir que se convocase el Parlamento en Inglaterra. Doble hidra se alzó, vomitando fuego, ante el desdichado rey. Con alta previsión política había comprendido lord Wentworth, conde de Strafford y principal consejero de Carlos, todo el empuje de la tempestad que se venía encima, y combinado un plan que prestase á la institución monárquica inglesa e vigor y solidez que tenían ya las de España y Francia. Quería organizar un ejército permanente y reducir á mera fórmula la representación nacional. Sagaz era el designio, pero lo olfatearon los puritanos, y la convocatoria del Parlamento que se llamó *Largo* después, echó á rodar la combinación de Strafford, y su cabeza.

Fué aquel Parlamento el desquite de la facción tanto tiempo oprimida y maltratada, la ola del radicalismo que se desbordaba imponente y bramadora. Puritana era la mayoría del Parlamento, puritano el primer *speaker*, Lenthall, y ante aquella asamblea de correligionarios y amigos presentáronse las víctimas de la Inquisición política, ó sea de la *Cámara estrellada*, los puritanos mutilados, sin orejas, espantosos, enseñando sus cicatrices y cosechando ovaciones y recompensas. Allí fué traído también Strafford, el enemigo de la libertad, entregado por su rey y señor á la venganza revolucionaria; allí fué arrestado, juzgado, sentenciado á muerte;

allí resonaron clamores de alegría saludando de antemano su degollación; y la sentencia se ejecutó, á pesar de las prórrogas solicitadas por Carlos, reducido ya á rogar á sus súbditos que no le quitasen el amigo más fiel. Fué la de Strafford muerte noble y altiva, de verdadero *caballero* cristiano, y al entregar su cabeza al verdugo hizolo con tan serena bizarría, que Carlos pudo exclamar desde el fondo del alma: "Strafford es más feliz que yo."

Destacábase ya entonces la figura de Oliverio Cromwell. Popular desde que hizo uso de la palabra en el Parlamento, y no porque la adornase florida elocuencia ni selecta retórica, sino por el áspero fervor, la recia energía y la dórica sencillez de sus discursos, era Cromwell de ilustre familia, caso frecuente en estos tribunos revolucionarios; descendía de aquel Tomás Cromwell tan funesto á los católicos bajo Enrique VIII, y además llevaba sangre de la familia de Estuardo en las venas. Encerrado desde muy joven en su granja solitaria y triste, padecía accesos de melancolía religiosa, y había practicado la devoción á la manera puritana, sin dulzura, sin efusión, sin piedad, sin conceder nada á lo que tiene la vida de amable y risueño. Siempre metido en sí, había llegado, después de incessantes lecturas de la Biblia, al iluminismo y al furor.

La historia, que reconoce y admira el genio de Cromwell gobernante, sólo una vez en su vida nos le muestra desfruncido el tétrico gesto: es en el instante de firmar la sentencia del rey, cuando embadurna con oblea, riendo á carcajadas, el rostro del comisionado del Parlamento que titubea en estampar la firma, y lleva la mano al coronel Ingoldsby, pellizcándole familiarmente para que firme también. Facecia del patíbulo, jovialidad de verdugo santurrón, á la cual prefiero las melancolías y las neurosis del Protector, cuando huye de aposento en aposento de su palacio perseguido por las Erinas, las perras rabiosas que destrozan el corazón del que vertió sangre.

A los cuarenta años dejaba Cromwell su campestre retiro, y se ganaba nombre y popularidad. Cuando la lucha pasó de las tribunas á los campos de batalla, se reveló soldado heroico é infatigable, gran capitán, capaz de organizar un ejército, de enloquecerlo, de arrastrarlo á la victoria. El vulgo suponía que los soldados de Cromwell eran de otra casta que los demás hombres, tal vez de acero, tal vez de granito, y que ni las espadas les herían, ni les rendía el cansancio. Lo que sostenía á los guerreros de Cromwell, los famosos *Santos*, ó *costillas de hierro*, mezcla singular de militares y teólogos, era su piadosa obcecación. Asegura Macaulay que

en el campamento de los *Motilones* ó *Cabezas redondas* nunca se vieron jugadores ni borrachos, ni se oyeron blasfemias, ni se cometieron latrocinios ó impudicias, pero que en cambio la vista de una imagen de Nuestra Señora, pintada en un vidrio, les enfurecía como al toro el rojo trazo, infundiéndoles ansia de destrucción y delirio de muerte.

En esta horda casta y bárbara debió de fermentar, envuelto en vapores de sangre, el regicidio. El terreno estaba preparado. No me explico la sorpresa y el asombro con que algunos historiadores hablan de la violenta muerte dada á Carlos I. ¡El hacha del verdugo había segado ya tantas gargantas de personas de familia real ó que habían ceñido corona, empezando por la misma abuela del desventurado monarca! Involuntariamente el pueblo debía de hallarse familiarizado con la idea de que un rey puede morir en público cadalso, y que hasta está muy expuesto, por su jerarquía, á tan triste fin. Tampoco acierto cómo se pone en duda que Cromwell había resuelto de antemano desembarazarse del rey, ni por qué se supone que el fanatismo es incompatible con la ambición.—Carlos I sucumbió dejando en las imaginaciones engrandecido su recuerdo y en los corazones impresa la huella de sus ternuras de padre, de su resignación de cristiano, de su entereza de caballero y hombre. Un poeta español ¹ pone en boca de Milton la siguiente pintura de los últimos momentos del rey:

«¡Ah! bien recuerdo su figura esbelta,
su negro traje, su mirar severo,
su adusta faz, su cabellera suelta,
y su paso pausado y altanero.
Los que al cadalso á Carlos conducían
llevaban los sombreros en la mano:
asustados esclavos parecían,
pendientes de la voz de su tirano.
Del tablado fatal subió las gradas
con firme y desdeñoso continente:
y clavando en el pueblo sus miradas
cruzó las manos y dobló la frente.
Impenetrable máscara el semblante
del verdugo de Carlos encubría;
y mirándole el rey un breve instante,
dijo con entereza y energía:
*La justicia que el rostro se recata
ha perdido la paz de la conciencia;
su cobardía y su maldad delata,
y en alta voz proclama mi inocencia.*»

¹ Larmig: *Querellas del vate ciego*.

Muertes como esta,—y la de Carlos fué más bella aún de lo que aparece en las citadas estrofas; nadie ignora sus detalles conmovedores;—actúan, á despecho del raciocinio, como argumento poderoso en favor de una causa. El comentario de la tragedia de *Whitehall* fué un libro titulado *Eicon basilike*, ó sea *La imagen del Rey*, libro que se creyó obra del mismo Carlos I, y que era á la vez mansa apología de sus actos, patética exhortación á sus hijos, resignada despedida al mundo, desahogo de religiosa piedad, elegía y plegaria. Los corazones se ablandaron; la humanidad engendradora le realismo; la compasión, la poesía hablaron en favor del ajusticiado, y los atroces puritanos fueron vencidos por las lágrimas de los que, teniendo hijos, comprendían cuanto dolor encierra el beso de despedida del que va á morir y les deja solos. Cromwell pensó seriamente en contrarrestar la acción del peligroso libro, más nocivo á su causa que las espadas y mosquetes de los *caballeros*. El encargo de refutar al muerto recayó en John Milton.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(En el próximo número la 2.ª parte).

DIEGO VELÁZQUEZ

SEGUNDA PARTE

V

Entre las diferentes distracciones que se ofrecían á Felipe IV para consolarle de la pérdida de su hijo, ocupaba la caza desde hacía mucho tiempo, y continuó ocupando, lugar muy principal. Este ejercicio había despertado siempre gran afición en la corte de España y M. Justinos da curiosos pormenores de cómo se cazaba entonces. El tren y las jaurías del rey pasaban por los mejores de toda Europa. El monarca mismo era un cazador infatigable, osado hasta la exageración é impávido ante el peligro. Más de una vez había corrido riesgo su vida, y su hermano ó las personas de su séquito habían tenido que correr á auxiliarle. Un día que echó pie á tierra para seguir entre los matorrales á un jabalí herido, la fiera le hizo frente, y tuvo que defenderse de ella y rematarla á cuchilladas. Como la reina y sus allegados le dirigieran, con este motivo, algunas reconvenciones, no quiso oír nada, y ordenando vivamente que en lo sucesivo se le dejara á él solo salir del paso, habló en esta ocasión con mayor animación y verbosidad que había mostrado nunca. A fin de satisfacer sus gustos, se había hecho arreglar á su capricho, en un término muy abundante en caza, la *Torre de*

la Parada, que decoró enteramente con tapices y cuadros de asuntos cinegéticos, encargados á los mejores artistas. Están allí representadas las diferentes maneras de cazar, entre otras una que no se usaba más que en España: la *Tela real*. En una comarca propia para el caso y elegida para este efecto, se cerraba un gran espacio de terreno con telas sostenidas de trecho en trecho por estacas. Dejábase una abertura de unos doscientos pasos, hacia la cual empujaban á la caza los ojeadores. Cuando creían haber reunido ya bastantes piezas, cerraban la abertura, y en medio del primer recinto se formaba otro nuevo con dos ó tres vallas de lienzo más elevadas. Allí era donde atacaban á las piezas los cazadores invitados á la partida y donde el rey las daba el golpe de gracia. Cada año solía haber tres de estas cacerías, que ocasionaban un gasto de más de 80.000 escudos (1). Velázquez, como fiel historiógrafo, no podía menos de trazar algunos de los episodios pintorescos de aquel ejercicio, de que tan apasionado era el monarca.

Se concibe la dificultad de reunir en una misma composición todos los elementos de semejantes episodios, para formar con ellos un conjunto. Muchos artistas lo habían ensayado sin buen éxito, y en el Museo mismo del Prado puede verse la inutilidad de sus tentativas. Los dos cuadros de Cranach, que representan las cacerías de Carlos V en Moritzburgo, en 1544, no son más que obras incoherentes y confusas, casi grotescas; y otro cuadro de P. Sneyers—una pintura á vista de pájaro que carece de todo mérito artístico—no da más que una idea muy imperfecta del asunto que quería representar. Por el contrario, Velázquez, con su viva inteligencia, comprendió todo el partido que podía sacarse de estas escenas. Sin duda había acompañado muchas veces al rey en las cacerías, y viendo el placer que hallaba en ellas, se había prestado con

(1) Se empleaban cerca de 300 personas, y las telas, que se traían de Flandes, formaban la carga de más de 20 carromatos.

su amabilidad habitual á los caprichos de Felipe IV. Documentos citados por M. Justi acreditan, en efecto, que el artista, no sólo pintó para el rey naturalezas muertas, en que se veían reunidas muchas piezas de caza, sino también astas de ciervo, de grandes dimensiones, que procedían de animales muertos por el monarca. Aunque muy deteriorada, la *Caza del jabalí* de la National Gallery (núm. 197)—la colección de sir Ricardo Wallace posee una reducción mejor conservada, con ligeras variantes,—nos presenta, á la vez que una imagen fiel de la *Tela Real*, un cuadro resumido de la España de entonces; de las costumbres y de los tipos más característicos de todas las clases de la población en aquella época.

La escena, que se desarrolla á lo largo, está presentada con tanto gusto como habilidad. El recinto circular, circunscrito por las telas, ha sido instalado en un paisaje de severo aspecto: una especie de llanura inculta, con ondulaciones, dominadas á su vez por un ribazo escarpado, entre cuyos repliegues crecen matorrales negruzcos, retamas y algunas encinas achaparradas. La hierba, corta y escasa, deja ver á trechos la blancura brillante de la arena. Muchos jabalíes reunidos en el recinto, son perseguidos ó atacados por caballeros armados de lanzas, y junto al conde-duque de Olivares, al cual se reconoce fácilmente, el rey, montado en un corcel bayo, resiste la acometida de uno de aquellos animales con un venablo guarnecido de una media luna de acero. Por encima de las telas, se divisa, á la derecha, lo alto de cuatro carrozas de la corte, donde están sentadas las damas convidadas á la fiesta, y en una se ve á la reina Isabel. No lejos de ellas aparecen los alabarderos, encargados de protegerlas en caso de necesidad. Fuera, la multitud abigarrada de los curiosos se agolpa en primer término, sobre un montículo. En todas partes se revela la animación y lo heterogéneo de una concurrencia numerosa, reunida para gozar de una diversión que le recuerda su fiesta nacional, esas crueles corridas de toros que, á despecho de la dulcificación de las costumbres, han llegado á nuestros días. Aquí se ven caba-

llos parados, allí muchachos subidos en los árboles para ver mejor, acullá criados que cuidan de caballos, mulos y grandes perros de caza. Entre los espectadores circulan mendigos atareados y al acecho; uno de ellos, á los pies del cual está tendido otro de sus compañeros, bebe en una calabaza. Al lado hay dos señores vestidos con gran elegancia, el uno de rojo, con gorguera blanca, sombrero negro y botas flexibles; el otro, que tiene la mano apoyada en la cadera, lleva un justillo rojo, una gran capa gris, mangas y calzón blancos y una pluma blanca también en el sombrero. Entre ellos, como para hacer resaltar la riqueza de su atavío, hay un eclesiástico vestido todo de negro y con el gran sombrero tradicional. Lo alto del lienzo está ocupado por una faja estrecha de cielo azul oscuro con nubes grises y algunas luces más vivas. La poderosa aunque neutra tonalidad de aquel cielo algo pesado y de aquel paisaje rudo y triste, se contrapone á las matizadas coloraciones de las figuras y realza más aún su brillo. Estas figuras—hay más de ciento, sin contar los personajes más lejanos, ni los animales—están tan bien agrupadas, tan bien reproducidas en sus actitudes y sus fisonomías propias, y tienen tal variedad de vida, que no se cansa el espectador de contemplarlas. Por deliciosas que sean nuestras figuras del Louvre (núm. 1.734), indicadas algo sumariamente, con una pincelada ligera, y plantadas como al azar, no pueden dar idea de aquellas imágenes. Y es de notar que, con profusión tan grande de pormenores, todos interesantes y todos exquisitos, el cuadro tiene unidad perfecta; tanto los valores como las manchas están felizmente repartidos, las coloraciones son francas y las transiciones discretamente combinadas. Se ve que es obra de un pintor en plena madurez y que no tiene otra preocupación que la de satisfacerse á sí mismo, sin sombra de adulación cortesana; pues el rey se destaca tan poco, que cuesta trabajo distinguirlo entre los caballeros que le rodean. Aquel espíritu tan abierto, aquellos ojos que veían tan bien y aquella mano que amoldaba con tanta oportunidad su trabajo á las cosas, obran

de concierto y se armonizan para mantener el equilibrio perfecto del cuadro. Sin llegar jamás al amaneramiento, Velázquez nos da la ilusión de un arte que se despliega naturalmente como se abre una flor, y nunca, á mi juicio, pintor alguno ha debido de gustar en tan alto grado el placer de crear á profusión y con encanto semejante, la vida en sus manifestaciones más diversas.

Hacia la misma época, en un cuadro, si no mejor, al menos de un orden más elevado, iba á dar Velázquez una muestra todavía más cumplida de su inteligencia y su talento; nos referimos al cuadro de la *Rendición de Breda*, conocido generalmente con el nombre de *Cuadro de las lanzas*. El hecho de armas que representa era propio para exaltar el patriotismo de la nación. Fué la única acción brillante del reinado, y á causa de la importancia de la plaza y de las dificultades de la empresa, los generales españoles vacilaban en comenzar el sitio, cuando Felipe IV dirigió á Spínola esta lacónica orden: «Marqués: tomad á Breda.—Yo el Rey». Empezóse entonces la lucha con ardor y tenacidad extraordinarias por una y otra parte; lucha académica, en cierta manera, en la cual, ante los ojos de toda Europa, fueron puestos en juego por jefes dignos de medir sus armas, todos los recursos de la estrategia. Los canales, los diques, los trabajos inmensos de circunvalación realizados activamente durante un año entero, obligaron por fin á los sitiados á aceptar una capitulación, muy honrosa para ellos, que firmaron el 2 de Junio de 1625, efectuándose tres días después la entrega de las llaves de la ciudad. Se comprende el entusiasmo con que fué recibida aquella gran noticia en Madrid, donde se celebró el suceso con ceremonias religiosas, festejos públicos y obras teatrales escritas *ex profeso*, por Calderón entre otros. Algunos años después, el rey, que se ocupaba en reunir en el palacio, recién construido, del Buen Retiro, tapices y cuadros que representaran los hechos militares gloriosos de su reinado, no olvidó un episodio tan lisonjero para su amor propio.

Entre las obras del mismo género que habían sido encargadas ya á diferentes artistas, para decorar aquel palacio, sería injusto no mencionar una pintura de Eugenio Caxesi, en la cual parece que el antiguo rival de Velázquez, señaló á éste el camino que debía seguir. Este gran lienzo, algo olvidado por la crítica, y que representa á Girón, gobernador de Cádiz, rechazando una tentativa de desembarco de los ingleses, presenta, en efecto, cualidades de primer orden, que sorprenden en el autor de tantas composiciones decorativas ó religiosas muy medianas. Esta vez el asunto está claramente concebido y expresado de una manera muy real. Caxesi representó á Girón, que se hallaba enfermo de gota, en un lugar elevado adonde se había hecho trasladar, y donde, con aire sereno, da órdenes á sus lugartenientes. En el vasto panorama que se desarrolla ante los ojos, el artista nos muestra el mar cubierto por los navíos de la flota inglesa, y la campaña en la cual los habitantes, unidos á las tropas regulares, rechazan vigorosamente hacia sus buques á los enemigos que habían desembarcado. El dibujo y la tonalidad misma son de una firmeza notable, y aunque algo fría, la escena está muy exactamente definida y localizada. Pero con medios semejantes y con veracidad superior aún, Velázquez iba á revelarnos toda la distancia que separa al talento del genio.

El asunto que iba á tratar había sido abordado ya varias veces por otros pintores. Apenas se efectuó la capitulación de Breda, la infanta Clara Eugenia, gobernadora de los Países Bajos, hizo venir de Nancy á Callot para que tomara sobre el terreno, bajo la dirección de los ingenieros militares, apuntes que se conservan hoy en la Albertina. Pieter Sneyers, que era un especialista en este género, tomó igualmente sobre el terreno los datos de la vista panorámica de Breda y de sus alrededores, que se encuentran al presente en el Museo del Prado. Por último, algunos años después, un pintor de talento, José Leonardo, discípulo de Caxesi, recibió el encargo de ejecutar para el Buen Retiro un cuadro sobre la *Rendición de Breda*,

que hiciera juego con el episodio del *Desembarco de los ingleses* pintado por su maestro. Aunque con apariencias de realidad, la manera que tuvo de representarlo es absolutamente contraria á la verdad histórica. Impulsado por un sentimiento de vulgar adulación, Leonardo pintó, en efecto, á Spínola á caballo, recibiendo con aire desdeñoso las llaves de la ciudad que le presenta el conde Justino de Nassau, humildemente prosternado en el polvo, desarrollándose en el fondo un paisaje cualquiera que nada tiene que ver con Holanda. Por el contrario, como lo atestigua un relato semioficial publicado poco después de la capitulación por un jesuíta de Amberes, el P. Hugo, los sitiados obtuvieron las condiciones más honrosas y salieron de la plaza á tambor batiente y banderas desplegadas (1). Con su natural generosidad, Spínola prodigó á su rival desgraciado los testimonios de la cortesía más exquisita, saludando con amabilidad á aquel anciano de cabellos blancos. A ejemplo de su general, según el citado historiógrafo, los españoles tributaron las mismas consideraciones á los vencidos. «Entre los vencedores, dice el P. Hugo, no hubo palabra alguna que disonara; sólo se veían rostros que sonreían en silencio.»

La inexactitud cometida por Leonardo en su lienzo envolvía, pues, una inconveniencia gratuita, propia para desagradar al rey y á cuantos sabían cómo habían ocurrido las cosas. Se dió á Velázquez el encargo de restablecer la verdad histórica en otro cuadro de análogas dimensiones, que fué expuesto en el Buen Retiro junto al de Leonardo. El artista, que era tan caballeroso, acogió con júbilo aquella ocasión que se le presentaba para rendir homenaje á la memoria de Spínola, que á consecuencia del sitio de Casal había caído en la desgracia más injusta. Velázquez conservaba un agradecido recuerdo de las simpatías que halló en el general durante la travesía de Barcelona á Génova, que hizo con él cuando realizó su primer viaje á Italia. Tal vez tomaría entonces algún croquis de

(1) *Obsidio Bredana*, por el P. Hugo. Amberes, 1629.

aquel caudillo, al que luego pudo recurrir, pues en el cuadro de *Las lanzas* el parecido de Spínola con los demás retratos suyos es asombroso. Antes de comenzar su cuadro, se proveyó Velázquez de todos los datos que podían ilustrarle. No sólo puso á contribución la vista topográfica de Sneyers y la relación detallada del P. Hugo, sino que probablemente recogió en la corte noticias de testigos presenciales del memorable hecho de armas que se había encargado de representar. Sea como quiera, su obra presenta una exactitud absoluta.

Es bien conocida esta hermosa composición, en que el maestro, inspirándose sólo en la verdad, supo dar tan felizmente á la escena toda su significación pintoresca y moral. Por encima de los personajes presentes se desarrolla el vasto panorama de la ciudad, con sus fortificaciones, las dos corrientes de agua que se reúnen, y más cerca los bastiones y trabajos levantados por los sitiadores en mitad de una llanura inmensa, que allá en el horizonte va á confundirse con el cielo. Los dos estados mayores están formados uno frente á otro; á la izquierda, los holandeses, menos numerosos; á la derecha los españoles, y en medio, en el espacio que dejan libre, los dos personajes principales atraen naturalmente la mirada. El conde de Nassau, ligeramente inclinado, entrega las llaves de la plaza á Spínola, que con aire amistoso le pone afectuosamente la mano en el hombro, como para consolarle. Sin alegoría ni convención alguna trillada, la disposición es tan clara, los hechos están tan perfectamente especificados, que el espectador menos enterado del asunto comprende á primera vista de qué se trata. A poco que prolongue el examen, todos los pormenores contribuyen á confirmar su impresión. El aire y la luz circulan á oleadas por todas partes, envuelven y bañan los objetos y dan realce á los diversos personajes y á los diferentes grupos. En cuanto á la armonía, en que dominan los tonos castaños y azules difundidos por el cuadro, aunque moderada, es muy vivaz. Una infinidad de coloraciones diversas realzan la dominante y se unen ó se

oponen á ella con oportunidad exquisita. El fondo gris azulado del cielo y del horizonte presenta ese tono ligero, matizado, indefinible, familiar á Velázquez, y del cual se destacan tan francamente las figuras con claridad y vigor; debajo aquella faja de terrenos de una coloración neutra, aceitunada, sirve como de sostén y de reposo, en el centro de la composición. Aquí y allá humaredas rojizas ó blanquecinas, sombras que aparecen en la llanura, estandartes que flotan, casacas multicolores, toda la diversidad de contrastes que pueden presentar entre sí los verdes y los rosas, los amarillos y los grises hierro, vienen á reforzar la tonalidad general y la animan sin romper la unidad del conjunto. ¿Y qué decir, en fin, de aquella ejecución incomparable, siempre apropiada á los objetos, proporcionada á sus respectivas distancias, siempre libre, elegante, llena de abandono, de gracia y de seguridad? Tras esta facilidad aparente se oculta una habilidad maravillosa; pero, á decir verdad, cuesta trabajo descubrirla y parece que no hay nada más fácil que copiar este lienzo, tan propio para atraer á cualquiera que maneje los pinceles. Sin embargo, los que han cedido á esta tentación, han aprendido por experiencia propia cuántas dificultades encierra semejante empresa. Regnault, que parecía mejor preparado que nadie para llevarla á cabo, lo experimentó como otro cualquiera: «No he visto nada comparable á este hombre,—escribía con su entusiasmo expansivo.— ¡Qué colorido, qué encanto, qué aspecto tan nuevo y original! Es una pintura joven, sana, nacida sin esfuerzo, sin trabajo, sin dificultades. ¡Quisiera tragarme á Velázquez entero!» La digestión no dejó de ser laboriosa, y algunos días después, cuando se vió frente á frente con aquel modelo, comenzaron los apuros. «Decididamente, no es esto cosa fácil, pero nos apasiona—escribía de nuevo—y trabajamos todos los días desde las ocho y media de la mañana, hasta las seis de la tarde (1).»

(1) *Correspondance de H. Regnault*: Cartas á su padre, 24 Setiembre 1868.—Paris, 1872.

A pesar de éste ardor, y por interesante que pueda parecer á los que no han visto el original, ó habiéndole visto no han conservado de él más que un vago recuerdo, la copia de Regnault—que pertenece á la Escuela de Bellas Artes,—sorprende por su frialdad, por un no sé qué de artificial, de inerte y de helado. El color es superficial y un poco vano, y el lienzo no presenta, ni el aspecto magnífico, ni la riqueza de pormenores del original.

Si por tantas cualidades diversas, la obra de Velázquez es á propósito para cautivar á los artistas, merece igualmente llamar la atención de todo hombre de gusto, y, por los pensamientos que sugiere, tiene el valor de un documento histórico de los más interesantes. ¡Qué de contrastes entre los representantes de las dos naciones enemigas, reunidos en uno de esos momentos solemnes que deciden de los destinos de los pueblos! A pesar de su derrota y de las penosas pruebas del sitio, los vencidos hacen todavía buen papel. Firmes y correctos en su porte, se comprende que nada podrá triunfar de aquella tenacidad que debía asegurarles su independencia. Y del lado de los españoles, en cambio, ¡qué distinción natural, qué desenvoltura en las actitudes, qué belleza en muchos de aquellos varoniles rostros! Se ven reunidos allí algunos de los tipos más característicos de aquel valiente ejército, aguerrido en todos los campos de batalla de Europa; caballeros jóvenes y elegantes y capitanes encanecidos en la guerra, como el conde de Balanzón, que apoyado en su muleta acude á ver de cerca á los que le han privado de su pierna. Detrás de ellos están los soldados de los viejos tercios, cuyas lanzas, que han dado nombre al cuadro, rayan el cielo á intervalos casi regulares. En sus rostros curtidos, en su marcial aspecto, se reconoce á aquella infantería española «cuyos cuadros vivientes, parecidos á torres, pero á torres que saben reparar sus brechas», nos ha descrito tan exactamente Bossuet, como observa M. Justi. Hasta fijándose en los trajes mismos, los contrastes no son menos instructivos y sería fácil señalarlos también en-

tre los dos jefes, el uno rechoncho, un poco torpe, con ademanes lentos y pesados; el otro alto, arrogante y con aquella gracia y aquel talante benévolo que es como el adorno de su triunfo. También es un signo de los tiempos el que aquel jefe de rebeldes y de herejes haya podido, aun derrotado, ser admitido á tratar, bajo semejante pie de igualdad, con el representante del rey católico, tan pagado de la nobleza de su raza y de los derechos de su corona. Todas estas ideas, todos estos sentimientos y muchos otros, acuden en tropel, y como por sí mismos, al espíritu en presencia de esta pintura sincera, que los expresa en un lenguaje tan sencillo como noble, que es el mismo de la historia. El orden y el movimiento, la gravedad y la mesura, todas las secretas conveniencias que exige un asunto de esta especie, se agregan al encanto de la pintura en esta obra magnífica, que demuestra la inteligencia del artista tanto, por lo menos, como su talento.

VI

Desgraciadamente, las ocasiones de tratar asuntos semejantes eran raras. De ordinario, el pintor de Felipe IV estaba absorbido por el movimiento de la corte y por las ocupaciones de su cargo. Además de los retratos del rey, tenía que hacer los de la familia real y los de las personas que rodeaban al monarca. En ocasiones, le fué preciso desempeñar tareas bien penosas. Mas, por desagradables que pudieran ser, las cumplía siempre con la misma conciencia y la misma habilidad. Entre las más repulsivas puede contarse la obligación de retratar á los enanos y á los bufones del rey. La singular costumbre de divertirse con estos seres desgraciados, había sido muy general antes de aquella época en las distintas cortes de Europa; pero comenzaba ya á decaer, salvo en España, don-

de continuaba muy en boga. En el Louvre figura el retrato del enano de Carlos V, cuya fisonomía, áspera y chavacana, reprodujo con tanta fidelidad Antonio Moro. Felipe II gustaba más todavía que su padre de rodearse de estas caricaturas humanas, y en su reinado, una mujer barbuda, un hombre todo cubierto de pelos crespos y rizados y otros monstruos de diversas clases, gozaron sucesivamente de su favor. Felipe IV mostró á su vez igual depravación del gusto en este particular. Como sino tuviera bastante con todas las variedades de imbecilidad, de orgullo, de bajeza ó de codicia que podía observar entre sus cortesanos, había hecho reclutar para su palacio una verdadera colección de abortos de la naturaleza y de fenómenos. Por un refinamiento de crueldad, se les hacía beber á estos pobres seres, para excitarlos y hacerles reñir unos con otros, á fin de que resultasen aún más ridículos. Como por una alusión involuntaria á estos groseros instintos de un soberano que jamás desarrugaba el ceño, sacó Calderón á la escena en *El Médico de su honra*, á un rey que promete á su loco cien escudos cada vez que le haga reir, pero á condición de que por cada mes en que no lo consiga, le hará sacar un diente. Estos seres extraños y deformes, los *hombres de placer* del rey, como se les llamaba, formaban una especie de colección de animales raros; se les trataba como á los perros de palacio, junto á los cuales vivían las más de las veces, y, para dar la medida de su estatura, gustaban los pintores de representarlos al lado de aquellos animales.

En el Museo del Prado hay nada menos que siete retratos de cuerpo entero de estos bufones, pintados por Velázquez. El de uno de ellos, conocido con el nombre de Barbarroja, está tratado sumariamente, como un boceto; viste un traje de color rojo ladrillo y una capa gris; su aire es sombrío y extravariado y tiene en la mano una espada. Otro, de fisonomía inquieta y socarrona, llamado, por irrisión, D. Juan de Austria, tiene junto á sí, esparcidas por el suelo, diversas piezas de armadura, y, como para justificar su apodo, el artista ha figu-

rado en el fondo una batalla naval, queriendo recordar, sin duda, la victoria de Lepanto. El tercero, un enano que respondía al nombre de *Antonio el inglés*, se creía un personaje de importancia y se había satisfecho su vanidad dándole un magnífico traje de seda amarilla con dibujos recamados, un sombrero adornado de plumas y botas con vueltas. Aparece con aire arrogante y provocador, y se ve que está orgulloso de superar un poco en altura, estirándose cuanto lo permite su talla, al perrazo que tiene cogido de un cordón. El cuarto, Sebastián Morra, es un verdadere bruto, una especie de lisiado, cuyos rasgos duros y huraños nos presenta fielmente Velázquez. Sentado en el suelo, visto de frente en escorzo, con los dos puños apoyados como muñones sobre sus piernas rudimentarias, se diría que medita alguna maldad. La factura es ruda y la casaca de un verde sombrío, sobre la cual lleva una capa color rojo vinoso, es el atavío más adecuado para aquel tronco deforme rematado por un rostro tan maligno. La faz del quinto es, por el contrario, completamente inofensiva, casi inteligente, con sus grandes ojos, su ancha frente y su fino bigote retorcido. Tenía éste también su manía; le gustaba jugar al sabio, y Velázquez le ha pintado absorbido en sus pensamientos. Gravemente vestido de negro como un doctor, está instalado en el campo con su escribanía, sus libros y sus cuadernos, y tiene sobre las rodillas un *infolio* casi tan grande como él. Este *Primo*, como se le llamaba, era uno de los favoritos del rey, y acompañaba á la corte en todos los viajes. Olivares, que con el tiempo se hizo tan sombrío como su amo, gustaba de llevarle á su lado en su carroza.

Con su sinceridad absoluta y su perfecto conocimiento del rostro humano, Velázquez ha dado escrupulosamente á cada una de estas imágenes su carácter particular. Salvo en la última, se adivina en estas víctimas de los caprichos regios algo así como el rencor del oficio de bufones que les estaba impuesto, una expresión de rebeldía y de amenaza. Más de una vez, en efecto, usando de las libertades que se les concedían, se les

vió poner en ridículo á los más elevados personajes de la corte y vengarse á su manera, á fuerza de insolencias y de groserías, de los insultos á que ellos mismos estaban expuestos. Pero todavía son mejores los otros dos retratos, que pertenecen á esta misma clase. Verdad es que no se trata ya de bufones ni de locos, sino de simples y de idiotas. Uno de ellos, el *Niño de Vallecas*, pobre cuerpo enclenque, todo encorvado, de semblante dolorido, mira vagamente hacia delante con sus ojos vacíos de expresión, impregnados de indecible tristeza. El otro, el *Bobo de Coria*, es más conmovedor todavía. Acurrucado en el suelo, sonríe tristemente á su pintor, y como si le hubiese impresionado la conmiseración que éste le demostraba, palmotea para manifestar su contento. En la contracción de su frente se adivina el trabajo que se está operando en aquel cerebro atrofiado, para seguir algún esbozo de idea que le atraviesa. Diríase que aquella inteligencia rebelde se ha abierto á la piedad que ha encontrado en un alma noble y elevada. De esta suerte, con el más humilde de los modelos, supo hacer el maestro una obra conmovedora, que revela la bondad de su corazón al par que el brillo de su talento.

Los dos cuadros designados con la denominación, enteramente imprevista, de *Esopo* y *Menippo*, nos presentan en cambio personajes muy poco interesantes. En el pensamiento de Felipe IV, que los había encargado á su pintor, estaban destinados á decorar la *Torre de la Parada*, haciendo juego con un *Heráclito* y un *Demócrito*, obras muy medianas de la juventud de Rubens, á las que esta vecindad favorecía poco. Aunque los nombres están poco justificados y los tipos son muy desagradables, estos dos lienzos, ejecutados al final de la vida del artista, figuran entre los mejores que pintó. Son, á la verdad, meros estudios cuyos modelos pertenecían á esa categoría de cínicos y de insolentes, que abundaban en la España de entonces, como lo atestiguan sus propias novelas. *Esopo*, es un viejo bohemio, de tinte bilioso, con cabello cano, abundante y enredado como maleza. La mueca de su boca acentúa más

aún la ironía burlona de sus ojuelos. Cubierto con una hopalanda parda, y despechugado, tiene en la mano un librote, y, á sus pies, junto á una manta, una cubeta de agua pura á la cual tenía motivos para recurrir este personaje tan poco grato, pues lo que se ve de su ropa interior es más que sospechoso en punto á limpieza. El personaje que hace juego con él, *Menippo*, es un baladrón de peor especie todavía; éste no tiene ya ropa blanca que mostrar, pero se envuelve orgullosamente en su capa negra, raída por la miseria. Con su cara patibularia, su aire picaresco é insultante, su barba canosa, mira descaradamente al espectador, y su nariz de borracho protesta contra el cántaro de agua colocado junto á él. Muchos oficios, y no todos honrados, ha debido desempeñar antes de encontrar asilo en las antesalas de Felipe IV y de ejercitar su donaire cáustico á expensas de los cortesanos. Se comprende que gana á fuerza de insolencia el menguado salario que, de una manera muy irregular, le pagarían las arcas reales.

En estas diferentes obras, la franqueza de las actitudes y el sello individual de las fisonomías están plenamente esclarecidos por la grandeza de la factura y la misma sencillez de las composiciones. A veces, las figuras se destacan sobre un fondo uniforme; otras veces, como en el retrato del *Primo*, un jirón de paisaje, trazado á grandes pinceladas por encima de ese fondo, deja transparentar todavía á trechos su color negruzco. Con sobriedad extremada puso el artista junto á sus modelos algunos accesorios significativos, destinados á caracterizarlos mejor. Y, sin embargo, nadie ha pintado con mayor perfección esos papeles, esos libros, esos pergaminos, esos vasos, esas armaduras, que en ocasiones añaden una nota feliz á la armonía del cuadro. Se admira con razón en Chardin esa manera cargada de color, amalgamada, esas coloraciones sabrosas, llenas al par que discretas, ese toque variado que sobresale en resumir la forma y en especificar la sustancia de los diferentes objetos que combina en las naturalezas muer-

tas, y hasta esas naderías con que un pintor de esta especie consigue manifestar su talento. Pero, ¡cuán superior no le es Velázquez por aquella ejecución tan fácil como elegante, por la suprema gracia que presta á la verdad un tan maravilloso encanto de poesía, y á la imitación más fiel cierto aire de creación!

La despreocupación absoluta con que el pintor trataba á la antigüedad, llegando hasta á dar gratuitamente los nombres de Esopo y de Menippo á dos meros estudios, la hemos visto ya en su manera de entender la mitología y conservó hasta el fin esta independendencia respecto de las tradiciones. La *Venus echada*, que pertenece á lord Rokeby, no se parece en nada á la divinidad clásica á que nos han acostumbrado las obras de los maestros italianos. Extendida sobre un lecho cubierto por un paño negro, la diosa está de espaldas, pero su rostro se refleja en el espejo que le presenta un amorcillo arrodillado ante ella. Es este, que sepamos, el único estudio de mujer desnuda ejecutado hasta entonces en España, y probablemente lo pintó Velázquez por encargo del rey. Igualmente es una excepción en la obra del artista, así que en la exposición de la Royal Academy, de 1890, en que figuró este cuadro, no faltó quien negara su autenticidad. Prescindiendo de la prueba decisiva que suministra su procedencia (1), la libertad y la franqueza personalísima de la factura bastarían por sí solas para justificar el que se le atribuya á Velázquez. M. Justi observa, á este propósito, que semejante desnudez no hubiera sido del gusto del honrado Pacheco si hubiera vivido entonces, puesto que aconsejaba á los pintores no recurrir á modelos femeninos más que para el rostro y las manos. «En cuanto á lo demás, decía, pueden valerse de yesos, de dibujos ó de grabados de maestros extranjeros.»

Pacheco al adoptar esta reserva, no hacia más que acomodo-

(1) Esta *Venus del espejo* figura en los inventarios del palacio Real de Madrid en 1686, y pueden seguirse sus vicisitudes hasta que llegó á manos de su poseedor actual.

darse á su papel oficial de censor y de custodio legal de las reglas establecidas. La Inquisición castigaba, en efecto, con la excomunión al autor de todo cuadro lascivo, sin perjuicio de una multa de quinientos ducados y de un año de destierro. Pero hasta la misma Inquisición transigía, pues Felipe II había encargado á Ticiano (verdad es que fuera de España) más de un cuadro de asunto muy atrevido, y Felipe IV, tan rígido en materia de ortodoxia como su abuelo, no se privaba de tener en su alcoba cuadros que representaban las escenas más libres, como el *Jardín del Amor*, de Rubens, al lado de la *Santa Familia* y otras composiciones religiosas que había reunido. ¿Fué por un resto de escrúpulos, como se ha dicho, por lo que Velázquez no se atrevió á presentar de frente su Venus, como lo habían hecho los maestros venecianos y el mismo Rubens? Sin detenernos á examinar explicación tan extraña, creemos simplemente que la postura que dió á la joven que le sirvió de modelo, le tentó principalmente porque ponía más de relieve la elegancia de las formas y la frescura de aquel cuerpo esbelto y flexible por el que circulaba una sangre generosa. Mejor todavía que los rasgos del semblante reproducidos vagamente en el espejo, la finura del talle y la curva fuertemente acusada de las caderas, revelan un tipo francamente español, que evoca el recuerdo de las gitanas de Andalucía.

El *Marte* del Museo del Prado se aparta más aún de la idea que su nombre despierta, y no es, á la verdad, más que un modelo de pintor, en el descanso, colocado en actitud que recuerda un poco la del *Pensador* de Miguel Angel. El artista ha tenido la idea de calarle un casco que sombrea su rostro y de colocar á sus pies una rodela, una coraza y una espada. Un paño azul vela su desnudez y aparece sentado sobre una tela de un rojo laca. Sin ser vulgares, sus formas, un poco pesadas, carecen de distinción, y el maestro las ha copiado con su habilidad ordinaria tales como las veía. En resumen, la figura está algo desprovista de carácter y carece en absoluto de estilo. En el grupo de *Mercurio y Argos*, la composición es,

por el contrario, tan sorprendente como pintoresca, y Velázquez, conservando su libertad de siempre, ha sabido darla un sesgo muy original. Anochece, y en el cielo de un azul sombrío, iluminado todavía en su base por el resplandor blanquecino del crepúsculo, empiezan á aparecer las estrellas. Bajo estas claridades dudosas, las siluetas de los dos personajes se destacan francamente, la de Mercurio arrastrándose sobre las rodillas y las manos en la sombra, como conviene al dios de los ladrones, y la de Argos abrumado por el sueño, medio envuelto en una luz misteriosa en la cual están ampliamente indicadas sus formas. El efecto es sorprendente, aunque está encerrado en una *gamma* sorda, compuesta de tonos neutros, poco definidos, pero transparentes á pesar de su intensidad; grises de hierro, castaños negruzcos, azules que se contraponen á los rojos, sin otra coloración viva que la especie de chal púrpura que lleva echado á la espalda Mercurio. El conjunto denota una obra de la plena madurez del artista, de armonía personalísima y perfectamente apropiada al asunto.

Obligado á mudar continuamente de trabajos para satisfacer los caprichos de su amo, Velázquez pasaba, á voluntad de Felipe IV, de una composición mitológica á un asunto religioso. Así fué como pintó en 1638, para la sacristía de un convento de Benedictinos frecuentado por la corte, el gran *Cristo crucificado* que hoy se encuentra en el Museo de Madrid. En una obra de este género era forzoso, sin duda alguna, acomodarse á las fórmulas consagradas. Sin tratar de modificarle en nada, aceptó el artista el programa que le estaba impuesto. El cuerpo, flaco, estirado, visto de frente, se destaca, con su blancura de marfil del fondo, de un negro intenso. Sólo la cabeza, ligeramente inclinada hacia la izquierda y medio oculta por la larga cabellera, presta un poco de animación y de movimiento á esta silueta regular y simétrica. La ejecución, muy detenida, poco visible, revela un cuidado respetuoso. Como vivía en España, el artista no economizó la sangre, que corre en abundancia de las llagas del

Divino Mártir; mas para confesar su fe, el creyente puso en los rasgos de aquel augusto semblante un aire de resignación, al par que la majestad solemne de la muerte.

A pesar de las rigurosas reglas que presidían á la representación de los asuntos religiosos, Velázquez mostró muchas veces al tratarlos, la originalidad de que habia dado pruebas en su juventud, cuando pintó *La Adoración de los Reyes Magos*. El *Cristo en la Columna*, adquirido recientemente por la *Nacional Gallery*, nos ofrece un nuevo ejemplo. Este episodio, tomado del relato de la Pasión, no habia inspirado jamás á los predecesores de Velázquez, al menos tal como se lo representó nuestro pintor. Después de haber sufrido las burlas y los insultos de sus perseguidores, el Cristo acaba de ser abandonado en la prisión por sus verdugos. Las disciplinas con las cuales le han azotado están junto á él, y sentado sobre el suelo, medio desnudo, con las manos atadas, vuelve pensamente la cabeza hacia un niño, que de hinojos cerca de él, le reza con recogimiento. Junto al niño, un ángel en pie, le hace fijar la atención en el Cristo. Salvo el castaño anaranjado y el rojo laca de las vestiduras del ángel, la tonalidad es gris, y la tristeza de estas coloraciones voluntariamente amortiguadas da á la escena un aspecto sorprendente. Mientras en el cuadro anterior, el cuerpo del Cristo aparecía flaco, estirado, en éste el artista ha dado más amplitud á sus proporciones, como para señalar mejor el contraste que ofrece aquella naturaleza vigorosa, abatida en plena juventud por los tormentos que ha sufrido.

La coronación de la Virgen—que pertenece al Museo del Prado—aunque data de los últimos años de Velázquez, nos desconcierta á primera vista por su extrañeza y por cierta semejanza con los cuadros de los pintores de la decadencia italiana, especialmente con los de Barroccio. Estos asuntos místicos, de cuya gracia un poco sosa hizo el gasto el talento de Murillo, no son á propósito para Velázquez. Mirando el lienzo más de cerca, reconocemos, sin embargo, á su autor en la

amplitud del dibujo, en la ejecución firme y flexible, en aquella manera de colocar los paños en las figuras, que deja adivinar sus formas y sus movimientos bajo las telas ceñidas ó flotantes, cuyos pliegues están repartidos con arte, sin rigidez pero sin flojedad. Los rojos y los azules que habíamos observado ya en el *Marte descansando*, son característicos de esta época de Velázquez, y en la combinación de esos rojos y esos azules con el violado, que es como su resultante, buscó el artista los elementos de una armonía nueva, cuyas coloraciones, un tanto acentuadas, difieren sensiblemente de sus tonalidades habituales, más discretas casi siempre. El tipo, muy español, de la Virgen, no está desprovisto de belleza, y su expresión encantadora está llena de una púdica gracia (1). En cuanto á las cabezas de los querubines que revolotean de dos en dos por un cielo gris, sembrado de nubes blancas, sólo Velázquez era capaz de pintar con aquella amplitud y aquella ligereza sus caras inteligentes, sus mejillas redondas y encarnadas y la rubia madeja de sus rizadas cabelleras.

VII

Este trabajo tan fácil, tan expeditivo, tan maravillosamente propio para reproducir la frescura y la animación de los rostros jóvenes, demuestra con qué superioridad hubiera podido el discípulo de Pacheco ejecutar retratos de mujeres y de niños. Pero los niños que tuvo que retratar no tenían ni apariencia de salud, ni naturalidad. Retoños tardíos de una raza empobrecida, linfáticos, paliduchos, aprisionados en las fundas ridículas que les servían de vestidos, los infantes ó las infantas

(1) Hay que confesar, sin embargo, que la sombra que cae sobre la mejilla izquierda del gracioso rostro de la Virgen, altera un poco el óvalo y hace parecer más estrecha la mejilla.

de España ofrecían á Velázquez modelos poco á propósito para excitar su numen. Amoldados desde la edad más tierna á la etiqueta de la corte, capaces de permanecer tranquilos durante horas enteras cuando asistían á las ceremonias oficiales, no debían de dejar ver en su semblante ninguna de las impresiones que experimentaban. Velázquez los retrató tales como eran, con ese aire triste y aburrido, que la vida á que estaban condenados iba dando poco á poco á sus fisonomías. Los retratos de mujeres que tenía que hacer tampoco eran atractivos. Aun prescindiendo de los tipos ingratos que ofrecían los miembros de la familia real, las condiciones de los trajes que debía reproducir el pintor no le dejaban gran latitud. Mientras que las obras de los italianos, como las de Ticiano, por ejemplo, mostraban á cuál mejor admirables criaturas en el pleno florecimiento de su robusta belleza, con su tocado elegante, su cuello descubierto, sus espaldas y su pecho desnudos, y una verdadera riqueza de ceñiduras para hacer resaltar las formas, Velázquez tenía que luchar con las prescripciones de una gazmoñería severa é intolerante. Aquellos rostros voluntariamente inertes, aquellos cuellos disimulados por gorgueras tiesas y opacas, aquellos corpiños altos, cuidadosamente cerrados, eran como un último resto de las costumbres orientales aclimatadas en España durante la larga ocupación de los moros.

A pesar de estas restricciones, el artista supo dar al retrato de Isabel de Borbón, la primera esposa de Felipe IV, algo del agrado y de la gracia que aquella francesa desterrada al otro lado de los Pirineos esparcía en torno suyo; la expresión de dulzura y de bondad que con el tiempo le ganó todas las voluntades. Pero después de la muerte de la reina, la etiqueta de la corte se hizo cada vez más despótica. Una especie de tontillos anchos y rígidos, llamados *guardainfantes*, rodeaban á las princesas de la sangre, á manera de gaviones, para que nadie se aproximara á ellas demasiado. En las danzas en que tomaban parte estaba prohibido tocar sus manos, y ni

siquiera podían adivinarse sus pies, ocultos por aquellas alambreras voluminosas. Refiere M. Justi á propósito de esto, que á la llegada á España de la archiduquesa Mariana de Austria, que á la edad de catorce años iba á ser la segunda mujer de Felipe IV (1), los comisionados de una ciudad situada en el camino, quisieron ofrecerle como presentes algunos de los productos más renombrados de la industria local, figurando entre los regalos medias de seda. Al verlas, el mayordomo, indignado por semejante inconveniencia, se las arrojó á la cara al mal aconsejado donante, diciéndole: «Deberíais saber que las reinas de España no tienen piernas»; al oír lo cual, la princesita se echó á llorar, creyendo cándidamente que en Madrid iban á amputarle las suyas.

Aparte de los personajes de la corte, Velázquez tuvo que retratar á algunos huéspedes extranjeros que permanecieron más ó menos tiempo en Madrid. En la primavera de 1637 ejecutó el retrato de María de Rohan, duquesa de Chevreuse, que, refugiada en España huyendo de las persecuciones de Richelieu, trastornó muchas cabezas. Desgraciadamente, no se conserva esta pintura. Apenas podemos señalar, entre los escasos retratos de mujeres que nos ha dejado Velázquez, más que los de tres desconocidas: el busto de perfil del Museo del Prado, conocido por el nombre de la *Sibila*, y que pasa por ser el de la esposa del pintor, del cual ya hemos hablado; el retrato de medio cuerpo de Juana de Miranda (2), una fisonomía fina y agradable, de frente despejada, ojos pardos inteligentes y aire de elegancia y de distinción naturales, tanto en la postura como en el traje; y, por último, el que forma parte de la colección de Sir Richard Wallace, la *Señora del abanico*, una figura francamente española por el tipo, los ademanes y el vestir. Alta, un poco gruesa, pero de buen aire, está de pie, vista casi de cuerpo entero, y el carmín de su tez le realzan

(1) El rey, su tío, tenía treinta años más que ella.

(2) Después de haber pertenecido á Lord Ward Dudley, ha pasado recientemente al Museo de Berlin.

más aún sus cabellos castaños, que le caen sobre la espalda, y el tono aceitunado de su traje. Sus dos manos están enguantadas; con la izquierda sujeta los pliegues de su mantilla negra; rodean su muñeca las vueltas de un rosario y en la mano derecha tiene un abanico abierto. A pesar del sencillo corte y del color severo del vestido, es éste, como ha observado M. Justi, un verdadero traje de batalla, caracterizado claramente por los tres accesorios obligados del atavío de una española: el rosario, cuyas cuentas acaba de pasar, el abanico siempre en movimiento, que sus ágiles dedos saben manejar tan hábilmente, y por último, la mantilla en que se envuelve, esa coqueta mantilla tantas veces maldita por los confesores y los maridos, y que, sobreviviendo á los edictos reales que la prohibieron, ha llegado hasta nuestros días. Los grandes ojos pardos, enigmáticos, de la dama, su expresión placentera y el corpiño un poco descotado, que deja entrever el nacimiento del pecho, completan el conjunto, cuya expresión ambigua, «mezcla de pasión y de frialdad, de frivolidad y de devoción, de franqueza y de picardía», caracteriza M. Justi de un modo muy gráfico. Al ver esta imagen tan significativa, tan bien concebida, ejecutada á la perfección y que nada tiene de común con los retratos de aparato, no podemos menos de lamentar que el artista no tuviese ocasiones más frecuentes de pintar con la misma libertad otros retratos de mujeres.

En cambio, sus retratos de hombres son muy numerosos y dan plenamente la medida de su talento. Su reunión formaría una galería casi completa de los hombres notables de España en aquella época; todas las edades, todas las condiciones, todos los temperamentos, están representados. Pero la dificultad de elegir entre tantas obras maestras nos obliga á ser concisos. Nos contentaremos con citar el lienzo, que hoy se conserva en la galería de Módena, en que aparece el rostro encantador de aquel joven duque Francisco de Este, tan obsequiado por Felipe IV durante el tiempo que fué su huésped, y que lleva en el reverso de un medallón adornado con brillantes el retrato

del rey en miniatura; el retrato del almirante Adrián Pulido (colección del duque de Arcos), figura resuelta, de anchas espaldas y sólido armazón; el del conde de Benavente (Museo del Prado), cubierto con una armadura damasquinada de oro, una fisonomía plácida de guerrero encanecido en el servicio de la corona. En Milán, en la colección del príncipe Pío de Saboya, se conserva otro retrato, identificado por M. Justi, el del viejo marqués de Castel-Rodrigo que fué virrey de Portugal. Luego viene un príncipe de la Iglesia, diplomático hábil, el cardenal Borgia, cuyo retrato figura en el Staedel's Institut de Francfort. Su cabeza extraña, angulosa, de mejillas chupadas, pómulos salientes, ojos pequeños y penetrantes hundidos en sus órbitas, verdadera cabeza de político implacable, fué pintada hacia 1640, con la sinceridad absoluta de un Holbein. A continuación debemos recordar los cultivadores de las letras y las ciencias, como Quevedo, amigo de Velázquez, una cara honrada y buena de poeta, cuya sagaz mirada se disimula tras los anteojos, ó bien desconocidos cual el *Geógrafo* del Museo de Rouen y el *Viejo* de la galería de Dresde, sin contar los retratos de personajes de la corte, los del ministro conde-duque de Olivares, ejecutados poco antes de su caída; el de Julianillo (Bridgewater House), hijo natural de Guzmán, cuyos rasgos graciosos recordarian sin duda los de su madre doña Isabel, una belleza muy admirada en Amberes en otro tiempo; por último en Dulwich College se conserva otro retrato del rey pintado en Fraga, en 1644, por Velázquez, que acompañó al monarca en su expedición á Aragón (1). El real modelo está representado hasta la mitad de las piernas, de pie, con un traje de corte, rojo claro bordado de plata, de un tono delicioso. Tiene en una mano el sombrero y en la otra el bastón de mando, lleva el bigote arrogantemente retorcido, y su actitud es resuelta, pero su semblante parece fatigado y sus manos

(1) Se ha hallado entre las cuentas del viaje la del carpintero que abrió una ventana y dispuso un caballete en el estudio improvisado por Velázquez.

adelgazadas. «Verdadera obra maestra de color y de distinción, clara y delicada como el mejor Metzú»; así juzga este cuadro Burger, que desde hace mucho tiempo llamó la atención sobre el mérito de esta exquisita pintura.

Dos de estos retratos, por su superioridad visible, merecen algo más que la breve mención á que hemos tenido que limitarnos al hablar de los anteriores. Uno de ellos ha pasado durante mucho tiempo por ser el de Alonso Cano, y todavía aparece así en el Catálogo del Museo del Prado. M. Lefort fué el primero que reconoció en él los rasgos del escultor Montañés, y M. Justi, por su parte, ha llegado á la misma conclusión. Montañés era, como sabemos, amigo de Velázquez, que le conoció en Sevilla en casa de Pacheco. El artista le representó con el desbastador en la mano derecha, trabajando en un busto colocado delante de él que sería quizá el del monarca; pues el escultor viste en lugar de la blusa del estudio, un traje más correcto, una túnica negra ceñida á la cintura por un cinturón de cuero. Aparece de medio cuerpo, con la cabeza vuelta hacia el espectador. Aunque es ya viejo, pues clarean sus cabellos canos, su bigote es también canoso y su perilla enteramente blanca, conserva toda su energía. El semblante respira franqueza é inteligencia; la mirada, llena de fuego y de voluntad, revela al artista observador, que trata de descubrir en la realidad los rasgos verdaderamente característicos, los que debe retener y esforzarse en reproducir. El retrato es modelo de exactitud perfecta, obtenida por los medios más sencillos, con coloraciones reducidas á lo estrictamente necesario: los blancos de la gorguera y de las mangas y los negros del traje, combinados para dar un relieve y un brillo maravillosos á las encarnaciones, fuertemente iluminadas, todo contribuye en este lienzo á hacer que el efecto sea admirable.

La misma fuerza, con una sobriedad mayor aún, se revela en el hermoso retrato de Dresde, en que M. Justi ha logrado reconocer el tipo de un cierto Juan Mateos, montero mayor de

Felipe IV. De carnes un poco flojas, tinte bilioso, facciones irregulares, nariz gruesa, boca contraída, ojos pequeños y sombríos albergados bajo espesas cejas, papada que se acentúa ya bastante, cabellos canosos y cortos, las manos apenas indicadas, por traje una casaca negra de rayas alternativamente mates y brillantes con un cuello blanco, por fondo un tono gris neutro, del cual se destaca el personaje con más vigor hacia la derecha del lienzo y con más luz á la izquierda, no ofrecía, como se ve, grandes recursos á un pintor, ni le prometía gran interés; sin embargo, á pesar de aquellas coloraciones severas y de aquel tipo un tanto huraño, el retrato de Dresde figura dignamente entre los mejores lienzos del maestro. Tal vez á causa de la misma insignificancia del modelo y de la sencillez del procedimiento, las cualidades de Velázquez aparecen con mayor esplendor. No se cansa uno de admirar esa manera discreta, inimitable, de manejar el color con tanta parsimonia, de hallar en una paleta, cuya pobreza parecería embarazosa á los más hábiles, esos tonos raros, nacarados, matizados y sutiles; de obtener con esa sobriedad de coloraciones tan maravillosa riqueza. Y ¡qué motivos de admiración también en esa luz, ni amarilla, ni fría, siempre límpida y pura; en ese dibujo que no se traduce en un rasgo duro, sino que se traza con tan exacta proporción de los salientes, hasta en las inflexiones más delicadas del relieve; en aquella empastación abundante y generosa pero jamás recargada; en aquella ejecución en fin, flexible ó precisa, siempre animada, siempre inteligente y que subordina todas sus habilidades á la expresión de la vida y del carácter!

La afabilidad, el tacto y la discreción de Velázquez contribuyeron tanto como su talento á asegurarle el favor creciente del rey. Pero si poco á poco había ido adquiriendo honores, sus emolumentos no habían aumentado casi. Los apuros económicos de la corte de España se agravaban de día en día, y aunque el sueldo del pintor era muy módico, se le pagaba de un modo irregular. En 1634 le costó mucho trabajo obtener mil

ducados por diez y ocho cuadros que había entregado al rey. Aquel mismo año se casó su hija Francisca con el pintor Juan Bautista del Mazo, y Velázquez cedió á su yerno el cargo de ujier de palacio que había ocupado hasta entonces. Poco después, «encontrándose muy necesitado», como él mismo decía en un memorial dirigido á Felipe IV, reclamaba mil quinientos reales que se le debían de su sueldo, sin contar el precio de los cuadros que había pintado. En 1640, un decreto fijó sus honorarios en quinientos ducados anuales; pero el pago se hacía siempre esperar, y en 1648 los atrasos ascendían á tres mil cuatrocientos reales. El pintor tuvo que admitir una transacción con el Tesoro, por virtud de la cual el rey elevaba á setecientos ducados su sueldo á fin de que pudiera cubrir sus necesidades, y en cambio Velázquez condonaba las cantidades que se le debían por atrasos.

Sin preocuparse con esta penuria rentística, Felipe IV, lejos de contener sus gastos, se dejaba llevar de su afición á edificaciones costosas y á la adquisición de obras de arte de todas clases. A consecuencia de las reformas hechas en el palacio de Madrid, se trató de decorar las nuevas habitaciones, de amueblarlas con lujo y de adornarlas con cuadros y esculturas, principalmente la sala octogonal situada encima de la puerta principal del alcázar. El rey soñaba con hacer algo parecido á la *Tribuna* de Florencia, instalando allí las más hermosas obras de sus colecciones. Deseaba también tener vaciados de las estatuas antiguas más célebres, y no había renunciado al proyecto, concebido ya por Felipe III, de establecer en Madrid una Academia de Bellas Artes. Velázquez, nombrado desde el mes de Marzo de 1647 inspector y tesorero del ramo de edificios, había dirigido personalmente el arreglo de la sala octogonal.

Por su gusto y por su carácter, era la persona más indicada para dirigir las adquisiciones nuevas que el rey pensaba hacer en Italia. Encargado de una misión especial para este efecto, se embarcó en Málaga el 2 de Enero de 1649, habiénd-

dose retardado un tanto su partida por la penuria absoluta del Tesoro.

Era entonces cosa delicada la adquisición de obras de arte. A medida que habían ido aumentando los aficionados, las ocasiones se habían hecho más raras. Para aprovecharlas, se necesitaba desplegar mucho celo y mucha diplomacia, aparte de pagar en dinero contante, y se requería también ser muy conocedor de la pintura, para no dejarse engañar por las hábiles copias que circulaban como originales. Venecia era en aquellos momentos el gran mercado de las curiosidades, y por otra parte, allí le atraía también á Velázquez su predilección por los pintores de aquella escuela. Un escritor de la época, Marco Boschini, que vió entonces al artista, alaba la dignidad de sus maneras y el agrado de su persona. En un diálogo, fingido por él, entre Salvator Rosa y Velázquez, éste último, preguntado acerca de sus preferencias artísticas, responde á su interlocutor: «Hablando con entera franqueza, debo confesaros que Rafael no me agrada en manera alguna», y como Salvator replicase: «Según eso, ¿no habrá en Italia artista á quien podamos dar la corona?» D. Diego replica: «En Venecia es donde se encuentra lo bueno y lo bello, allí están los maestros del pincel y el Ticiano lleva el estandarte (1).» Por lo que toca á la opinión de Velázquez sobre Rafael, aun admitiendo que se apoye en algún dato positivo, probablemente la exageraría, en beneficio de su causa, Boschini, cuyo fin era la glorificación de Venecia. No debemos, pues, ver en ella más que una expresión de la preferencia, muy natural por cierto, que el maestro español debía experimentar por los grandes coloristas, á los cuales le acercaba su temperamento.

De Venecia, donde no pudo comprar más que algunos lienzos del Tintoretto y de Pablo Veronés—entre ellos una *Venus y Adonis* del último,—se dirigió Velázquez, pasando por

(1) Este diálogo forma parte de un poema de Boschini, escrito en dialecto veneciano: *La Carta del navegar pintoresco*, Venecia, 1660.

Roma, á Nápoles, para presentar sus cartas de recomendación al virrey, á quien se encargaba en ellas que le facilitara por todos los medios posibles su misión. En aquella ciudad encontró á Ribera, su compatriota, á quien había conocido veinte años antes, cuando hizo su primer viaje, y que, laborioso y fecundo siempre, había engrandecido su estilo bajo la influencia del Dominiquino. Pero donde se detuvo principalmente Velázquez fué en Roma. Afluían allí por entonces pintores y escultores, y entre ellos figuraban grandes señores como Pedro de Cortona, el Calabrés y Salvator Rosa, que andaba siempre escoltado por un séquito de admiradores; bohemios tales como el Guercino y Miguel Angel Cerquozzi, famoso por sus bufonías, y solitarios como nuestro Claudio y Poussin, cuyo carácter era tan propio para agradar á Velázquez. Este se relacionó con Algardi y Bernini, á los cuales hizo muchos encargos en nombre del rey de España. Con gran trabajo pudo reunir igualmente para el monarca, reproducciones de más de treinta estatuas antiguas, bajo-relieves, bustos de emperadores romanos y un vaciado de la cabeza del *Moisés* de Miguel Angel. Por último, consiguió que entraran al servicio de Felipe IV dos hábiles decoradores, Matelli y Colonna, después de haberse asegurado por sí mismo de que poseían las cualidades requeridas para lo que de ellos se esperaba.

Se comprende fácilmente que las visitas á los estudios y á los museos, las gestiones encaminadas á obtener autorización para ejecutar los vaciados, las negociaciones con los vendedores y los corredores con quienes tuvo que tratar, le hicieran perder á Velázquez mucho tiempo, cosa que para hombre tan activo debía de ser muy enojosa. Bien pronto iba á indemnizarse de todas estas molestias, pintando una obra maestra. Aunque el Papa Inocencio X no era muy aficionado á los pintores, se decidió á hacer una excepción en favor de aquel hidalgo español, cuyas maneras le habían encantado, y consintió en dejarse retratar por él. Mas, á fin de aprovechar mejor este honor, el artista, que probablemente no habría cogido un

pincel desde su salida de España, pensó con razón que antes debía soltarse un poco la mano. Tenía justamente á su disposición á su servidor y discípulo Juan de Pareja, que había ido con él á Italia, y el estudio, rápidamente hecho, que pintó de aquel rostro moreno, coronado por una abundante cabellera negra y crespa, señal de su origen africano, obtuvo tal triunfo cuando fué expuesto en el Panteón, que la Academia de San Lucas admitió á Velázquez por aclamación entre sus miembros.

Recobrada ya la plena posesión de sus facultades, Velázquez podía abordar con más confianza la tarea de que se había encargado. No era fácil, sin embargo, esta tarea. Aparte de que el Papa sólo podía concederle contadas y breves sesiones, el modelo cuyas facciones tenía que reproducir era poco agradable, ó, hablando con mayor exactitud, de una vulgaridad y una fealdad proverbiales. Sus cejas arqueadas y fruncidas por encima de una gran nariz, su boca grande de labios repulgados; su barba, naturalmente larga, prolongada más aun por una perilla canosa, no formaban ciertamente un conjunto propio para inspirar al pintor. Pero el artista emprendió resueltamente su trabajo, y la premura misma que se impuso sirvió para excitar su numen. El Papa está representado hasta la mitad de las piernas en plena luz, y en una postura muy natural, sentado sobre un sillón, en los brazos del cual se apoyan sus dos manos. El sistema adoptado para las coloraciones no puede ser más sencillo; la gorguera, las mangas y el roquete son blancos; el sillón, las colgaduras, el solideo y el mantelete rojos; las carnes son firmes y frescas como de un hombre de temperamento robusto, y la frente, la nariz y las mejillas aparecen lustrosas á trechos. Inocencio X contaba entonces setenta años, y al decir de sus contemporáneos tenía todavía el semblante, el aire y la voz de un hombre en toda la fuerza de la vida. El retrato, en lo que podemos apreciar, comparándole con el hermoso busto de Algardi, es de un parecido asombroso. En el calor y el im-

petu de la improvisación, el artista dió siempre en el blanco; pero, como lo demuestran las numerosas enmiendas que hizo, no rehusó, en el curso de su trabajo, mejorar su obra para hacerla perfecta. La ejecución es un prodigio de vida, de ingenio y de seguridad. Aquella es, como observaba Boschini, la hermosa maniobra veneciana del pincel, *il vero colpo venetian*, y por otra parte aquellos rojos tan variados y magníficos que hacen juego con los blancos y los grises y hacen resaltar tan bien las encarnaciones, forman una armonía de distinción y riqueza extraordinarias. Y con todo, á pesar de esta maestría, no se descubre pretensión ni amaneramiento alguno. Por excelentes que sean los medios, no se piensa en ellos, tan subordinados están á la expresion. «Aquel pobre tonto, aquel pedante gastado» como llama Taine á Inocencio X, tiene un aire magnífico. A pesar del brillo triunfante de los rojos, que dominan en este lienzo, la cabeza es lo que atrae la atención, y en aquella cara sanguínea, tan delicada y francamente reproducida, la mirada de los ojos grises azulados es lo que retiene y fascina al espectador. Centellea esta mirada bajo las espesas cejas, y se ve en ella, al par que la clarividencia del hombre de Iglesia habituado á escudriñar en las conciencias, la perspicacia y la impasibilidad del diplomático y la autoridad del Papa, investido del poder soberano por excelencia, del que se ejerce sobre las almas. Cuando le observáis, no es él quien se entrega; por más que le contempléis fijamente, es él quien penetra en vosotros y os persigue con sus mudas é irresistibles interrogaciones. Junto á esta figura enigmática y admirable, las demás pinturas de la galería Doria, que, sin embargo encierran tantas obras maestras, parecen vagas é inertes; diríase que son fantasmas, mientras que al cabo de muchos años, el recuerdo que se conserva de la obra de Velázquez, permanece en el espíritu, radiante é indeleble.

La admiración que produjo este hermoso lienzo fué unánime. En medio de los convencionalismos rutinarios á los cuales obedecían entonces la mayor parte de los artistas italianos, pare-

cía mayor aún la vida de aquel cuadro. Lejos de dejarse arrastrar por lo que había visto en Roma, el pintor extranjero manifestaba victoriosamente su originalidad, y en lugar de las enseñanzas que había venido á buscar, era él quien daba lecciones á los otros. Para mostrarle su satisfacción, le regaló el Papa una cadena de oro con un medallón suyo colgado. La cuñada de Inocencio X, la célebre doña Olimpia, dos camareros del Papa, su mayordomo y hasta su barbero quisieron á su vez ser retratados por Velázquez, y Palomino, á quien debemos estos pormenores, añade que tales retratos, que han desaparecido, estaban ejecutados «á la valiente manera de Ticiano, con aquellos pinceles de largos mangos, de que se servía habitualmente el artista». Además de las reproducciones algo modificadas, que poseen el duque de Wellington (Apsley-House) y el Museo del Ermitage, el retrato de Inocencio X ha sido copiado muchas veces. Se conocen nada menos que quince copias antiguas, y Reynolds, después de terminada la suya, declaró que, á su juicio, la obra de Velázquez era la más hermosa pintura que había en Roma.

EMILIO MICHEL.

REVISTA MUSICAL

El Conservatorio y el Teatro Real.—Bibliografía musical.—«Les Musiciens neerlandais en Espagne du douzième au dixhuitième siècle.» «Charles Quint musicien», por M. Edmond Vander Straeten.—Antología de música religiosa española, por D. Felipe Pedrell.

LAS vicisitudes de la vida humana, ayudadas por el tiempo y la muerte que todo lo cambian, han venido á colocar los dos centros principales de cultura musical de España en distintas manos de aquellas que durante muchos años habían regido sus destinos. El Conservatorio y el Teatro Real han sido blanco de constantes y duras censuras del público y de la prensa, que durante mucho tiempo han exigido reformas ó innovaciones en diversos sentidos. La terminación del contrato con el conde de Michelena y más tarde su muerte, á la que tal vez han contribuido los disgustos y pérdidas que sufrió en plaza tan codiciada, han venido á poner al Teatro Real en manos de nueva empresa, de la que es representante D. Luciano Rodrigo.

La muerte del ilustre Arrieta dejó vacante el puesto de director, que el gobierno ha conferido al célebre violinista compositor D. Jesús de Monasterio, recompensando así justamente su mérito artístico y sus eminentes servicios al arte patrio. Este cambio de decoración inicia un período de tregua á las reclamaciones de los descontentos, ganosos de ver aten-

didados sus deseos en lo sucesivo, y dispuestos al aplauso ó á la censura según el camino que sigan ambos establecimientos. Respecto al Conservatorio, el ministro de Fomento, conoedor del mundo y de los hombres, y con objeto de evitar al Sr. Monasterio la responsabilidad, ó por mejor decir la odiosidad que llevan consigo las reformas, sobre todo si ha de haber víctimas de ellas, ha nombrado una comisión para que, estudiando la organización actual, proponga las modificaciones que crea convenientes.

La idea es excelente y prueba el mejor deseo; pero sería preciso saber ante todo qué es lo que el gobierno quiere organizar en el Conservatorio, y si éste ha de ser, como hasta aquí, un centro de propaganda de la enseñanza musical, ó una escuela de perfeccionamiento de la misma; porque en el primer caso, valdría mejor dejar las cosas como están, por aquello de que vale más lo mediano conocido que lo bueno por conocer. Como vulgarizador y apóstol del Arte músico, el Conservatorio ha llenado perfectamente su fin, creando los elementos de la vida musical española actual, notable por la cantidad más que por la calidad.

Si se desea tener una escuela de perfeccionamiento, como las de Bélgica, Alemania, Austria y Francia, en ese caso hay que pensar en organizar la primera enseñanza en las escuelas primarias de modo que el ingreso en el Conservatorio exija un examen que pudiera llamarse de bachiller en música, propio de aquellos que desean dedicarse seriamente á este arte por carrera ó por gusto. Así tal vez pudiera evitarse el hecho lamentable de que un alumno que aquí obtuvo un primer premio, crea necesario ir á buscarlo de nuevo en un conservatorio extranjero. Sin salir del presupuesto actual, puede organizarse la enseñanza de Música y Declamación con pocos profesores bien retribuidos, trayendo de fuera lo que aquí no pueda encontrarse.

Esto se ha hecho en Bruselas, Berlín y Viena, donde la enseñanza musical ha llegado á mayor grado de perfección;

pero de nada servirán los trabajos de la comisión si no se adopta el principio de cortar de raíz la costumbre hoy establecida de dedicar á músico ó actor al que no tiene capacidad para seguir otra carrera, ó al que por falta de vigor ó de estatura no tiene condiciones para dedicarse al teatro. Sin las condiciones intelectuales y físicas necesarias, no se puede cantar ni representar bien, y un gobierno previsor debe evitar en lo posible que esa multitud de jóvenes, que hallarian honrado porvenir en una oficina ó un taller, después de haber costado grandes sacrificios á su familia, vayan á parar á un hospital ó un asilo, cuando no se mueren de hambre. De todos modos, felicitamos al señor ministro de Fomento por su buen deseo.

El Teatro Real inaugura sus trabajos bajo la dirección del nuevo empresario Sr. Rodrigo, y con gran rebaja de precios, novedad que le asegura, á lo menos por algún tiempo, la simpatía y apoyo del público, pero que puede traerle graves complicaciones si continúa la exigencia de oír estrellas de primer orden, *tenori* ó *prime donne*, cuyos precios de ajuste suben de día en día como la espuma. Cuestión es esta que no tiene solución posible si no cambia el gusto de los abonados al regio coliseo; porque, ó tienen que resignarse á oír perpetuamente las mismas obras del repertorio italiano, ó si han de admitir las modernas, no podrán comprenderlas sino cuando los artistas que las interpretan, todos próximamente de la misma fuerza, presenten la unidad del conjunto indispensable al drama lírico moderno. Para él se necesitan buenos músicos, lectores á primera vista, buenos actores y dotados además de voces robustas y capaces de luchar con las sonoridades de la orquesta y con el rudo trabajo de los ensayos. Si el público se empeña en hacer depender la suerte del Teatro Real y de la empresa que lo dirige del estado de la voz del tenor ó de la prima donna, volvemos á los tiempos prehistóricos de la ópera concierto, á aquellos tiempos en que la contralto, en traje de Alejandro Magno, electrizaba á los oyentes en su aria

compuesta de *Andante* y *Allegro* con palabras de Metastasio ó de Apostolo Zeno, los dos poetas libretistas del género. Para aquel público desaparecían el poeta y el compositor, el asunto y todo cuanto no fuera la prodigiosa habilidad de garganta del ídolo popular que hoy era un sopránista y mañana era una tiple ó una contralto.

Este es el verdadero tipo y el tiempo que he llamado de la ópera concierto, no, como alguien ha supuesto, el de la música italiana posterior á Rossini. Entonces, sobre todo en Italia, se iba al teatro para oír una ó dos arias, y el resto de la noche se pasaba jugando á las cartas ó tomando sorbete en el antepalco. Hoy, las costumbres han cambiado, y sólo entre nosotros existe ese funesto legado de colocar al intérprete en primer término, dejando en el segundo al autor y á su obra. Hoy se va al teatro para oír las óperas bien interpretadas en su conjunto, no únicamente para aplaudir la habilidad de la garganta ó la fuerza de la voz. El tiempo se encargará de arreglarlo; porque de día en día las estrellas del *bel canto* disminuyen ó valen menos, hasta que llegue el día en que los intérpretes de una obra musical, sin hacer esfuerzos fenomenales, se limiten á cantar bien su parte, siguiendo las indicaciones del compositor. Entonces los sueldos de la compañía de ópera del Teatro Real no serían un obstáculo al progreso del buen gusto y de la cultura musical española. ¡Quiera Dios que llegue pronto ese día para bien de todos!

*
* *

El conocido y erudito escritor belga M. Vander Sraeten ha publicado dos obras interesantes para la historia de nuestra música. La primera y principal, titulada *Los músicos flamencos en España desde el doceno al décimooctavo siglo*, y la otra *Carlos V músico*. La primera, que supone un trabajo de bene-

dictino, es una recopilación cronológica de todos los datos que el autor ha encontrado en sus viajes á España y en sus investigaciones bibliográficas, referentes á los músicos flamencos que han practicado su arte entre nosotros como compositores, como cantores ó tañedores de instrumentos ó como fabricantes de los mismos.

Como es natural, empieza el autor presentando como primer dato y documento de la influencia flamenca en España, el famoso canto á Santiago de Compostela de los peregrinos flamencos, conocido con el nombre de *Canto de Ultreja*, que tanto ha dado que pensar á los eruditos, sin que nadie pueda estar seguro de haber traducido á notación moderna los *neumas* en que está escrito. En mi humilde opinión, esta traducción es imposible, porque mientras no se me pruebe lo contrario, y de una manera eficaz, no por conjeturas ni suposiciones, creeré que el sistema de notación de los neumas era un procedimiento para ayudar la memoria con auxilio del ritmo y de la prosodia. Es evidente que, dada la dificultad de la teoría musical en la Edad Media, no todos los que cantaban en el coro la conocían ó tenían bastante memoria para aprender fácilmente por la transmisión oral, sobre todo en la época en que no existía otro medio de transmisión, y esto explica perfectamente que se establecieran los neumas, signos que, sin determinar precisamente la entonación, marcaban, sin embargo, si la voz había de subir ó bajar, lo cual con auxilio de las palabras era bastante para que los principiantes siguieran el coro hasta aprender de memoria el canto.

Fundo esta opinión mía en varias razones: la primera es que, cada vez que se ha traducido esta notación, las versiones de los hombres más autorizados en la materia han sido distintas y á veces casi sin analogía; la segunda es que al mismo Coussemaker le he oído decir que la diversidad de neumas y de método en emplearlos, así como la costumbre de dar el mismo nombre á distintos signos, dificultan y casi imposibilitan el poder formar una clave de traducción.

Natural es que haya sucedido lo mismo con el famoso *Canto de Ultraja*.

Grandemente preocupa á M. Vander Sraeten el nombre de flamenco, aplicado á cierto género de canto popular de Andalucía, y no solamente al de los gitanos, como han supuesto algunos, y en erudita investigación trata de averiguar qué relación ha podido haber entre esta palabra y la influencia ejercida en España por sus compatriotas músicos.

Paréceme que la cuestión se divide en dos: la primera, que consiste en saber el origen del *cante flamenco*, y la segunda en poder fijar la época en que aquel género de música empezó á designarse con tal nombre. No es este lugar oportuno para largas disquisiciones arqueológicas; pero puede asegurarse que el *cante flamenco* es de tradición y origen arábigo-español; y cuando no hubiera otras razones para probarlo, bastaría su semejanza con los cantos de Marruecos. Respecto á la denominación de *cante flamenco*, me parece que ha de ser moderna y posterior al siglo XVII; porque ni en la literatura picaresca de nuestros clásicos ni en las obras en prosa y verso del gran Quevedo, tan conocedor de la vida, lenguaje y costumbres del bajo pueblo, creo que se hayan empleado dichas palabras. El erudito académico Sr. Riaño cree que la costumbre de llamar al puñal ó navaja *el flamenco*, habrá sido causa de que se diga *cante flamenco* para expresar la idea de canto propio de la gente de armas tomar ó que usa navaja.

Fáltame espacio para hablar de los dos tomos del erudito belga con la detención que merecen, y me limito á consignar el agradecimiento con que nuestra patria debe corresponder á tan concienzudo y voluminoso trabajo.

Interesante y curioso es también el opúsculo dedicado á probar las aficiones musicales de Carlos V, sus relaciones con los compositores de su tiempo y los trozos de música que se suponen compuestos por él. En el catálogo de los muebles y efectos existentes en el monasterio de Yuste á la muerte del Emperador, publicado por Sterling en su libro *Cloister life of the*

Emperor Charles the V, hubiera hallado el ilustre erudito belga asunto para un capítulo más de su interesante publicación.

Réstame ahora hablar de la publicación emprendida por D. Felipe Pedrell con el objeto de dar á conocer las obras del siglo de oro de nuestra música religiosa, monumento nacional desconocido de propios y extraños por incuria nuestra, y que, gracias al entusiasmo, inteligencia y laboriosidad del ilustre maestro catalán, revelará al mundo artístico la existencia de un tesoro musical tan valioso como nuestro romancero y nuestro teatro. La publicación de la *Lira Sacro-Hispana* del venerable maestro Eslava, dió ya á conocer, aunque incompletamente, la importancia de este tesoro, porque no dió al período clásico del siglo XVI toda la extensión y estudio que su importancia exigía. Con más acertado criterio, á mi parecer, el maestro Pedrell, en los dos volúmenes publicados que contienen obras de Morales y de Guerrero, vuelve por los fueros de nuestra historia musical, defendiendo con gallardo pero razonado patriotismo, la personalidad y prioridad de Cristóbal Morales en la práctica musical y la de Ramos Pareja, como teórico y preceptista, independientes ambos y anteriores á los músicos flamencos que vinieron con Felipe el Hermoso. Lamenta, con razón, el sabio maestro catalán que los historiadores de la música hablen ligeramente de nuestro país, copiándose rutinariamente unos á otros, y no podía ser de otro modo, dado el olvido en que los españoles han tenido tan preciadas joyas del arte y la dificultad, por no decir imposibilidad, de penetrar en los archivos de nuestras catedrales.

El sistema adoptado por el maestro Pedrell en la anotación y transcripción de los dos tomos publicados conteniendo obras de Morales y de Guerrero, merece la aprobación y el elogio de los inteligentes en la materia, que pueden leer y apreciar las bellezas contenidas en estas composiciones sin necesidad de estudios arqueológicos. La biografía de Guerrero es un prodigio de laboriosidad y de erudición, y siento que los límites de este artículo no me permitan entrar en la cuestión de la

expresión musical en el género religioso y profano, tema que traté, aunque ligeramente, en el Ateneo de Madrid y en la conferencia sobre los orígenes de la ópera.

Para escribir la historia de la música española son indispensables dos datos: la Antología religiosa que hoy publica el Sr. Pedrell, y la de la música profana que se encuentra en los libros de cifra para vihuela, órgano ó guitarra, obra que tengo preparada para la publicación hace más de veinte años y que ofrecería grandes novedades, que forzosamente habían de reedificar la historia de la música en general, y principalmente la de la música española.

GUILLERMO MORPHY.

CRÓNICA INTERNACIONAL

La muerte del Czar.—Política impuesta por el asesinato de su padre.—Los partidos ortodoxos en Rusia.—La herencia del tercer Alejandro.—Su casamiento.—Su complexión y sus ideas eslavas.—La guerra de Bulgaria y las emociones que produjo en su ánimo.—Servicios prestados á la paz universal por su alianza y amistad con Francia.—Su heredero.—Ceremonias del juramento prestado por éste la primavera del año 84.—Caracteres de Nicolás II.—Necesidad que tiene de inclinarse á la libertad.—Elementos panslavistas y nihilistas puros.—Conclusión.

I

Ningún suceso como la muerte del Czar. Contemplemos, según la costumbre nuestra, personaje tan extraordinario en la hora de su desaparición. El día, en que recibí, hace años, 2 de Marzo de 1881, la noticia de haber Alejandro II muerto, trazaba yo estas palabras en mis correspondencias de América: «La política europea se une ahora, en este instante supremo, toda ella con la personalidad del nuevo czar de Rusia. Por virtud de tan grave suceso como la muerte de Alejandro II, la triple alianza de los imperios del Norte se ha hundido; la difícil amistad entre Rusia é Inglaterra se ha estrechado; y al Oriente de Europa surgen nuevas y próximas esperanzas de Grecia, y al Occidente, remotas, pero seguras esperanzas de Francia. Dos sucesos capitales, el uno

en Asia y el otro en Africa, señalan cambios profundos en la política intercontinental. En el Continente asiático abandona Inglaterra la ocupación de Candahar y en el continente africano hace Inglaterra la paz del Transvaal. Por el primero de estos actos el gobierno inglés demuestra que renuncia de todo en todo á los ensueños imperiales, avivados al soplo de la política romántica de Disraeli; por el segundo de estos actos el gobierno inglés demuestra que quiere vivir en paz con el imperio ruso, dejándole su obra de civilizar una parte del Asia, mientras él se impone á sí mismo el deber de civilizar la otra parte. Naturalmente, todas estas evoluciones de la política inglesa indican una separación de los intereses de Alemania en Europa y una inteligencia con Rusia, tanto para concluir con el Sultán de Constantinopla, como para rematar la emancipación de los griegos y de los eslavos. Pero todos estos hechos gravitan en torno de la personalidad del nuevo czar.» La paz, tan difícil, entre Francia y Rusia, como yo anunciaba entonces, ha existido durante todo el reinado de Alejandro III; las esperanzas de Francia, que llamaba yo remotas, hacerse realizado en una gran parte; la triple alianza de los emperadores tardó un lustro en hundirse, pero se hundió; y Grecia se agrandó con territorios amplios, como definitivamente se constituyeron en Estados autónomos Rumania, Serbia, Bulgaria, recibiendo el Montenegro un puerto como Dulcigno, todo á expensas del imperio turco, reducido en Europa meramente á poseer Tracia y Macedonia.

II

Alejandro III perteneció decididamente al partido, que de antiguo se llamara en su imperio el partido ortodoxo. Los ortodoxos han tenido tres hombres que descollaban sobre todos: Komekof, el dialéctico; Kireyeski, el místico; Aksakof, el fa-

nático y supersticioso. Komekof era un moscovita vigorosísimo de inteligencia y de carácter; en memoria, prodigioso; en fantasía, poeta; en argumentación, guerrero; en el debate, incansable; pronto siempre á la pelea, último en la retirada; de silogismos y de invectivas armado; de tradiciones poéticas y de dilemas insalvables rico; ya encastillado en la ciencia, ya esparciéndose en el misticismo; y cuyo principal propósito se reducía en término postrero á demostrar que la razón humana está tocada de incurable ceguera para conocer la verdad, y la voluntad humana es de irremisible impotencia para cumplir el bien, no quedándole otro recurso en la tierra que acudir al auxilio de Dios, cuyo órgano es la Iglesia griega, depositaria del espíritu divino y de la divina palabra. Kireyeski, con su hermano, representaba el misticismo, el éxtasis. Filósofos, humanitarios un tiempo, tristes desventuras los habían lanzado al pie de los altares, donde padecían, se desesperaban, como náufragos sobre desiertos escollos, que han huído de una muerte súbita para encontrar una muerte lenta. Eran dos monjes; corrían á las iglesias, se arrodillaban al pie de las imágenes, absorbían su vista y su idea en la contemplación, desvaneciéndose dentro de plegarias perfumadas de misticismo; y concluidos los piadosos ejercicios, se miraban uno á otro con los ojos arrasados de lágrimas y decíanse con mutuos dichos: «pronto se cumplirán nuestros únicos deseos; pronto llegaremos al descanso eterno de la muerte.» Aksakof representaba la constante acción. Su entusiasmo era tan grande, que creía encontrar en los campos rusos el granito para fundar una sociedad perfecta, y en la reacción hacia los tiempos rusos, el único medio de acerar el carácter y esclarecer la inteligencia de su raza. Por el odio que á todos los occidentales sentía, iba vestido á lo moscovita, con pantalones anchos recogidos en botas de campana, túnicas abrochadas á lo campesino, alto gorro de pieles, que le daba, como á Rousseau en sus postrimeras extravagancias, el aspecto de armenio y persa. Llevando á extremos tan pueriles,

su patriotismo, no hay para qué decir cuáles serían sus odios á todo lo genuinamente occidental. Pedro I, que había recorrido Inglaterra y Holanda en pos de civilización y de trabajo, le causaba invencible repugnancia, y no veía en él sino al perturbador de la vida rusa y al asesino de su propio hijo y al verdugo cruel que se gozaba en atormentar y rematar en persona sus víctimas y al plagiario de Occidente y al fundador de Pertersburgo, la ciudad antimoscovita, fastuosa corte de los tiranos alemanes. Y si este horror experimentaba hacia Pedro I, experimentábalo más intenso aún hacia Pedro III, hacia Catalina II, germanos de nacimiento y origen, fundadores de la dinastía que aun hoy oprime á los rusos. La vida entera de Aksakof se compendiaba en la reivindicación del espíritu nacional. Cuanto más estudiaba la historia, más crecía su fanatismo. La pasión le perturbaba. Su excesivo celo por la patria cegaba su clara inteligencia. Creía exclusivamente ruso el desarrollo de la vida popular, y era una ilusión tal creencia. De todas suertes, esta escuela elevó la personalidad del Czar, capaz de volver, por contradicciones rusas, á los altares de los dioses.]

III

Pero ¡ah!, como ya hemos dicho, aconteció el horrible atentado que destrozó al padre de Alejandro, en Marzo de 1881. Con mayor compasión trata el carnicero á su res que el nihilista á su czar. Después de tal muerte se celebraron unos funerales magníficos: ningún alma viviente podía salir á las calles y á las ventanas para verlo; pero tenían mucho que ver, pues junto á los cosacos del Don, ligeros como los cuervos en sus matanzas, los árabes del Cáucaso, blancos cual las águilas en sus picachos; junto á las tropas regulares de tan correcta formación,

como los regimientos germánicos, las tribus irregulares, que parecen llegar por irrupciones violentas; los pajes con sus dalmáticas heráldicas y los oficiales de la casa imperial llevando las insignias de la soberanía, y entre ellas una diadema de brillantes por cuyo precio podría comprarse un reino; los grandes dignatarios del Estado, con sus cascos de plata, sobre los cuales tienden sus alas pájaros de oro, y los grandes dignatarios de la Iglesia, con sus capas pluviales recamadas de brocados y sus relicarios bizantinos de ricos metales y deslumbradora pedrería; vistosa comitiva de arreos deslumbradores, semejante á evocaciones fantásticas de edades históricas, que enterraban, no el cuerpo de un czar asesinado, el alma de una institución destruida. El nuevo czar llevaba por nombre de pila el mismo que su padre y por número ordinal de este nombre el tercero. Segundogénito, ni él había pensado en la púrpura, ni los suyos habían pensado á su vez que pudiera vestirla nunca. Su hermano mayor mostraba gran robustez, y se apercibía en su florida mocedad á preparar con bella y joven princesa un enlace que creía destinado á larga posteridad. ¡Ah! El frío de Rusia rompe los pulmones más fuertes, traspasa los costillares más templados; extingue el fuego de la vida en los pechos más ardientes: y el príncipe heredero, en vez de contraer un matrimonio con la prometida, contrajo una tisis que le llevó á la eternidad. En la hermosa Niza de los tísicos, á la luz del cielo meridional y á la vista del mar celeste, apagóse la vida del primogénito, quien, al contemplar á su prometida y á su hermano llorando al pie del lecho, poseídos de verdadero dolor, les sonrió con dulce sonrisa, les entrelazó las manos con cariñosa efusión, les bendijo desde el dintel de la tumba, y envolvió en la última de sus ansias el primero de los votos elevados al cielo por la felicidad de la pareja que el cielo destinaba en sus designios á ocupar bien pronto y tras pavorosas catástrofes, el trono de las Rusias. Mirando á los dos hermanos se veían dos personificaciones: en el muerto predominaba la complexión germánica, y en el sobreviviente pre-

dominaba la complexión moscovita. ¿Y cuántas veces las resoluciones mayores y más trascendentales de los omnipotentes se deben á su respectiva complexión? Uno de los principales encargos dejados á sus herederos por Pedro el Grande fué que se casaran siempre con princesas germánicas, para tener por tal medio más cerca de sí la cultura alemana, única en su sentir, capaz de civilizar la monstruosa nación de los czares y de los siervos. Por tal encargo, su hija, la emperatriz Isabel, enlazó al heredero de su corona con la célebre princesa de Anhalt, y casi todos los monarcas rusos desde entonces han hecho lo mismo: llevar de Alemania las destinadas á perpetuar la dinastía de Rusia. Con una princesa de Prusia estaba casado el padre de Alejandro II y casado con una princesa de Hesse el padre de Alejandro III. Pero había una diferencia notabilísima entre las dos princesas germánicas. La madre de Alejandro II creyó siempre, como era natural, destinado su primogénito al trono, y en virtud de esta creencia le imbuyó ciertas ideas y ciertos sentimientos favorables á su raza y á su patria germánicas, mientras la madre de Alejandro III no creyó al segundo de sus hijos llamado á reinar, y no se cuidó, por consiguiente, de su educación política todo cuanto debiera, dejándola, en su imprevisión, á segundas personas, las cuales concluyeron por darle un carácter puramente ruso y principios y afectos eslavos. Luego la madre de Alejandro II tuvo un matrimonio felicísimo, en tanto que la madre de Alejandro III, una santa, enamorada con exaltación de Alejandro II, sufrió contrariedades reveladas por la boda última del czar, las cuales contrariedades dieron á su manera de vivir tal tristeza, que la condujo hasta entristecer naturalmente el alma de sus hijos. Alejandro II amaba la patria de su madre, y no amaba la patria de su madre Alejandro III. Además, rendido amator éste de su esposa, la princesa Dagmar, debía naturalmente atender á sus ideas con profunda atención y seguir sus consejos con fiel obediencia; y su esposa, hoy recién viuda, pertenece á Dinamarca, la nación ofendida por las ar-

mas y desmembrada por el poder de la omnipotente Alemania.

IV

A virtud de grandes conjunciones de la educación y de la naturaleza era el nuevo czar todo un eslavo. Lejos de tener la estatura colosal de los czares germánicos, tenía, si bien gigantesco, la estatura media de los czares tártaros. Su cabellera un poco encrespada, sus hombros anchos, sus ojos vivos, su ademán resuelto, revelaban el eslavo, á quien los fisiólogos suelen llamar árabe rubio. Y dejaría de pertenecer á la raza eslava si no sintiese irreconciliable enemistad con la raza germánica. Por tal afecto se ha guiado en todas sus acciones y por tal afecto se ha dirigido y determinado toda su vida. Revélanse los pueblos más en sus leyendas poéticas que en su historia civil, y la leyenda poética de los eslavos se reduce á dos ideas capitalísimas: la conquista de Constantinopla y el castigo de Alemania. Quizá Alejandro II aparecerá en lo por venir como el último emperador alemán de Rusia. «Alejandro III, decía yo, cuando acababa de subir al trono, si hubiera tenido en sus manos la autoridad que hoy tiene, al empeñarse la guerra franco-prusiana, se decide por Francia. En su odio á los alemanes, prohibía hasta hablar el alemán á la corte propia y se negaba siempre á participar de las manifestaciones germánicas. Así, la bomba nihilista, que inmolará la persona del czar ruso, hirió la frente del canciller Bismarck. Entre los consejos de Pedro el Grande se halla uno maquiavélico, según el cual sus herederos deben alternativamente ayudar á Francia contra Alemania, y á Alemania contra Francia, para tenerlas débiles y sumisas á ambas. Nadie extrañará, pues, los angustiosos telegramas de la corte de Berlín á la corte de Petersburgo en el trance último, y la palabra del emperador Guillermo al

nuevo czar: «Ya sabéis que contáis siempre con fieles y leales vecinos.» Alejandro III asistió en persona, rodeado de su Estado Mayor, á la guerra eslava por excelencia, que las profecías apocalípticas de los moscovitas habían con tanto empeño preparado, á la guerra llamada por nosotros última guerra de Oriente. Si abrierais un cronicón de la Edad Media para investigar en su latín bárbaro las emociones de aquellos cruzados, á quienes la voz de los frailes exaltaban, impeliéndoles á dejar sus hogares y á vestir el sayal con la roja cruz al pecho, para encaminarse, sin saber por qué vías, con el instinto de las aves viajeras, hacia la santa Jerusalén, donde murió el Salvador, concebiríais la pasión que del eslavo se apodera en cuanto acierta de algún modo á oír desde su estepa el nombre de la ciudad de Constantino, en cuyo seno triunfó el cristianismo y surgió el dogma; y la necesidad que siente de arrancar la media luna de Osman y de devolver la bizantina cruz de Justiniano á la basílica de las basílicas, á Santa Sofía, madre inmortal de la iglesia helénica. Esta idea impulsó al heredero del trono ruso á mover el ánimo de su padre para que penetrara como libertador en el imperio musulmán, con riesgo de encender la guerra europea. A la luz de esta fe oyó el clamor revolucionario de los insurrectos bosnios; sostuvo las declaraciones guerreras de los soberanos serbios y montenegrinos; lanzó sus ejércitos á las orillas del Danubio y sus escuadras á las aguas del Mar Negro; congregó la confederación militar en que entraban todas las naciones dispersas por la península de los Balkanes; atravesó las líneas de defensa que Turquía tiene, así en sus anchos ríos como en sus elevadas cordilleras; trazó con sangre de los suyos la línea que se extiende desde Sistova hasta Andrinópolis; holló los pasos formidables, sobre los cuales todavía corre la sombra de Trajano; mantuvo el terrible sitio de Plewna, en que tantas veces su empuje llegó á estrellarse contra la tenacidad de las tropas turcas; rindió Erzerum y Kars, hasta disolver el imperio de los califas, erigir en reinos los antiguos principados danu-

bianos, emancipar á Bulgaria, tender un puente por medio de la Besarabia y la Dobrutzka, desde la Moscovia triunfante á la Turquía rendida, dejar en pie el problema de Grecia y despertar las ambiciones de Austria, con el fin de coronarse algún día, como los héroes de Venecia ó como los cruzados de Francia, emperador de un nuevo imperio de Oriente, á las orillas paradisiacas del Bósforo, en la redimida y rebautizada Bizancio, dispuesta, según sus providenciales vocaciones, á llevar el Evangelio y el nombre griego por los caminos de Alejandro hasta los centros del Asia.

V

El Emperador Alejandro II, movido por la opinión popular, como un Presidente de república liberal cualquiera, emprendió la campaña de Bulgaria contra Turquía, como su padre, Nicolás I, emprendiera la campaña de Crimea contra Inglaterra. En la campaña de Bulgaria, por más que un triunfo total se consiguiese, imponiendo la paz de San Estéfano, se probaron muchísimas amarguras también, como asedios cual el asedio de Plewna, donde las tropas rusas experimentaron muchas contrariedades, y desastres cual el pacto de Berlín, donde las ampliaciones de territorio fueron para los enemigos de Rusia y las restricciones y los recortes para Rusia misma. Y esta guerra merece recordarse, porque á ella se debe la conversión súbita del príncipe imperial á la paz europea y á la concordia entre todos los gobiernos cristianos. Al ver Alejandro III las pobres gentes retorciéndose por el suelo y la humana sangre salpicándole la faz, entre las espesas nubes de humo y los tonantes relampagueos de fusilería, se juró á sí mismo no suscitar otra guerra porque no compensa el erguirse airado y soberbio sobre un carro de triunfo conducido al Capitolio por la vía sacra, el horror que

causa la vista de una carreta de moribundos, que agonizan segados en la flor de su juventud y divididos de sus amadas familias, estremeciéndose de dolor á las puertas de una eternidad que las anticipa el odio y la crueldad de los humanos. Este sentimiento de caridad, lo ha exaltado en términos tales á los ojos de las generaciones contemporáneas, que nunca se dolieron por la muerte de un redentor y de un tribuno los pueblos libres como se han dolido por la muerte de este tirano asiático. Con efecto, un hombre capaz de sufrir las burlas y las mofas que infligieron á su poder y autoridad los búlgaros, así como de superar sus repugnancias de autócrata omnipotente á la república y á la democracia para unirse con Francia, por amor de la paz universal, bien merece que se viertan por él copiosas lágrimas de piedad y de ternura, ya que tantas lágrimas él nos ahorrara de horror y desolación. Los fervores y entusiasmos por la paz han llegado en el mundo á extremos tales que se olvidan la crucifixión perdurable de Polonia, las persecuciones á los estudiantes porque piden aire y luz para sus ideas, el silencio impuesto á las conciencias amordazadas, los procedimientos inquisitoriales contra católicos y luteranos opresos, la expulsión de míseros judíos errantes por las estepas donde se les helaba el llanto en las mejillas y se les atería en el corazón la sangre, los patíbulos alzados contra las conspiraciones y los conspiradores consiguientes á todo despotismo, para recordar como sin él se hubieran convertido los campos europeos en mataderos y por él han brotado las cosechas bajo un cielo sin vapores de incendios, ó exterminios y han crecido á su grado nuestras fecundas libertades que se desmedraran entre conquistas y combates, los cuales no son más que un despotismo contra otro despotismo levantado en una carnicería y en un degüello sin término. Que obtenga el emperador en otro mundo la paz que ha dado en este. Y volvamos los ojos al sucesor.

VI

Una ceremonia se verificó por Junio de 1884 en Rusia, que, mostrando la ciega confianza de los poderes históricos en su duración, también mostraba la incurable debilidad que los aqueja y los obliga, en estos instantes supremos, á prescindir de tradiciones históricas, indispensables al esplendor y robustecimiento de las monarquías absolutas. El heredero de aquella corona, que Pedro el Grande llevara con tanto brillo, juró aparatosamente los deberes impuestos por su altísima dignidad; lo cual prueba, como decíamos antes, su confianza en la duración del principio monárquico; pero lo juró dentro de Petersburgo, capital de la burocracia germánica, y no dentro de Moscou, capital del czarismo ruso, lo cual demostraba su temor á confabulaciones nihilistas y á estallidos revolucionarios, temor que acusa una irremediable debilidad en la más absoluta y más tiránica entre todas las monarquías europeas. El Kremlin oriental con sus muros negros y sus rotondas áureas; el santuario de la tradicional Asunción, ornado con los mosaicos litúrgicos; la iglesia de San Isaac, erigida en el palacio fortaleza de los czares como tabernáculo propio al poder absoluto; estos timbres varios de la monarquía rusa, parecían más natural teatro de ceremonias cortesanas, que los palacios levantados por aquel gran jefe de los occidentales y de los europeos, quien, al abrir de par en par el cerrado Imperio al espíritu moderno, mató, sin quererlo y sin saberlo, el árbol asiático de la teocracia moscovita, que no puede vivir en nuestras latitudes sociales, ni en nuestro clima espiritual. Así, la procesión que transportó las insignias imperiales por los espacios de Petersburgo, careció completamente del sello asiático, y, por tanto, del carácter pictórico admirado en las procesiones de

Moscú. El desmedido cetro, semejante á un áureo báculo de patriarca; la corona, tan parecida por su construcción á las tiaras de Persia y á las diademas de Constantinopla; el globo rematado con aquella grande águila de las dos cabezas, que parece indicar la rapacidad de los czares; tales insignias de otros tiempos y de otros pueblos pedían junto á sí los cosacos del Don, vestidos con sus pieles históricas; los sacerdotes del Oriente, recamados, cual sus ídolos, de rubíes y esmeraldas; los montañeses del Cáucaso, ceñidos con los zaragüelles de Albania; los popes de la estepa, rígidos y silenciosos como bizantinas imágenes; el armenio con sus hopalandas; el turcomán coronado por los antiguos turbantes; el tártaro en su ligero caballo; todo el cortejo de los déspotas en el Oriente misterioso y oprimido por tantas tiranías empeñadas en dorar las insignias del propio poder y las cadenas de sus infelices vasallos. La capilla del palacio invernal, poblada toda ella por uniformes á la usanza europea y trajes de corte parisiense, denotaba un predominio de las costumbres orientales, que no se compadece bien de modo alguno con la política simbolizada por el juramento prestado ante su padre y su señor, el czar de todas las Rusias, por quien se preparara desde aquel momento á recibir tan terribles herencias gravadas con tan espantosa tiranía. Una compañía de vistosos guardas estaba tendida desde las puertas del camarín imperial hasta las puertas del templo palatino. El Emperador, la Emperatriz, pasaron rodeados de sus respectivas cortes entre aquellos inmóviles soldados. El príncipe Nicolás, pues tal nombre lleva el heredero de tanto imperio, tenía á la derecha su hermana, la princesa niña, que se llama Xenia; y á su izquierda su tío y tutor, el gran duque, llamado Wladimiro. Sin duda, para indicar mejor la política de fuerza, como en estas cortes orientales no se descuida ni se desatiende perfil ninguno, vestía la vestimenta de los cosacos el príncipe heredero. Pero su tez rosada, su cabello rubio, sus ojos vagamente azules, su complexión débil, su salud incierta, su corta estatura decían bien á las claras que no basta con haber

nacido heredero imperial para conseguir de la naturaleza el férreo temperamento pedido por toda sociedad á los personificadores de imperios. Los cánticos á voces solas, que caracterizan la liturgia rusa; las cruces griegas incrustadas de reliquias y revestidas de ricos esmaltes; las capas pluviales parecidas por sus preseas y por sus adornos á los trajes de los sacerdotes y de los sátrapas asiáticos; el misal bizantino con sus iluminaciones hieráticas puesto entre los candeleros de rúbrica; el metropolitano de Newgorod, quien ofrece la lustral agua en vasos, verdaderas joyas moscovitas: los repiques de las campanas, dieron por un momento á la ceremonia, que hasta entonces tenía cierto carácter occidental, visos y espejismos del Oriente. Así que llegaron á la capilla, el Emperador condujo de la mano á su hijo ante la especie de altar donde se hallan los Santos Evangelios abiertos, y le pidió que jurase mantenerse fiel al Czar, á la patria y al orden de sucesión imperial en el trono moscovista. Prestó el príncipe tal juramento, transcrito después en hoja que guardan las bibliotecas imperiales; y una salva de trescientos cañonazos anunció la prestación solemne, por las constituciones fundamentales exigida de antiguo, á los herederos inmediatos, en cuanto salen de su minoridad. Luego, el cortejo abandonó la capilla del Palacio y volvió á la sala de San Jorge. Tal sala es una galería inmensa; museo militar bajo ciertos aspectos, y bajo muchos otros templo erigido á las guerreras glorias de Rusia y de los rusos. Allí el heredero juró en presencia del estado mayor del ejército, como antes jurara en presencia del estado mayor del clero, sin duda porque ambos institutos resultan las piedras angulares sobre cuya resistencia descansa el régimen autocrático ruso. Luego hubo fuera las varias fiestas con que quiere la tiranía divertir al pueblo de su infeliz cautiverio. El Campo de Marte se trocó en real de feria. La burocracia repartió gratis, entre las ávidas manos de una muchedumbre degradada, salchichas calientes y granos de girasol tostados. Por las cucañas, cubiertas de jabón, subieron los jornaleros, en requerimiento y busca de cualquier

nonada. Rodaron, embarcadas en los tíos vivos, unas mujeres del pueblo, mientras otras se precipitaron desde lo alto de las artificiales montañas rusas, en vertiginosas carreras. El teatro ambulante, con sus cómicos de la legua y sus autos militares, divertían mucho á las cándidas muchedumbres. Aquí se bailaban los diversos bailes usados en aquella incomprensible aglomeración de pueblos que se llama el Imperio ruso; allí se representaron las pantomimas soldadescas, que tenían por principal objeto recordar las guerras en la península balcánica y en el Asia central, ó sea, el odio á los turcos y á los ingleses. El jornalero, entusiasmado con tales hazañas, apuraba el vaso de cerveza fácilmente, por la salud personal del padre Czar y por las pasadas y las futuras victorias de sus hijos. Y mientras tanto, mientras el pueblo reía y lloraba como los niños, ó cogía una borrachera por haber llegado á la mayor edad su futuro dueño, éste convidaba so las bóvedas espléndidas de su palacio, al primogénito del Príncipe imperial alemán, y le ofrecía un vino de honor, que, según aseguraban las gentes, había de ahorrar mucha sangre. Pocos imperios tan fuertes como el imperio germánico y el imperio ruso. Mas, con tanta fortaleza, no pueden decir sus herederos que habrán de gozarlos en paz. El juramentado en tal ceremonia, y por ende puesto sobre tal pavés, no recibiría, tan joven, dignidad tan vieja, si la dinamita revolucionaria no hubiera destrozado el cuerpo de su abuelo; como el otro, el Príncipe germánico, no sería en aquella sazón heredero del heredero imperial, si á Federico Guillermo IV no le roba la razón y no le acorta la vida el haberse hallado en su propio lecho á los mártires muertos por la libertad en las calles el día trágico de la gran revolución en Berlín.

VII

El nuevo Czar, que fué jurado heredero en Junio de 1884, y ha recogido su herencia en Noviembre de 1894, diez años más tarde, no pertenece como su abuelo Alejandro II á los alemanes, ni como su padre Alejandro III á los eslavos; es de su madre, y de su familia materna. Menudo, pequeño, afable, doliente, nervioso y hasta neurótico, todas las condiciones fisiológicas y físicas que le disminuyen á él, aumentan la libertad, que sólo se oculta y disminuye al abrazo hercúleo de un titán guerrero. Con todos sus errores, el Czar último buscó en su imperio el tuétano moscovita que lo sustentaba y encontró un pueblo ruso, redimido y libertado de la servidumbre antigua por los rescriptos generosos de Alejandro II. Pues bien, ese pueblo ruso, cuya existencia el tercer Alejandro afirmó, debe alcanzar la parte de libertador, que corresponda con su estado intelectual é interior le corresponda, en el segundo Nicolás. Contra el nihilismo no conozco más que un remedio, el régimen parlamentario en el grado que puedan soportarlo ahora la evolución y el desenvolvimiento rusos, como no conozco nada contra las utopías tan eficaz como sacarlas de la noche del despotismo, donde lucen á una con falsa luz fosforecente y lanzarlas en el pleno éter de la libertad del pensamiento, que las desluce y al cabo de cierto tiempo las apaga. No podrá Nicolás II invocar para el detenimiento y suspensión de las libertades un rescripto como el rescripto de su abuelo manumitiendo los siervos y una tan grande afirmación popular como la de su austero padre proclamando la existencia del pueblo ruso con su propia nativa complexión y sus tradiciones históricas. Para llenar las páginas en blanco de su reinado, y corresponder con una serie de actos al número que ocupa en la serie de czares, necesita unir

su nombre á una reforma, y no conozco la que pueda compararse con el establecimiento de un régimen liberal más ó menos amplio en tierra de caracteres tales como la tierra moscovita. Esa debilidad en la salud que tan penosa debe al joven czar parecer; esa disminución de las fuerzas hercúleas poseídas por sus antecesores; la flaqueza del ánimo y del cuerpo; la falta de aquellos sentimientos de suficiencia, que pide una dignidad como su dignidad y un ministerio como su ministerio en el mundo le imponen una colaboración activa permanente y un crecido número de colaboradores continuos, que no podrá encontrar, sino en el régimen parlamentario y en el consejo de los vasallos que hoy yacen á sus plantas, convertidos por un acto de la voluntad omnipotente y autocrática suya en verdaderos ciudadanos. Así que aparece un reinado nuevo, aparece con él en Rusia esa indomable aspiración á la libertad, que se halla en el fondo de la naturaleza humana, y que no puede borrarse sino aniquilando la justicia y prescindiendo de todo derecho. En cuanto subió Nicolás I al trono hace unos setenta y más años ahora, tuvo que asir su corona, yendo entre dos filas de soldados insurrectos que vociferaban vivas fragorosos á la española Constitución de Cádiz, y para divertir el espíritu público de tales hipnotizaciones tuvo que levantar un despotismo asiático y que mantener una perpetua reacción en Europa. ¿Dónde hallaría Nicolás II fuerza para ese despotismo y el auxilio constante de la reacción universal, rota y deshecha? Pues, con igual imposición las circunstancias pesaron sobre Alejandro II, hijo de Nicolás, que creó las asambleas provinciales y apeló á la redención del esclavo para satisfacer al espíritu público y dar un paso en el camino de las reformas progresivas. Y con eso y con todo, le mataron el día mismo en que diera solemne autorización para promulgar el Código constitucional de su pueblo. Y el mismo Emperador, que acaba de morir, se halló con un código fundamental apercebido en el día primero de su reinado, cuya promulgación le imponían los hechos con su lógica incontrastable; y para huir

de ella tuvo que dilatarse por el continente asiático, á riesgo de chocar con Inglaterra; y que caer en brazos del pueblo francés, á riesgo de tropezar con Alemania. Peligrosos podrían resultar nuevos intentos de agrandar los dominios asiáticos, que tocan á sus naturales términos, é imposible convivir con una República, tan liberal como la francesa, sin riesgo de contagiar al propio pueblo ruso: así no le queda más remedio que apelar á la libertad; pues, el estado interior de Rusia lo pide y lo proclama un hado ineluctable.

VIII

En Nowgorod, Moscou, Petersburgo, como en la Roma y en la Constantinopla imperiales, corta el crimen los nudos que no puede desatar el derecho. Sin ningún orden cronológico, al acaso, invocando los surgidos con atropellos en la memoria, vienen innumerables nombres á demostrar tesis, elevada por esta serie de ejemplos á la categoría de un verdadero axioma. El príncipe Alejo ó Alexis, primogénito de Pedro I, sufre un proceso semejante al proceso del príncipe Carlos, primogénito de Felipe II, y muere de sus resultas, herido por un ataque apoplético. Andrés I en el patio de su palacio de Bogoliouboufcal, cae traspasado por las lanzas y espadas de sus guardias. Ana, madre de claros emperadores, expira en oscuros calabozos. El cuñado de Fedor II, especie de furiosísimo Macbeth, asesina demente al joven Demetrio, de cuyo asesinato provienen aquellos falsos Demetrios, autores y víctimas de tantos crímenes. Bien es verdad que cierto destino nefasto parece unido á este nombre legendario, pues á principios del siglo XIV, otro Demetrio fenece asesinado por los señores feudales de Rusia. Su antecesor, Youri, que había subido al trono por un asesinato, cae asesinado del trono. Igor es asaltado en una embos-

cada y hendido en dos, como dicen las historias bizantinas. Ivan IV, que reinara desde la cuna, encuentra enemigos hasta en el tálamo, y fenece apuñalado por un partido, á cuya cabeza se halla su propia mujer, la emperatriz Isabel; caso parecido al triste de tantos otros infelices. Millail II acaba por una sentencia de muerte, ejecutada entre los tártaros. Otopied, después de haber sido adorado como un dios, es perseguido, acosado, muerto como un perro. ¿A qué cansarnos? Desde que Wladimiro el Grande, fundador en Nowgorod de las bases sobre las cuales el Imperio moscovita se levanta, y que asesina á su hermano, hasta Alejandro I, propagador de la grandeza y de la autoridad rusa en Europa, y que recibe la corona de una conjuración de regicidas, los czares rusos parecen como una serie de fantasmas con el cetro de hierro siempre en las manos y la guadaña de la muerte siempre sobre la cabeza, triste y necesario aditamento á sus nefastas diademas. Semejantes al verdugo, matan con la frialdad de las leyes, sin poder muchas veces remediar este horrible ministerio, impuesto por su adverso destino, y mueren tristemente en el odio universal. Y á ningún ser en la historia pudo aplicarse, como á ellos, aquella piedad suprema, reclamada por el primer poeta de nuestro siglo en versos inmortales, pues la tiranía oprime á los tiranizados, pero deshonra y pierde á los opresores. La resultante de todos estos tristes ejemplos rusos es la inutilidad de las instituciones absolutistas para la educación progresiva del género humano. Los que creen hacedero educar á un pueblo por el despotismo, siquier le llamen ilustrado, engañanse por completo. En la ceguera incurable á que los esclavos se hallan reducidos, piérdese primero la medida de la distancia entre lo ideal y lo real. Todos estos siervos de los grandes imperios sueñan apocalípticamente con cíclicos poemas de conquista militar, de apostolado religioso, de reforma social. A su vista, llena de sombras, aparece el czar, con su corona y su tiara, su cetro y su sable, montado en caballo ligero como el viento, seguido de legiones que piden como los cuervos la matanza, señor de

tierras inacabables y de imperios inmensos, confidente y ministro del cielo, como uno de esos seres fantásticos, cuyo antojo dispone arbitrariamente, no ya de las fuerzas ciegas, que sirven á la naturaleza, sino de las fuerzas mágicas que obran el milagro sobrenatural, y por consecuencia, pidenle á una la realización de las esperanzas más irrealizables, como los idólatras á sus dioses.

IX

De esta concepción fantástica de la sociedad, inspirada por las terribles grandezas del poder absoluto, nacen precisamente dos partidos extremos: el tradicional, compuesto de los panslavistas, que piden al czar la dominación del mundo por Rusia, y el revolucionario, compuesto de los nihilistas, que piden á Rusia la ruina entera, no ya del czar, del Estado, y la difusión por toda la tierra de un socialismo demoledor y anárquico. En el fondo, los dos partidos son uno solo y mismo partido; que la demagogía roja y la demagogía blanca se confunden y se identifican allá en igual abismo, como entre nosotros se confunden é identifican los dos extremos de los partidos españoles y concurren por sendas opuestas á una misma causa y obtienen el mismo resultado. Los panslavistas atribuyen á Rusia un ministerio religioso, imperial, ortodoxo, como los católicos de la Edad Media lo atribuían al emperador ó al Papa; y los nihilistas un ministerio innovador, apostolizante, revolucionario, como los jacobinos de principios del siglo á los vencedores Bonapartes: los panslavistas quieren y esperan ver á Rusia entrando en Constantinopla á derrocar la media luna de Osman, que mancha las cúpulas de Santa Sofía, y en Jerusalén, á poner guarnición griega y rito griego sobre el sepulcro de Cristo, y en Persia y en las Indias, á destruir así este imperio inglés como aquel imperio musulmán, y en Roma, á hacer

del Papa de los latinos un vicario del Patriarca de los helenos, y en Berlín, y en Londres, y en París, á convertir los reyes y los pueblos occidentales en feudatarios del Norte; y los nihilistas quieren lo mismo, y lo mismo esperan, aunque á servicio de la revolución universal, y para no dejar en las sociedades antiguas piedra sobre piedra: los panslavistas detestan la capital moderna, Petersburgo, por antieslava y germánica y liberal, mientras los nihilistas la detestan á su vez por militar y burocrática: aquellos quisieran volver á los tiempos anteriores á Pedro el Grande, en busca de un nuevo Iván el Terrible, que sometiese la conciencia universal á su ortodoxia, y el planeta á su imperio, mientras estos quisieran volver á los mismos tiempos, en busca de aquellas tribus primitivas, medio asiáticas y medio patriarcales, que ignoraban el tuyo y el mío, cual los pastores del siglo de Oro, viviendo por virtud de la propiedad colectiva en el seno de un bárbaro comunismo; pero ambos á dos llevan la utopía por numen, lo imposible por enseña, la guerra por instrumento, y por fin la ruina y la destrucción universal. Podría demostrarse muy bien cómo el partido avanzado, que hoy degenera en nihilista, y el partido reaccionario, que hoy degenera en panslavista, se formaban casi al mismo tiempo y se dirigían casi al mismo objeto aunque con ideales diversos y medios radicalmente contrarios. No hay, para convencerse de esto, sino hojear un libro, que se lee con el encanto mismo con que se lee una novela ó un cuento, las Memorias del brillantísimo Hertzen á quien los emigrados españoles conocimos en Ginebra, y cuyo recuerdo guardaré con culto verdadero en la memoria, porque era para mi espíritu, imposibilitado de emprender más extensos estudios, como el oráculo de Rusia. En él y en sus amigos observé con prolija observación la fisonomía del revolucionario moscovita. Su menosprecio por las clases medias, que constituyen como los núcleos de los partidos liberales y conservadores en la Europa culta; su inexperiencia de la política práctica, que tiende á cumplir el ideal sin violentar la reali-

dad; su inclinación á un sistema encadenado con mucha trabazón lógica y compuesto de una larga serie de ideas puras; el vuelo de sus imaginaciones desbocadas y la impaciencia de sus deseos generosos; todo acusaba en ellos la secta y los sectarios de la revolución, creídos de que basta llegar un día de crisis al Gobierno y tener un minuto el Estado, para transformar la sociedad por un milagro de sabiduría y un impulso de omnipotencia. Y así como conocí en Ginebra, durante mi forzosa primera emigración á los revolucionarios, conocí más tarde en París, durante mi emigración voluntaria, á los panslavistas. Y los observé con mayor observación todavía que en Ginebra, en París, durante mi voluntaria emigración del setenta y uno, en tal sazón, porque comenzaba el problema de los problemas, la guerra de Oriente. Y en su exaltación por la raza eslava; en sus ideas arraigadísimas respecto á la superioridad de esta raza; en su odio fanático al Corán y á los mahometanos; en su menosprecio por el Occidente nuestro; en sus ideas épicas sobre la suerte de Rusia; en los horizontes de sus inciertos ideales, vi dibujarse esos profetas que dirigen los ejércitos á las conquistas, como los ángeles exterminadores de las antiguas teogonías, invisibles á los ojos de carne y perdidos en los aires, dirigían los pueblos asiáticos en armas á las terribles matanzas. Los revolucionarios tenían sus catedráticos en los Granuskis, sus teóricos en los Galakofs, sus dialécticos en los Starzekevitchs, sus críticos en los Belinskis, sus eruditos en los Kriukofs, sus organizadores en los Bakunines, sus periodistas en los Hentzens; que todos fomentaron con plena conciencia ó sin conciencia, con voluntad ó sin ella, el ideal eslavo de un municipio, donde la posesión de la tierra tuviese carácter de colectiva y común, siendo así los fundadores de esa utopía nihilista que derrama por todas partes vientos de inmediata tempestad y gérmenes de inextinguible revolución. Los panslavistas, como si quisieran que este viento de revolución pudiese alimentar alguna llama, predicaban lo más revolucionario en los pueblos oprimidos: la guerra. El heroico Rostopchine, que hizo de Mos-

cou la Numancia del Norte, abrasándola en presencia de Napoleón el Grande, pasaba á ser una especie de santo en la leyenda nacional. Kamekof maldecía de la cultura germánica, que á las tradiciones moscovitas se sobrepusiera, y asaeteaba á todos los alemanes con los dardos de su dialéctica. Chichkof soñaba con escribir como se escribía antes de Pedro el Grande. Aksakof se dejaba crecer las barbas, prohibidas por este innovador autócrata, y se ceñía la gorra de pieles moscovita, por tal suerte arqueológica, que el pueblo mismo de Moscou lo tomaba, como ya hemos dicho, en la calle por un persa. Los dos hermanos Kireyefskis andaban como dos aparecidos que hubieran rasgado sus sudarios, bajo las bóvedas de los panteones y sobre las piedras de los sepulcros. Todos ellos querían restablecer el Kremlin, restaurar la iglesia bizantina, oír los crujidos del knut llevando los ejércitos semitártaros á someter la demagogia universal, habitar el mir cosaco á guisa de patriarcas y guerreros, destruir Petersburgo para sustituirlo con Moscou, y Moscou, si era necesario, para sustituirla con alguna ciudad más primitiva; encerrar el género humano, bautizado por la inmersión ortodoxa, en aquella vasta cárcel que se llama imperio y que se extiende desde la Alemania al polo y desde el mar Blanco hasta el mar Pacífico. Pero querían esto por la guerra, y al querer la guerra, en realidad, querían los panslavistas retrógados, lo mismo en esencia que los revolucionarios llamados entonces occidentales y hoy nihilistas, la conmoción terrible, á cuyos estremecimientos se abría el período de las transformaciones, acompañadas, allí donde no hay soplo alguno de libertad, con gran cortejo de irreparables catástrofes.

X

Así, el autócrata por excelencia, Nicolás, se trocó en instrumento de la revolución por necesidad, desde el día y hora

en que provocara las naciones occidentales á singular batalla en Crimea. El clarín, que reunía las legiones guerreras, despertaba las ideas revolucionarias. Como en las cruzadas á Jerusalén, los siervos de la Edad Media se vieron á una en el campo y en el combate igualados con sus señores, en la guerra llamada de Crimea vió el pueblo que su czar necesitaba de los hijos del pueblo para pelear y para vencer. La victoria mitigara las consecuencias contenidas en esta revelación; pero vino la derrota con todos sus desengaños á recrudecerlas y exacerbarlas, apocando al czar. Entonces vieron los ojos, ofuscados por las deslumbradoras apariencias de la tiranía, todo el mal que en la política moscovita se encerraba. Aquel gran imperio resultó podrido con su iglesia burocrática, y su sínodo comandado por un general de caballería, y su censura asfixiante, y su ejército-máquina, y su policía secreta, y su administración pretorianesca, y sus oficinas análogas á cuarteles y su aristocracia frívola, y su plebe brutal, y su vida estancada, y sus siervos petrificados, y su gobierno que sólo sabía extinguir las almas con una ortodoxia bizantina sustentada por el clero blanco y el clero negro, al igual ignorante, y enflaquecer los cuerpos con aquel aguardiente propinado por el gran monarca, por el gran pontífice, por el gran estancadero, por el autócrata de todas las Rusias, adorado hasta entonces como omnipotente, y roto y vencido cual el último y el más debil de todos los mortales. Entonces Nicolás acabó con su sistema, y el grito de emancipación de los siervos subió desde las ergástulas del campo á las alturas del trono, surgiendo necesariamente una nueva Rusia. El siervo pasó á manumitido, el municipio se emancipó con el siervo, el jurado entró en los tribunales, y hasta cierta representación provincial inspiró la fundada esperanza de ver pronto más amplias y más liberales asambleas. Pero aquí se detuvo el progreso, y comenzaron por ende aspiraciones mayores que antes, las cuales fueron, si no reprimidas con igual fuerza, contrastadas con tenaz resistencia. Y en este intervalo cumpliáanse las más

nobles aspiraciones del liberalismo europeo. Nuevos pueblos surgían á la libertad en las orillas del Danubio; Hungría, inmersa en sangre por Nicolás, resucitaba; Italia, tenida por una expresión geográfica, entraba en el coro de las nacionalidades independientes; vencían los alemanes, inspirados por las ideas del 48, al Austria del Concordato; y mientras el trono temporal de los Pontífices se desplomaba sobre las ruinas de Roma, la tierra de los recuerdos y de las tradiciones, España, entraba en el período tempestuoso de la revolución radical, y la tierra unitaria y cesarista, Francia en el período glorioso de su libre y democrática República. Así el eslavo se despertaba y se erguía á cada uno de estos ejemplos, buscando con anhelo impaciente los rayos de luz y los soplos de aire que le tocaban en las renovaciones de la vida europea y en la resurrección inesperada de tantos, tan gloriosos muertos. Y como no encontraba ninguna satisfacción á sus anhelos, ningún lenitivo á sus dolores, ningún resquicio á sus esperanzas, resolvíanse las nobles aspiraciones á la libertad en una negación tremenda, cuya gravedad se compendia toda entera en ese terrible, pero expresivo nombre de nihilismo. Yo he visto á los nihilistas en los congresos de la revolución europea, exaltados, como los profetas en el desierto africano y asiático; febriles, por haber comunicado á su sangre todo el calor de sus almas; agitadísimos, cual si las ideas se convirtieran en chispas eléctricas y atravesaran en corrientes misteriosas todos sus nervios; dogmáticos, cual los pontífices; revolucionarios, cual los jacobinos; sin idea ninguna de libertad y sin sentimientos de justicia ni nociones de derecho; pidiendo una inquisición atea para quemar á cuantos creyeran en Dios; clamando por la ruina de todos los Estados en la igualdad comunista, y por la aglomeración todos los hombres como rebaños en la propiedad colectiva; y he atribuido estas enfermedades de su corazón y de su inteligencia, no á ellos, enloquecidos en la servidumbre, sino al despotismo, que genera esas monstruosidades, como generan las tinieblas esas pobres aves nocturnas, incapaces de resistir en sus rec-

tilíneas pupilas el claror de la luz. No hay que equivocarse ahora. Si el nihilismo ha crecido tanto, débese con especialidad á la guerra de Bulgaria, como se debió el primer movimiento de manumisión de los siervos á la guerra de Crimea. Los reaccionarios que han soplado en la trompa épica de la historia moscovita, y han evocado los tártaros y los cosacos á guisa de aquellos magos de Atila que evocaban á las brujas; y han puesto empeño en desquitarse de una batalla concluida hace más de cinco siglos; y han hablado de ir á Constantino-*pla* para entonar el *Te Deum* griego en la tierra donde expiró aquel emperador bizantino, cuyos borceguíes de púrpura brillaban entre la sangre, como los arreboles del sol entre las nubes del ocaso; y han movido todos los sentimientos de una raza móvil hasta el exceso, resultan los únicos responsables de esta sobreexcitación universal, en la que puede fácilmente consumirse un grande imperio. Han emancipado naciones, han reunido asambleas, han puesto guardias al pie de la tribuna donde se proclamaba la soberanía inmanente de los pueblos y el derecho natural de los hombres, y exigen que los manumisores de búlgaros y serbios, y montenegrinos y bosnios, se reduzcan y se resignen á llevar la marca de una esclavitud eterna y á vivir bajo el peso de una vergonzosa tutela. No puede ser. Si el Imperio hubiera llamado á la libertad por lo menos á una clase social, en esa clase hallara algún auxiliar ó algún amigo; pero deteniéndolas á todas en servidumbre igual, no debe extrañarse que de la desesperación surja la demencia, y la demencia lleve al nihilismo, como sucedía en aquellos imperios asiáticos donde los cautivos incendiaban su propio calabozo y morían abrasados por las llamas, con tal de incendiar el santuario de los adversos dioses y el palacio de los aborrecidos tiranos.

EMILIO CASTELAR.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

(CONTINUACION)

Después de este arreglo entre las dos tendencias volvió á regir, más poderosa que antes, en este período, la oposición entre la imitación clásica y la originalidad nacional, una vez que aquélla perdió el encanto de la novedad y ésta cobró fuerza de su aproximación al arte y la poesía populares. Ambas direcciones se llevaron al extremo, y á menudo por una sola y misma persona. Así es como los hermanos Argensola no se contentaron con imitar el elemento moderno con el clasicismo mitigado italiano, sino que se esforzaron por llegar inmediatamente á Horacio; así también Esteban de Villegas trabajó sus *Eróticas* por el patrón de las de Anacreonte, y hasta en metros antiguos, según los de la antigüedad clásica, y así Juan de Jáuregui tradujo, no tan sólo la *Aminta del Taso* y el *Pastor fido* de Guarini, sino también la *Farsalia* de Lucano. Por otra parte, procuraban aclimatar y cultivar en la poesía artística el estilo de los romances Góngora y Quevedo, mientras estos mismos se esforzaban por sobrepujar á los italianos é introducían un estilo culto é ingenioso, semejante al de los marinistas, estilo que se diversificó en culteranismo (gongorismo) y conceptismo. Es natural que se precipitara la decadencia de esta rama de la literatura española en manos de los sucesores sin talento de los

precitados poetas, decadencia que en toda su miseria y abatimiento se nos muestra en Gerardo Lobo.

No habiendo sido posible á los españoles en su período juvenil producir poemas populares épicos en estricto sentido, se comprende fácilmente que fueran tan descoloridas é impopulares las epopeyas artísticas imitadas servilmente de modelos italianos y de la antigüedad clásica, y que á pesar de su muchedumbre son el punto flaco de la poesía española. Sólo la *Araucana*, de Ercilla, tiene alguna más frescura y carácter privativo por ser sacada inmediatamente de sucesos en que vivió su autor. Por el contrario, precisamente del contraste entre estos esfuerzos por crear una epopeya nacional, y las circunstancias completamente desfavorables para ello, se producen las obras maestras épico-irónicas, los poemas de héroes cómicos, de Lope de Vega (*Gatomaquia*) y de Villaviciosa (*Mosquea*).

Una forma épica que sólo corresponde á una civilización muy adelantada y al moderno subjetivismo, la novela halló también cabida en la poesía en prosa de los españoles de este período; género en que hasta el nombre lo recibían del extranjero. Pues es indudable que la progenitora de las innumerables novelas caballerescas de los Amadises, los Palmerines, etc., era de origen portugués, fué trasplantada á Castilla por primera vez á principios del siglo xvi (1) y llegó á ponerse de moda durante algún tiempo en ella, cuando aun en la corte de Carlos V gustaban mucho los juegos caballerescos, aun siendo como era este género literario mero producto artístico subjetivo sin base alguna popular, juego, aunque ingenioso, de parodia, en forma vacía ya, reliquia gastada del ideal de la caballería y el culto á

(1) Sin negar el origen portugués del *Amadis*, que nos parece muy probable, y aun casi probado, hay que advertir que aun siendo de principios del siglo xvi las más antiguas ediciones conocidas (aunque no seguramente las primeras), los tres libros del primitivo *Amadis* están ya citados á fines del siglo xiv y principios del xv por el canciller Ayala y por los más antiguos trovadores del *Cancionero de Baena*.—(M. y P.)

la mujer. Como el *Amadís de Gaula* se acomodaba tanto al gusto de aquel tiempo, adquirió tan grande favor y alcanzó innumerables é infinitas continuaciones é imitaciones hasta llegar á la ridícula caricatura. Pero, finalmente, esta lectura de moda, que de otro modo jamás hubiera llegado á ser propiamente popular, habría acabado por extinguirse, como cualquier otra locura en boga, después que hubiese cambiado el gusto del pasado, si la mayor obra maestra de la poesía española, el *Quijote* de Cervantes, no la hubiera aniquilado como obra de arte á la vez que la inmortalizaba á título de curiosidad. Pero Cervantes, comprendiendo como todo genio, casi inconscientemente, en lo más pequeño lo más grande, ha pintado en arte concreto contraste ridículo entre lo ideal y lo real lo general y humano, valedero para todos los tiempos, y lo ha pintado con trágica ironía, creando á la par una obra que puede pasar por el inasequible modelo de la prosa española. Cervantes es también quien, si no ha introducido, ha dado derecho de ciudadanía en la literatura española á las *novelle* de los italianos, tomando de éstos el nombre y la cosa. Así lo hizo con sus en cualquier respecto *ejemplares* «Novelas», lo mismo que supo nacionalizar tan magistralmente las novelas amatorias de aventuras que arrancan de los griegos, mediante sus *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, de tal modo que estos géneros se hicieron populares hallando no pocos imitadores, ninguno de los cuales consiguió igualarle. Otro hombre genial, el poeta D. Diego Hurtado de Mendoza, fué por un capricho que tuvo y llevó á cabo siendo estudiante, quien creó un género de novelas enteramente nacional, las llamadas novelas picarescas (1). Por oposición á Don Quijote, su *Lazarillo del Tormes* fué sacado de la realidad común y convertido en pícaro y aventurero, en cuyas fechorías, concebidas irónicamente, se fustigaban los vicios dominantes

(1) No es seguro, ni mucho menos, que D. Diego Hurtado de Mendoza sea autor del *Lazarillo de Tormes*. La tradición que se le atribuye no es ni muy antigua ni muy autorizada. Véase, sobre este punto, á Morel-Fatio en la primera serie de sus *Etudes sur l'Espagne*.—(M. y P.)

entonces en la sociedad española. De tal modo halló aquel tiempo en esta novela un espejo, que se ensayaron muchos en el género picaresco, y algunos con tan buen éxito como Mateo Alemán (*Guzmán de Alfarache*), Quevedo (*El Gran Tacaño*) Espinel (*Marcos de Obregón*), etc. Otra tercera serie de representaciones de la vida española nos ofrecen las que se nos muestran en aquellas narraciones escritas en estilo fantástico-burlesco que habían tomado carta de naturaleza en casi todas las literaturas europeas, narraciones que cultivó primero Quevedo en sus *Sueños*, á que se aplicó más tarde con mayor gracejo Luis Velez de Guevara en el *Diablo Cojuelo* y que finalmente llevó á mayor libertad artística Saavedra y Fajardo en su *República literaria*. Esta dirección de la poesía en prosa, que ya de suyo tendía á la extravagancia en la invención y al refinamiento en el estilo, fué al final de esta época desfigurada en una oscuridad y un rebuscamiento sistemáticos por la influencia de los gongoristas. Aquí apuntó en el *estilo culto*, que se puso en moda, la próxima decadencia cuando esta escuela halló en Baltasar Gracián un panegirista tan ingenioso. No es cosa de admirarse, finalmente, de que en una época tan preñada de acontecimientos se hicieran los primeros ensayos para concebir y exponer poéticamente la materia histórica; más bien debemos maravillarnos de que después de comienzos tan felices como la *Historia de las guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, y la *Historia de los Incas del Perú*, del inca Garcilasso de la Vega, no haya seguido siendo cultivada entre los españoles hasta en los tiempos más recientes la novela histórica.

A la par en esta época la exposición y el arte históricos se libertaban cada vez más del estilo de las crónicas y de la compilación de los anales, buscando el ostentarse pragmáticamente en la más hermosa forma, según el modelo de griegos y romanos. Así es como escribieron con concisión é intensidad propias de Salustio D. Diego Hurtado de Mendoza la *Historia de la guerra contra los moriscos*, y D. Francisco Manuel de Melo la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en*

tiempo de Felipe IV, mientras en la historia de su patria que escribió en español Mariana, se muestra el estilo nacional ennoblecido lo más hermosa y libremente por el modelo clásico, y en la *Historia de la conquista de Méjico*, de D. Antonio de Solís, halló el orgullo nacional y el ánimo aventurero de los conquistadores un hábil apologista. Las correspondencias histórico-diplomáticas y los escritos en propia defensa del tan famoso secretario privado de Felipe II, Antonio Pérez, son modelo de estilo epistolar y exposición refinada de un escritor que emplea elevado estilo.

Hasta la tendencia de este tiempo á lo didáctico y lo reflexivo, halló apropiada expresión en la prosa ya más cultivada. Ante todo, por lo que dice á asuntos de fe religiosa y moral ascética, que tan hondas raíces tenían de suyo en el carácter nacional de España, tenemos los escritos de edificación de los dos Luises, Fray Luis de León y Fray Luis de Granada, compuestos en el lenguaje más magistral y el estilo más brillante con una arrebatadora elocuencia que brota de la intimidad de la convicción y del calor del sentimiento; las revelaciones de Santa Teresa de Jesús llenas de soñadora espiritualidad y animosa persuasión; las poesías religioso-ascéticas, en lenguaje, ya rimado, ya suelto, de San Juan de la Cruz y Malón de Chalde, ricas de fantasía, vibrantes é inflamadas; á la vez que el noble Las Casas defendía en América con el fuego del amor humano y la elegancia de la cultura humanística (1) á la humanidad oprimida.

La segunda época del segundo período principal de la literatura nacional española, desde mediados del siglo xviii hasta el presente, puede designarse como moderna en el más estricto sentido (2). Y puede designarse así, pues se caracteriza por

(1) Elegancia y cultura era precisamente lo que faltaba al enérgico y fogoso *Procurador de los indios*.—(M. y P.)

(2) Varios críticos españoles han comprendido, no sin razón, á todas las precedentes épocas de su literatura nacional bajo la denominación de *período antiguo*, oponiéndole como *período moderno* el que arranca de me-

la irrupción en España de la cultura moderna, singularmente la francesa, por el triunfo que á veces adquirió sobre lo viejo nacional ya en no poca parte desgastado, y por el esfuerzo final por regenerar, según la índole de los tiempos, lo que aún había de sostenible en aquel viejo espíritu nacional, y fundir en un todo lleno de vida el modo de ser privativo y propio con los elementos modernos europeos.

Después que la monarquía española cayó en decadencia en todos respectos bajo los últimos Hapsburgos, y fué otorgada á España una dinastía francesa por la supremacía de Francia, en un tiempo en que las costumbres de la corte de Versalles, la sociedad elegante de París y la escuela llamada clásico-francesa daban el tono á la sociedad y la literatura de toda la Europa culta, era muy natural que empezara á hacerse sentir este influjo sobre España y su literatura, y que las cabezas más despejadas, las menos amodorradas en los prejuicios nacionales, concibieran la esperanza de rejuvenecer por el contacto con la francesa á la literatura patria, sumida en el marasmo, y llenar el vacío del mal gusto raquítico mediante la introducción del gusto dominante moderno, por más que éste fuera extraño.

Se necesitaba de un innovador osado y lleno de tacto para iniciarlo, y hallóse en Luzán, que en un principio se pronunció negativamente contra el bastardeo del viejo gusto nacional,

diados del siglo XVIII, puesto que, en general, desde este tiempo, invade cada vez más vigorosamente el espíritu moderno, la vida y la literatura de España, informándolas, y lo viejo nacional se retira cada vez más á segundo término, aun cuando esta serie de revoluciones literarias, lo mismo que las políticas y sociales, no han llegado hasta ahora á su término, á una regeneración del carácter nacional mediante el espíritu moderno. He preferido, sin embargo, las divisiones capitales presentadas precedentemente, porque los vientos del espíritu moderno, la irrupción de la cultura humanística y el influjo de las literaturas extranjeras, se manifestaron ya significativamente desde principios del siglo XVI por múltiples é íntimos contactos, de tal modo, que el período precedente se nos aparece por oposición á este y en cualquier respecto como el final de la Edad Media.

pero que luego intentó introducir las máximas clásico-francesas, con mejor fortuna en general teórica que prácticamente.

La repugnancia contra lo extraño, arraigada en el carácter nacional, lo mismo que había sucedido cuando la introducción anterior del gusto italiano-clásico, provocó entonces una reacción patriótica que halló su heraldo en el no sin talento García de la Huerta; pero estos efectos del patriotismo, que ahora no eran otra cosa que un salto hacia atrás, sólo pudieron mostrarse en medida muy pequeña, en cuanto se esforzaba la reacción por volver á poner en boga aquellas obras nacionales que no contrastaban en absoluto con el gusto dominante. Así es que provocó, en vez de un nuevo espíritu creador, una reproducción acomodada á los tiempos.

De esta manera se formó una escuela poética, llamada salmantina por ser Salamanca su principal asiento, escuela bastante razonable para no ser ciega respecto á las pretensiones del espíritu del tiempo y dejar de ver los defectos de lo envejecido, pero á la vez bastante patriótica para tomar en cuenta junto á los modelos modernos extranjeros los indígenas de la edad de oro, sobre todo en cuanto á la forma y el lenguaje. Claro es que no faltaron parcialidades en pró del partido francés ó del nacional, y hasta el día de hoy no se ha restablecido aún un completo equilibrio. Por una parte la victoria alcanzada en la guerra de la Independencia contra la usurpación francesa obró sobre el sentimiento nacional reviviéndolo en el aspecto político y literario, y la participación en el gobierno, á que llegó la nación por revoluciones interiores, contribuyó al desenvolvimiento más libre y variado de su espíritu á pesar de las luchas civiles y de los partidos, y volvió á dar á la literatura un sostén más patriótico y subsistente. Así es como fueron los años 1812, 1820 y 1834 el punto de partida de nuevas épocas de producción. Siguió por otra parte, y á pesar de todo, siendo tan importante la influencia francesa, por lo menos sobre la literatura, que las revoluciones que han reformado últimamente la literatura aun en Francia, no puede menos de

reconocerse que han provocado movimientos análogos en España, y que, como sucede á menudo con la imitación de lo extranjero, las excrecencias de la francesa se ha procurado llevar en la española hasta la caricatura.

Este proceso de fermentación aún no cerrado, este oscilar entre intentos de resurrección del viejo fondo nacional, esfuerzos de reforma por renuncia de todo lo privativo, y experimentos de fusión de los caracteres del tiempo y del pueblo para engendrar uno moderno español en las profundidades del antiguo, se muestran en todas las ramas y direcciones de la nueva y novísima literatura de España, bastando que aquí nos limitemos á caracterizar brevemente sus más notables manifestaciones (1). La poesía lírica ha sido la que ha sufrido relativamente menos el influjo extraño, manteniéndose completamente dentro de lo nacional antiguo en cuanto á sus formas. En la escuela salmantina, y en su corifeo sobre todo, Meléndez Valdés, se creería ver trasuntos, nada más que algo modernizados, de los poetas de la edad de oro; los fabulistas Iriarte y Samaniego, y los graciosos satíricos Iglesias y Arriaza, se distinguen por su habilidad y destreza en las formas nacionales y su éxito feliz dentro del tono nacional, mientras Cienfuegos y Quintana propenden más á la moderna poesía de reflexión. Don Alberto Lista, á quien reconocen como maestro la mayor parte de los poetas que hoy viven, ha sabido aunar la riqueza del pensamiento con la originalidad nacional y la elegancia de la forma. Entre sus sucesores han intentado, con buen éxito, volver á introducir el romance en la poesía culta, y dar forma artís-

(1) Pueden consultarse á este respecto, además de las obras generales, las siguientes: Eugenio de Ochoa: *Apuntes para una biblioteca de escritores contemporáneos* (dos tomos. París, 1840, 8.º).—Ferrer del Río: *Galería de la literatura española* (Madrid, 1845, 8.º).—*Juicio crítico de los principales poetas de la última era*. Obra póstuma de D. José Gómez Hermosilla (París, 1856, 8.º).—Juan M. Villergas: *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos* (París, 1854, 8.º); y acerca de la lírica en particular: F. J. Wolf: *Florista de rimas modernas castellanas* (dos tomos. París, 1837, 8.º), y Kennedy: *Modern poets and poetry of Spain* (London, 1852, 8.º).

tica á las leyendas populares Angel de Saavedra, duque de Rivas, y Zorrilla, mientras Espronceda, en general con gran talento, ha procurado rivalizar con la poesía neo-francesa de la desesperación (1). En el autor de epigramas, Villergas, ha nacido un moderno Alcázar.

Aunque no han faltado ensayos de epopeyas artísticas, como lo prueban las más ó menos felices de los dos Moratines, de Escoiquiz, de Reinoso, de Maury, etc., sin embargo, han reconocido el duque de Rivas (*El Moro expósito*) y Zorrilla (*Granada*), que lo más popular y oportuno es aplicar la forma del romance aun á los grandes poemas épicos (2).

En el drama de esta época es donde más patentemente se muestra la oscilación entre lo francés moderno y lo antiguo nacional. Así es como se han afirmado durante largo tiempo junto á los más monstruosos engendros, de la antigua escuela debilitada ya, los menos maduros abortos de los galicistas. Don Leandro Fernández de Moratín fué el primero que consiguió por sus comedias escritas dentro del más fino gusto francés, con talento aunque con sobrada timidez, penetrar en la escena, abrir paso durante algún tiempo al llamado gusto clásico, y aun hacerlo tan dominante entre los cultos que se avergonzaran del viejo gusto nacional. Hasta poetas tan bien dotados como Cienfuegos, Quintana, Gorostiza, Martínez de la Rosa, Bretón de los Herreros y otros, han llevado por algún tiempo esta cadena clásica, y tan sólo en los chistosos sainetes (como se llama hoy á la derivación de los antiguos entremeses) de D. Ramón de la Cruz vivía y era tolerado el antiguo espíritu nacional. Apenas los franceses mismos rompieron estas cadenas, halló su ejemplo imitadores en España, los más cuerdos de los cuales se volvieron á las antiguas formas nacionales intentando aunarlas con las pretensiones del espíritu del tiempo moderno, pero los menos perspicaces, cuyo número es el mayor, se han dejado

(1) Más bien con la inglesa de Byron.—(M. y P.)

(2) Esto es exacto respecto de *El Moro Expósito*, pero no lo es respecto de *Granada* que no está en romances.—(M. y P.)

arrebatarse por el vértigo de la llamada en Francia escuela romántica trasplantando á la escena de Madrid, sea en traducciones, sea en las más groseras imitaciones, todos los horrores de la Porte Saint-Martin. El más notable con mucho de los poetas dramáticos que hoy viven en España es Bretón de los Herreros, el cual, desde que se libertó de las cadenas de la escuela francesa, se mueve en sus comedias con la gracia y vivacidad más admirables y es el mayor maestro de la técnica de las formas poéticas nacionales. Merecen ser citados junto á él Hartzenbusch, Gil y Zárate, Zorrilla y Rubí.

Hasta la prosa, que al principio de esta época sufría todavía las consecuencias del culteranismo, necesitaba reforma. En ésta trabajaron ante todo el benedictino Feijóo volviendo á la sencillez del modelo clásico de su patria; el jesuíta Isla que ridiculizó en su novela satírica *Fray Gerundio de Campazas* la trivial y campanuda oratoria de púlpito de su tiempo; los historiadores Ulloa, Muñoz, Capmany, Quintana, Navarrete, Clemencín, Modesto Lafuente, etc.; los estadistas Campomanes y Clavijo y sobre todos el Cicerón de España, Jovellanos. En general el estilo prosaico ha ganado en energía y agudeza dialéctica en la tribuna política, como se muestra en los escritos de Miñano, Larra, Alcalá Galiano, Donoso Cortés marqués de Valdegamas, Martínez de la Rosa y otros. En la prosa didáctica Gallardo es un digno discípulo de Cervantes; y en los cuadros satíricos de costumbres no son indignos sucesores de Luis Vélez de Guevara, Larra, Mesonero Romanos, D. Modesto Lafuente y D. Serafín Calderón.

Finalmente, deben tenerse en cuenta la novela y el cuento, que forman hoy uno de los principales ingredientes de la literatura española como de las demás. En cuanto á la novela (así llaman los españoles al *roman*) se ha abierto una nueva era por la imitación de los originales franceses é ingleses, sobre todo á causa del éxito de Walter Scott. Desde este momento empezaron á aparecer también en España una masa de novelas históricas, imitadas servilmente en un principio de las de Scott,

más libres y peculiares más tarde, aunque elevándose apenas de la medianía, como las de Patricio de la Escosura, Larra y sobre todo las de la dama que escribe bajo el nombre de Fernán Caballero (una hija de Böhl de Faber) que en sus *Cuadros de costumbres andaluzas* nos ha dado las más encantadoras novelitas y los idilios de mayor ingenuidad objetiva.

Por este ensayo, muy incompleto, de determinación y caracterización de los períodos y épocas de la literatura española, creo, cuando menos, haber probado que lo mismo que en la historia de la nueva poesía en general, y aún más especialmente en la de la española, se gana no poco en claridad y perspicacia si se establece con cuidado la diferencia entre poesía popular y artística y se las trata por separado (1), por lo cual ha de establecerse, ante todo, su relación y acción mutuas. Contra esto han pecado hasta aquí casi todos los literatos, hasta Bouterwek y sus traductores españoles, intercalando la historia de la poesía popular como cosa accidental y episódica, por cuyo desmembramiento han introducido inevitablemente en su exposición, confusión y oscuridad. Me voy á desviar, por lo tanto, del orden que ellos establecen, en este ensayo sobre el primer tomo de su obra (tomo que, según mi división, contiene el primer período, ó sea la historia de la literatura de España

(1) Recientemente, en la *Lit. Centralbl. f. Deutschl.*, 1858, núm. 11. Sp. 174, el crítico que juzgó tan amablemente mi prólogo á las *Schwed. Volkslieder*, de R. Warrens, expresó su admiración de que me atenga todavía «á la oposición universal entre poesía popular y artística». Según él, no hay más que «oposición entre poesía y post-poesía (*Alterpoesie*), etc.».—Tomada la cuestión desde el punto de vista estético, estoy completamente de acuerdo con él; pero desde el punto de vista genético-histórico, creo que debemos atenernos tanto más á la oposición establecida entre poesía popular y artística, cuanto que sólo así se puede concebir y explicar la heterogeneidad de sus principios (el objetivo y el subjetivo), la diferencia característica de sus manifestaciones y la diferencia de su desenvolvimiento, tendencias y acción mutua.—He expresado con bastante precisión lo que entiendo bajo los conceptos de *poesía popular* y de *pueblo* como productor, con los que el crítico reconoce estar conforme «en lo esencial».

en la Edad Media «poesía antigua»), tanto más cuanto que aquí sólo quiero presentar en su conjunto la poesía artística. Respecto á la poesía popular, que, como ya se ha dicho, se ha de colocar según mi parecer entre el primero y el segundo período principales, me remito al citado apéndice acerca de la poesía de los romances.

PRIMERA ÉPOCA

DESDE LAS PRIMERAS CREACIONES ARTÍSTICAS EN LENGUA CASTELLANA
HASTA LOS TIEMPOS DE D. JUAN II DE CASTILLA

Dirección épico-didáctica.

El que la poesía española en su primera época adquiriera una dirección predominantemente épica, aun en sus productos, líricos y didácticos, es cosa que tiene de común con los comienzos del arte poético de casi todas las demás naciones. Pues hasta la conciencia poética, al despertar, es ante todo excitada y determinada por lo que existe y sucede en el mundo externo, y sus creaciones son puros reflejos objetivos del mismo. De aquí el que toda nación, aunque sólo sea una vez y en este período, en que la conciencia de sí (la subjetividad) se encuentra aún oprimida completamente por la simple aprehensión y reproducción del mundo externo, produce una verdadera epopeya, cuya imperecedera frescura y encantadora ingenuidad son inasequibles en tiempos posteriores y más cultivados, tiempos que precisamente, á causa de su avanzado desarrollo y refinamiento se esfuerzan en vano por imitar mediante la creación reflexiva y artística este reflejo, por decirlo así inconsciente, de lo contemplado. Así es como por una sola vez y precisamente en la

primera época de su apenas despertado arte poético, pudieron los helenos producir una *Iliada* y una *Odisea*, los germanos un canto de *Los Nibelungos*, y cuando en la restauración de la monarquía española habían sus pueblos salido ya, tiempo hacía, del juvenil período mítico para entrar en el histórico-positivo, no pudiendo, por lo tanto, surgir en ellos una verdadera epopeya popular (1), expresóse, sin embargo, su conciencia nacional ante todo en canciones épicas, y ya muy tempranamente hallaron y cantaron los castellanos en el Cid á un representante de su especial conciencia nacional. Es cierto que no han llegado hasta nosotros, por lo menos en su forma originaria, los romances contemporáneos acaso del celebrado héroe, pero el monumento más antiguo que poseemos de la lengua y la poesía castellanas es un poema épico acerca de este héroe nacional, poema que fué editado por primera vez en el año 1779 por el erudito D. Tomás Antonio Sánchez (2), y que desde entonces se conoce con el nombre de *Poema del Cid*. Bouterwek ha desconocido el alto valor y profunda significa-

(1) He procurado fundamentar esta afirmación en el apéndice acerca de la poesía de los romances.

(2) En el primer tomo de su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*. Madrid, 1779-1790, cuatro volúmenes, 8.^o (reimpreso por Ochoa en París, 1842); colección preciosa para la más antigua historia del arte poético castellano y que desgraciadamente quedó incompleta. En una reimpresión más accesible en Alemania apareció el *Poema del Cid* en el primer tomo de la *Biblioteca castellana, portuguesa y provenzal*, por don G. Henrique Schubert. Altenburg, 1804, 8.^o—Juan de Müller es el primero que entre nosotros ha apreciado en lo que vale este poema aprovechándolo para su biografía del Cid (en el tomo VIII de sus obras completas; y también en las obras completas acerca de literatura y arte de Herder, tomo III.—Compárese Fr. v. Schlegel's *Sämmtl. Werke*. Bd. I, pág. 318-319). Simondi ha dado un extracto en prosa de él en su obra acerca de la «Literatura de la Europa meridional» y V. A. Huber una traducción métrica de la segunda mitad, y la más atractiva, del poema como apéndice á su historia del Campeador (Bremen, 1829). Hasta el famoso poeta Southey en su *Chronicle of the Cid* lo ha aprovechado é imitado no poco.—Finalmente, ha aparecido traducido por completo por O. L. B. Wolff (Jena, 1850, 8.^o) y en francés: *Le Cid Campeador, chronique tirée des anciens poèmes*, etc.... por M. C. de Monseignat (París, 1853), y *Poème du Cid, texte espagnol accom-*

ción de este poema, lo mismo que ha tratado en general con sensible despego y casi superficial ligereza los más antiguos monumentos de la poesía castellana. Es más, hasta parece como que se ha contentado aquí con sacar su defectuosa exposición simplemente de Sarmiento, sin prestar la debida atención á las fuentes que más tarde exploró Sánchez; aunque las cite. Pues cuando dice (pág. 29): «El autor (de este poema) puede muy bien haber vivido, como quiere su editor Sánchez, ya á mediados del siglo XII ó más tarde; pero no era, ciertamente, el hombre con cuyo trabajo debía empezar la historia de la poesía española», se le puede contradecir. Precisamente el *Poema del Cid*, aparte de la circunstancia externa y más bien accidental de que siendo como es el documento más antiguo de la poesía castellana que haya llegado hasta nosotros en su forma originaria deba ser colocado á la cabeza de la historia de aquella (1), es el más á propósito á causa de su constitución interna

pagné d'une traduction française de notes, d'un vocabulaire et d'une introduction, par Damas Hinard (París, 1858, 4.º), obra digna del importante monumento, ya por su mérito intrínseco, ya por su hermosa apariencia. Además de lo que ofrece el título, contiene una copia crítica de la *Crónica rimada del Cid* en cuanto concierne inmediatamente á éste (desde el verso 279), con traducción francesa (pág. LXXVII-CXXX).—Un extracto del *Poema* y de la *Crónica rimada* desde el verso 189, nos da D. Manuel Malo de Molina en su muy meritoria obra *Rodrigo el Campeador. Estudio histórico fundado en las noticias que sobre este héroe facilitan las crónicas y memorias árabes* (Madrid, 1857, 4.º) (Apéndice VI y XVIII.—La *Crónica rimada* según la impresión de la *editio princeps* de Franc. Michel, que dió Durán en la segunda edición del *Romancero general*, tomo II, Apéndice IV (*).

(1) El señor profesor Aschbach, en su crítica de la obra ya citada de Huber (*Heidelberg Jahrbücher*, 1829. Novemberheft 1078-1080), establece una aguda suposición opinando que si las hazañas del Cid, más que las de todos los demás héroes nacionales anteriores á él y que después de él cayeron poco menos que en olvido, movieron á los españoles á ponerlas

(*) Esta bibliografía podría hoy ampliarse considerablemente, pero lo más esencial que hay que citar es la edición paleográfica del *Poema del Cid*, de Carlos Volmöller (Halle, 1879), y el estudio de Andrés Bello sobre *El Poema del Cid*, tomo II de la edición chilena de sus *Obras Completas* (1881). Bello no vió el manuscrito, pero restaura conjetural y sabiamente algunos pasajes. Sobre la parte gramatical y métrica del poema han trabajado muchos, especialmente el profesor de Praga, Cornu. Véase la colección de la *Romanía*, y en general todas las revistas filológicas de estos últimos años.—(M. y P.)

para mostrarnos la vida y la fantasía castellanas. En él vemos expresado el tipo fundamental del carácter nacional del antiguo castellano, puro aún de toda mistura extraña y personificado en un héroe épico. En él vemos estos rasgos fundamentales: independencia del individuo, amor á la mujer y la familia, y la fidelidad del vasallo para con su señor, rasgos que aparecen en el Cid reducidos á un sistema de concepción, manifestándose ya el elemento cristiano en la forma determinada de catolicismo romano, y en la lucha contra los infieles un singular momento de este. En el magnánimo valor, en el orgulloso sentimiento de sí mismo no desmentido, ni aun frente á su rey y señor, y en aquel mantener sobre todo el Campeador el honor caballeresco, vislúmbrase ya el espíritu de un tiempo posterior. Por todo esto el Cid ha seguido siendo hasta nuestros días la expresión más pura y el ideal del espíritu popular español, el héroe favorito de la nación, que jamás se cansará de cantar las hazañas *del más famoso Castellano*, y oirá siempre con renovado placer los viejos cantos de «el que en buen hora nació», cuya fama eclipsa la fama de todos los reyes, porque en la alabanza de su héroe se ve el pueblo mismo esclarecido.

«Aun admitido todo eso, se objetará, apenas merece aún el *Poema del Cid* nombre de poema; no pasa de ser una crónica rimada, y á lo más merece atención por su rareza filológica, pero en la historia de la poesía no más que pasajera alusión, porque le falta valor intrínseco poético. Puesto que lo que contiene de poesía es consecuencia natural en parte del sentido poético de la nación á que el rimador pertenecía y en parte del

en cantos, fué debido solamente á circunstancias externas. La conquista de Valencia por el Cid ocurrió antes que la de Jerusalén por los cruzados. El Papa había prohibido á los cristianos españoles tomar parte en las Cruzadas, y esto pudo excitar á los españoles á oponer su lucha con los moros á las luchas de los cruzados y la grandeza del Cid á la de Godofredo de Bouillon, y á cantarlo para hacer resaltar su participación en la victoria sobre los infieles, que era lo que entonces más conducía á la fama.—Respecto al origen de las leyendas del Cid, véase Ozanam: *Un pèlerinage au pays du Cid* (París, 1853, 8.º)

interés íntimo del asunto. El narrador ha ordenado los sucesos unos detrás de otros en el orden mismo en que se siguieron. Apenas contiene la obra rastro alguno de invención, etc. (1).

Sin caer en el otro extremo y estimar en más de lo que vale el *Poema*, por espíritu de contradicción ó por paradoja (2), quiero sacar de su ruda envoltura, que es lo que rechaza á los más, su precioso núcleo, é intentar mostrar el verdadero valor del poema, con lo cual quedarán refutadas las anteriores afirmaciones.

Si se considera primeramente el poema como un todo de composición y el modo y manera como comprende y expone la vida de Ruy Díaz, ha de observarse que el poeta no arranca *ab ovo*, desde el nacimiento del héroe, según la manera de las crónicas rimadas, pues aunque falta el principio del poema en el único manuscrito hasta hoy descubierto, formaban el tal principio, sin embargo, según conjetura el escrupuloso Sánchez, tan sólo algunas hojas, que en relación con lo restante es imposible contuvieran toda la vida anterior del Cid,

(1) Tal es el juicio de Bouterwek, con el que deben conformarse sus traductores cuando no lo rectifican. Aun los mismos críticos españoles han desconocido de una manera inconcebible el mérito del único poema épico verdaderamente merecedor de este nombre, de su literatura (Véase Capmany: *Teatro de la Elocuencia española*, tomo 1, pág. 1, en que le llama *Historia rimada*, y Mendivil y Silvela: *Biblioteca selecta de literatura española*, tomo 1, pág. xxix, que añaden á este juicio de Capmany, *nada tiene de épico y aun casi pudiera disputársele el título de poema.*) Sánchez (l. c., página 229) y Quintana (tomo 1, páginas xvi y xvii) es cierto que la juzgan más favorablemente, pero no hacen otra cosa que poner de realce partes aisladas y bellezas del mismo, sin apreciar debidamente el total de la composición. Lo mismo sucede con Schlegel y Sismondi.

(2) Como, por ejemplo, Southey. Con más justicia, pero todavía exageradamente, juzga un crítico en la *Quarterly Review* (vol. xii, pág. 64), diciendo: Los españoles no han descubierto aún el elevado valor de su historia métrica del Cid como poema... Puede asegurarse, sin temor de refutación, que de todos los poemas que han sido escritos después de la *Iliada*, es el más homérico en su espíritu; pero el lenguaje en la Península era en aquel tiempo crudo é informe y el autor parece haber vivido demasiado cerca de Cataluña.»

tal cual la describen los romances, que es probable sirvieran de base al *Poema*, hasta su último destierro con que éste principia en su actual estado. Además, el poema no concluye con la conquista y posesión no combatida de Valencia, con que se cierra propiamente la carrera heroica del Cid, y en general, no pone el poeta en este suceso lo culminante, como podría suponerse. Lo pone más bien en el casamiento de las hijas del Cid y en la honra que de éste le acrecentaba á su linaje (1).

(1) Ya en el verso 282-283 pone el poeta en boca de su héroe este deseo muy anhelado:

Plega á Dios é á Sancta María
que aun con mis manos case estas mis fijas.

pensamiento que repite en muchos pasajes, de tal manera, que aparece ser el fin principal del Cid el hermoso casamiento de sus hijas y todo otro fin, aun la conquista y conservación de Valencia, un feliz medio para aquél. (Compárese la crítica de la obra de Huber por Enk en el *Wiener Jahrb. der Lit. Bd.*, XLIX, S. 159.)

FERNANDO WOLF

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

- Abati (J.)—Ciertos son los toros; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 31 págs.—1 peseta.
- Acosta (J. de).—Historia natural y moral de las Indias, escrita por el P. Joseph de Acosta, de la Compañía de Jesús, publicada en Sevilla en 1590 y ahora fielmente reimpresa de la primera edición. Dos tomos en 8.º—8 pesetas.
- Album enciclopédico. Artes antiguas y modernas. Colección de reproducciones de los objetos antiguos más notables en todas sus manifestaciones. En folio.—Cada cuaderno (4 láminas fototipias y texto) 1,25 pesetas.
- Alcaraz y Galera (A. de).—Arte de hacerse amar de las mujeres, ó modo práctico de conseguirlo. En 12.º, 79 páginas.—1 peseta.
- Alvarez (P.)—La ley; conferencias predicadas en la Iglesia de San José, de Madrid, en el año de 1894. En 8.º, 335 páginas.—3 pesetas.
- Alvarez Quintero (J. y S.)—La media naranja; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 29 páginas.—1 peseta.
- Aragón Azlor y Fernández de Córdoba (M.)—Obras de D. Marcelino de Aragón Azlor y Fernández de Córdoba, con un prólogo de D. M. Menéndez y Pelayo. En 8.º, XVIII-367 páginas y un retrato.—No se pone á la venta.
- Arniches (C.) y Lucio (C.)—El pie izquierdo; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 29 páginas.—1 peseta.
- Ayuso (E.) y Ferrer Bittini (B.)—La Calores ó el niño bonito; parodia de la comedia de Ceferino Palencia «Nieves», en un acto, dividido en tres cuadros, en verso y prosa. En 8.º, 32 páginas.—1 peseta.
- Balmaseda (F. J.)—El misceláneo. Colección de producciones científicas y literarias. En 8.º, 463 páginas.—5 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly (J.)—La hechizada. En 8.º, 333 páginas.—3 pesetas. Tomo 131 de la «Colección de libros escogidos».
- Barcáiztegui y Orfila (V.)—Estudio teórico práctico del concepto de la culpabilidad; medios probatorios y veredictos ante el tribunal del Jurado. En 4.º, 168 páginas.—2 pesetas.
- Barcelona y Montserrat.—Cien vistas escogidas de Barcelona y Montserrat, de los sitios y monumentos más notables. En folio. Cuaderno 1.º—1,25 pesetas. La colección constará de 25 cuadernos, constando cada uno de 4 fototipias.
- Berasátegui y Montes (S.)—Historia y situación actual de la Beneficencia de San Sebastián. En 4.º, 247 y v páginas.—2 pesetas.
- Biblioteca histórica filipina; historias, crónicas, anales, memorias, relaciones, etc., por la iniciativa y bajo la protección del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega. Volumen IV. En 4.º, 3 hojas preliminares, VIII-542 páginas.—10 pesetas.
- Burgos (J.)—Boda, tragedia y guateque, ó el difunto de Chuchita;

- sainetelirico de costumbres cubanas en un acto. En 8.º, 41 páginas.—1 peseta.
- Cabello (J.) y García (M.)—La capitana; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 26 páginas.—1 peseta.
- Calatraveño (Dr.)—La medicina en la Exposición Histórica. En 8.º mayor, 48 páginas.—1,50 pesetas.
- Carrasco (G.)—Bibliografía y trabajos públicos. En 8.º mayor, 59 páginas y una lámina.
- Casamada y Torrent.—Manual de la legislación especial para los ensanches de población. En 8.º mayor, 214 páginas.—3,50 pesetas.
- Castro Alonso (E. de).—Institutiones theologiae scholastico dogmaticae ad mentem D. Thomae Aquinatis, quas in seminario metropolitano Vallisoleti, legit don Emmanuel de Castro Alonso, in sacra theologia ac in utroque iure doctor. *Tomus primus. De Deo uno et trino*. En 4.º, VIII-405 páginas. Holandesa.—6 pesetas.
- Collell (J.)—Floralia; versos. En 8.º —3,50 pesetas.
- Cuesta (J. de la) y Chaves (A. R.)—Sotero Choreli, ó contra un padre no hay razón; parodia del drama «Severo Torelli», de François Coppée. En 8.º, 26 páginas.—1 peseta.
- Dallerés (P.)—Medios de santificación, sencillos y prácticos, extractados de varios autores ascéticos. En 12.º, XIV-329 páginas. Tela.—1 peseta.
- Dicenta (J.)—Luciano; drama en tres actos y en prosa. En 8.º, 79 páginas.—2 pesetas.
- El Duque de Gandia; drama lirico en tres actos y un epilogo, en verso. En 8.º, 88 páginas.—2 pesetas.
- Echegaray (M.)—¡Al santo, al santo!; propósito cómico-lirico en un acto y dos cuadros, original y en verso. En 8.º, 44 páginas.—1 peseta.
- Escobar (B.)—Adelfas y siempre vivas. En 8.º mayor, 144 páginas.—2 pesetas.
- Espejo (Z.)—Secretos de la creación. En 4.º, LXXIX-116 páginas.—2,50 pesetas.
- Filiberto (M.)—León XIII, los carlistas y la monarquía liberal. Tomo I. En 4.º, VIII-344 páginas.—2,50 pesetas.
- Font (J.)—Guirnalda de místicas flores. En 12.º, 4 hojas prels. y 216 páginas.—0,50 pesetas.
- González Parrado (J.)—Memoria acerca de Mindanao. En 8.º mayor, 104 páginas y 2 mapas.
- Guesalaga (A.)—La instrucción pública en Alemania y en Suiza. En 8.º, 256 páginas.—4 pesetas.
- Jiménez de la Espada (M.)—La guerra del moro á fines del siglo xv. En 4.º, 42 páginas.
- Jurado Fernández (E.)—De antaño y de hogaño, poesías. En 4.º, XX-88 páginas.—2 pesetas.
- Marta (Sor).—Sor Marta. Las virtudes cristianas, ó los ángeles en la tierra; lecturas morales para los niños y niñas, especialmente escritas para las escuelas católicas, con un prólogo del reverendo D. Eduardo Maria Villarrasa. En 8.º, XIV-244 páginas con láminas. Cartón.—1,50 pesetas.
- Merimée (P.)—Mis perlas, con un extenso prólogo de H. Taine. En 8.º, 365 páginas.—3 pesetas.
- Muntadas (M.)—Historia de Montserrat. En 8.º mayor, 532 páginas, con varias láminas.—4,50 pesetas.
- Olea (E. de).—El incienso. XI-329 páginas.
- Oñate (M.)—Antología francesa, ó colección graduada y selecta de trozos para la versión de francés á español. En 4.º, XV-453 páginas. Tela.—7 pesetas.
- Pellicer y Pagés (J.)—Influjo civilizador de los Cenobios Medioevales en el Noroeste de España. *Certamen XXII*. En 4.º mayor, 42 páginas.—1,25 pesetas.
- Perales y Gutiérrez (A.)—El supernaturalismo de Santa Teresa y la filosofía médica.—4 pesetas.
- Prado y Ugarteche (J.)—Estado social del Perú durante la dominación española. En 8.º, XXII-191 páginas.—2,50 pesetas.

Prat de la Riba (E.) y Montanyola (P.)—Compendio de la doctrina catalanista. En 8.º, 52 páginas.—1,25 pesetas.

Ricart y Giralt (J.)—Guia marítimo-comercial de los puertos de la Península ibérica. *Tomo I. Cataluña*. En 4.º, 168-xiv páginas y 14 mapas —3 pesetas.

Ríos González (C.)—Novísima recopilación de leyes y disposiciones gubernativas relativas al ministerio de Hacienda de Chile. *Tomo I*. En 4.º mayor, xxx-512 páginas.—9 pesetas.

Rodríguez y Fernández (I.)—Compendio de historia crítica de la medicina é introducción á la

misma. Edad primera ó de preparación científica. *Tomo I*. En 4.º, 653 páginas. Esta obra constará de dos tomos al precio de 22 pesetas.

Salaberria é Ipenza (J. M.)—Introducción, poesía.—El vértigo del pecado, poema. En 8.º, 95 páginas.—1,50 pesetas.

Salazar (A. E.)—Carta al Señor Presidente de la Société Scientifique du Chile, sobre ortografía racional. En 12.º, 18 páginas.

Soto (S. M.)—Recuerdos arqueológicos de Alava. La basilica de Santa Maria de Estibaliz. En 8.º, 59 páginas y una fotografia.—2 pesetas.

D. Donato Guío, librero de la Sociedad de Bibliófilos Españoles, ha impreso el nuevo Catálogo de su acreditado establecimiento. La acertada clasificación por materias, el índice de autores y la disposición general del volumen, hacen del trabajo del Sr. Guío un libro superior á los demás que de su género hemos visto. La sección de libros raros y curiosos es una verdadera riqueza; allí vemos mencionada obra de tanto interés y rareza como la *Crónica Seraphica*, de Fr. Damián Cornejo y González de la Torre, la *Compendiosa Historia Hispánica*, de Sánchez de Arévalo (ejemplar único), el ya escaso *Diccionario de Autoridades*, y otras de no menos importancia.

Felicitemos al autor de tan excelente trabajo.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La Buena fama</i> (novela, segunda parte), por Juan Valera.....	5
<i>La Leyenda y la realidad acerca de Don Enrique de Villena</i> , por Emilio Cotarelo.....	39
<i>Academias literarias de ingenios y señores, Bajo los Austrias</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	68
<i>Los Poetas épicos cristianos.—Milton</i> , por Emilia Pardo Bazán... ..	108
<i>Diego Velázquez</i> (segunda parte), por Emilio Michel.....	124
<i>Revista musical</i> , por Guillermo Morphy.....	155
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	164
<i>La Literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf, con notas de M. Menéndez y Pelayo.....	188
<i>Obras nuevas</i>	205